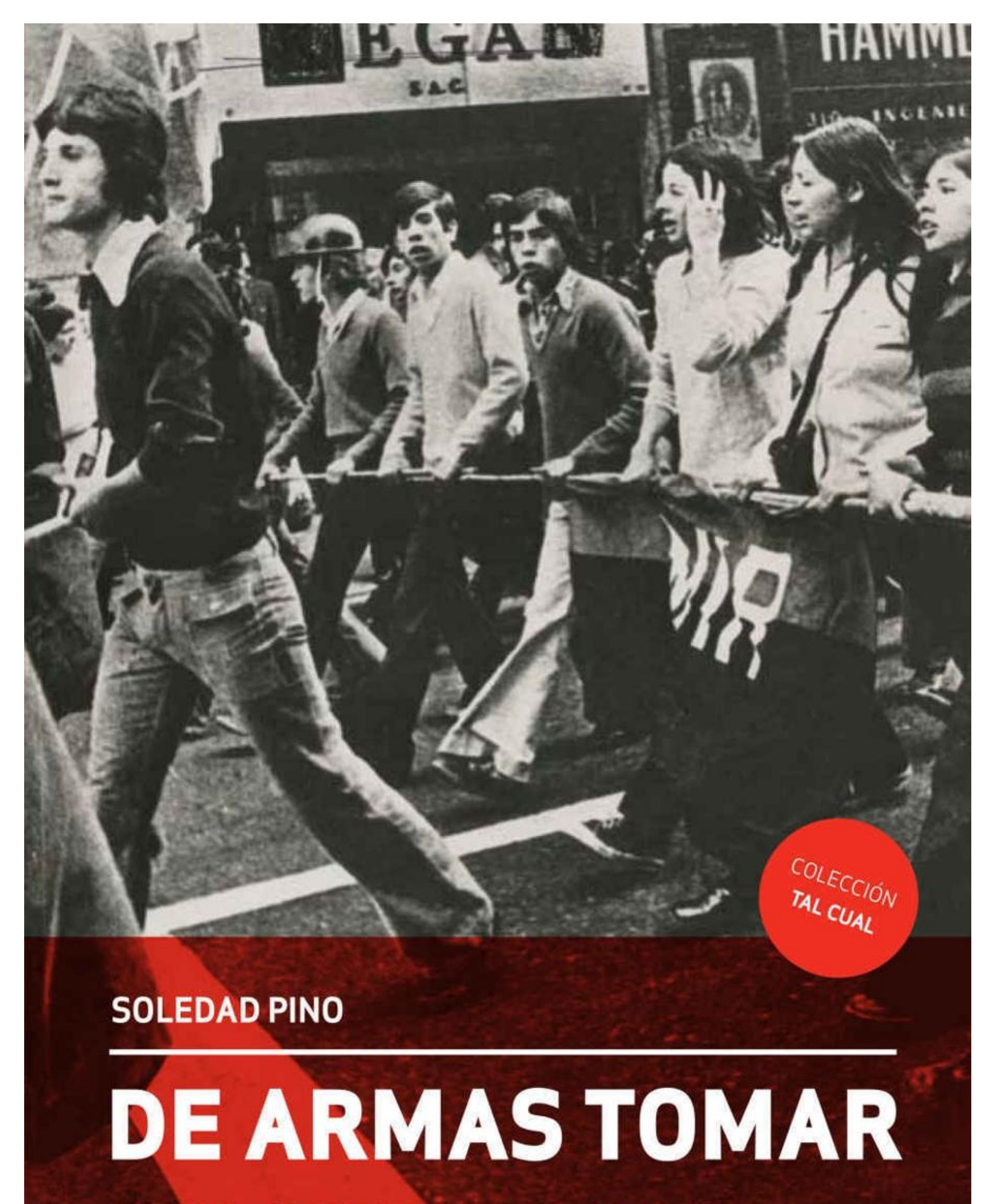
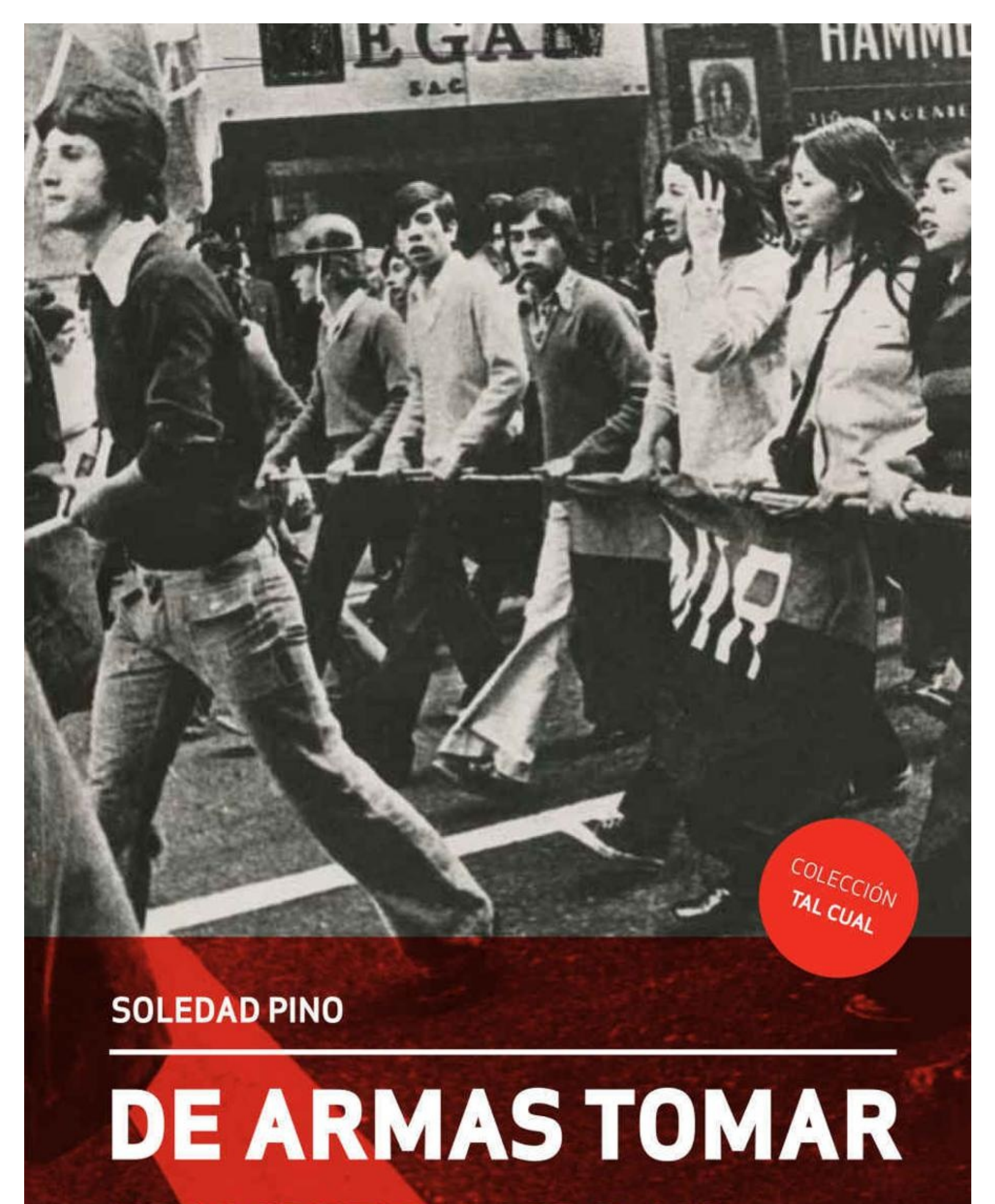


SOLEDAD PINO

DE ARMAS TOMAR

VIDAS CRUZADAS POR EL MIR

Catalonia udp Escuela de Periodismo



COLECCIÓN TAL CUAL

SOLEDAD PINO

DE ARMAS TOMAR

VIDAS CRUZADAS POR EL MIR

Catalonia   udp Escuela de Periodismo

SOLEDAD PINO ARIAS

DE ARMAS TOMAR

VIDAS CRUZADAS POR EL MIR

PINO ARIAS, SOLEDAD

De armas tomar. Vidas cruzadas por el MIR / Soledad Pino Arias

Santiago de Chile: Catalonia, Periodismo UDP, 2016

ISBN: 978-956-324-462-5

ISBN Digital: 978-956-324-471-7

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN

CH 070.40.72

Este libro forma parte de la colección de periodismo de investigación desarrollada al alero del Centro de Investigación y Publicaciones (CIP) de la Facultad de Comunicación y Letras UDP.

Diseño de portada: Cortés | Justiniano

Fotografía de portada: Archivo diario La Nación, Universidad Diego Portales

Retrato autora: José de Pablo

Composición: Alexei Alikin

Diseño y diagramación: Sebastián Valdebenito M.

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Primera edición: Octubre, 2016

ISBN: 978-956-324-462-5

ISBN Digital: 978-956-324-471-7

Registro de Propiedad Intelectual: 271.007

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl - @catalonialibros

www.cip.udp.cl/investigacion - @cip_udp

Índice de contenido

A mi padre.

Una épica de las vidas

Ascanio Cavallo

El constructivismo llevó a las ciencias sociales a lo que se ha llamado, no sin cierta pretensión, «historias de vida», relatos a los que les asigna la capacidad de reflejar o de sugerir, a la manera siempre oblicua de un paradigma, lo que podrían ser otras vidas, formando parte de un colectivo que a su turno es parte de un grupo que al mismo tiempo es parte de una tendencia.

Las historias de vida son las matrioshkas de las ciencias sociales, aunque cualquier investigador se apresurará a advertir que solo tienen valor cualitativo y son más útiles cuando se aplican sobre grandes procesos traumáticos, como catástrofes o guerras, y sobre procesos transgeneracionales. De no ser por esos matices, las historias de vida serían como la antihistoria, precisamente porque renuncian a las condiciones de abstracción y distancia que son propias de la historia.

Las historias de vida tienen una construcción relativamente opaca, como casi todos los formatos testimoniales. Por lo general, son el resultado de una entrevista a la que se le han restado las preguntas y se la ha editado como relato continuo y hasta cierto punto coherente. A veces nacen de textos fragmentarios, reunidos y ordenados, y a veces de una combinación de textos con entrevistas.

En el periodismo la historia de vida es un recurso poco usado, en parte porque toma demasiado tiempo, en parte porque requiere de una negociación con la fuente y en parte porque puede plantear al lector una dificultad de comprensión respecto de quién habla, cómo lo hace, ante qué estímulo y otras cosas similares.

Celosos de la relación transparente del medio con el público, los editores tienden a preferir la entrevista cruda, con dos hablantes cuyas identidades son inconfundibles.

Siguiendo el principio de la economía, un editor periodístico reservará el formato de la historia de vida para ocasiones muy contadas, para aquellos momentos en que se impone por sí mismo, en que la naturaleza del material lo solicita y lo convoca.

Soledad Pino debió ver la doble necesidad cuando armaba este libro. De un lado, la de transmitir las experiencias de sus seis protagonistas de una manera fluyente —a veces torrencial—, sin interrumpirlas ni importunarlas, ni siquiera con la voz periodística, porque hay en ellas ciertas fuerzas de excepción, unas urgencias que emergen de una tormentosa combinación de emociones, hechos e incertidumbres. Estas historias de vida podrían cumplir con los requisitos de las ciencias sociales, pero antes que eso cumplen con las del periodismo: son importantes, noticiosas y reveladoras. Se incrustan en la microhistoria social y política de Chile.

La otra necesidad surge de las cualidades traumáticas del material. En el momento de la edición de este libro se cumplen 50 años del nacimiento del MIR. Por más de la mitad de ese período, este fue un grupo sumido en la clandestinidad, por opción o por imposición. Debido a esto, y a su posición sostenidamente marginal en la política chilena, es muy difícil todavía organizar una «historia» del MIR. Quizás alguien lo consiga algún día, pero hay buenas razones para pensar que esa historia tendría muy pocos elementos institucionales, mucha teorización social y política y una sobreabundancia de documentos con alcances dudosos. Y, aun así, sería una historia mutilada, desprendida, frígida.

Porque al final, parece, la verdadera historia del MIR está constituida por fragmentos, jirones de memorias, dolores individuales, versiones inconclusas y

cruzadas, puntos ciegos y enormes sufrimientos. Los relatos de este libro resultan tanto o más expresivos en sus cruces que en las experiencias particulares de sus narradores. La primera cosa extraordinaria de esos cruces es que abarcan varias generaciones: el más viejo de los entrevistados nació en 1938, mientras que la más joven fue alumbrada en 1976.

Hay un punto que es obviamente común: el 11 de septiembre de 1973. Ese día, cuando el golpe de Estado dio inicio a la dictadura más cruenta que haya tenido Chile, el MIR inició lo que sería su última lucha, habiendo perdido «la capacidad de entender la realidad», según sentencia nada menos que Roberto Moreno, uno de sus fundadores y dirigentes principales. Ninguno de los testigos de este libro refuta esa idea, aunque no todos disponen de interpretaciones acerca del significado del 11 de septiembre.

En cambio, con la sola excepción de Gonzalo Boye, que entró en la escena del MIR por casualidad y muchos años después, cinco de los seis entrevistados tienen alguna visión acerca del Plan 78, luego Plan Retorno y finalmente Operación Retorno, esfuerzo orientado a organizar a los militantes en el exilio para regresar a Chile en forma clandestina y montar la resistencia armada. Se trató de una experiencia importante, porque fue la respuesta que intentó este grupo ante la devastación de que había sido objeto y quizás también ante el hecho más cruel de que muchos de sus compañeros eran todavía flagelados o asesinados. Terminó en forma catastrófica. Muchos de los retornados fueron capturados o abatidos en los días y meses siguientes.

A pesar de eso, envolvía el llamado de una necesidad desgarradora, un impulso visceral para salir de la derrota. Entre el Golpe y aquel plan, el MIR fue solo una huida permanente con una respiración en la nuca. Vista ahora, en su voluntarismo y en sus resultados trágicos, la Operación Retorno tiene ciertos ecos de la consigna «el MIR no se asila», que Miguel Enríquez lanzó después del golpe de Estado y que significó la muerte de decenas de militantes.

Pero junto con su importancia, la Operación Retorno fue también una experiencia confusa, cuyos detalles objetivos se pierden en los cenagosos terrenos de las malas decisiones o en los laberintos de la inteligencia cubana. Lo que queda es la historia de sus víctimas. Este libro muestra, como en las secciones de un plano, la Operación Retorno vista por la lógica de los dirigentes y contemplada también con la inocencia de los niños que vieron partir a sus padres, pasando además por la mirada antiheroica de un enemigo eminente, un agente de la CNI.

Casi no habría manera de contar estas cosas de no ser por estas historias de vida. Y menos la habría para narrar episodios monstruosos, como el asesinato del coronel Roger Vergara por simple error o el crimen del intendente Carol Urzúa como test para probar una posible infiltración. Ambas cosas están más allá de la imaginación política, tal como lo está la relación con ETA y la ejecución de secuestros en España, una vorágine que captura a un emprendedor chileno antes de que pueda darse cuenta de que a esas alturas el MIR «europeo» no es más que una agencia de recolección de proyectos para Cuba.

Muchos personajes convergen en dos o más de los relatos. Miguel Enríquez, el agente Miguel Krasnoff, Lucía Vergara, el omnipresente René Valenzuela Bejas, la Flaca Alejandra y otros que comparten líneas en la historia de la violencia política de los 70. Se los divisa como espectros, como figuras que van y vuelven en la memoria de unos años tremendos, y que casi sin saberlo marcaron para siempre las vidas de los testigos. Para los seis de este libro no hay olvido simplemente porque eso no es posible, porque ignorar lo que ocurrió significaría desestructurar sus propias vidas, reducirlas a un conjunto de actos incoherentes. Y, sin embargo, esas mismas historias dejan ver la dudosa coherencia de lo que pasó mientras pasaba, la desesperante incapacidad de tomar distancia cuando el llamado es a correr, correr sin parar, correr sin rumbo.

Los estudiosos del MIR suelen coincidir en que su influencia desborda con mucho sus años de real vigencia como partido (o movimiento, en su lenguaje antipartidario) y también como estructura ideológica. Su obsolescencia es aun

previa a la caída del Muro de Berlín, tanto porque esos mismos «socialismos reales» —con mayor o menor disimulo— contribuyeron a ella, como porque su modelo idealizado, la Revolución cubana, se dedicó al negocio de su propia supervivencia.

El MIR vivió su época de exaltación cuando el mundo parecía poblarse de Tupamaros, Montoneros, Brigadas Rojas, FPLP, Baader-Meinhof, M-19, IRA, y declinó cuando declinaron todos los grupos radicales de América Latina y el planeta, siguiendo ese raro patrón que convierte a la historia de Chile en una acompañante muy disciplinada de las corrientes políticas mundiales. Es bastante probable que la irradiación del MIR sea más amplia porque debió combatir a un enemigo que le resultó invencible y porque se libró del bandidaje y el pistolerismo en que incurrieron otros grupos similares durante el proceso de descomposición.

En cierto modo, la del MIR es una épica sin héroes, en parte porque sus propios protagonistas participan de la crítica o la deconstrucción de sus mitos, en parte porque la revisión de los hechos (los pocos que se pueden considerar establecidos) a menudo conduce en direcciones contradictorias.

Pero no hay duda de que es una épica de vidas humanas, las vidas a las que afectó sin remisión. Es la que emerge de este libro a veces triste, a veces cómico y con frecuencia dramático.

Nota de la autora

En 2008, un amigo exmirista me propuso hacer un libro con historias emblemáticas del MIR. Entonces leí documentos sobre esa organización que se hizo llamar «Movimiento» de Izquierda Revolucionario, pero que fue un partido político en toda su regla; el más ultrón que haya tenido la izquierda en Chile.

Ese proyecto nunca lo pusimos en marcha, pero más tarde, cuando se dio la oportunidad de hacer este libro, rescaté esta antigua idea, aunque con variaciones. Al entrevistar a posibles fuentes me di cuenta de que, más allá de los hechos, resultaba interesante rescatar lo que habían pensado y sentido personas cuyas vidas se había cruzado con el MIR.

Entonces el MIR pasó a ser un eje, un punto en común que me permitió reunir las historias que componen este libro. Se trata de seis testimonios sobre vidas bastante excepcionales, que están marcadas por el drama y las pérdidas. Se trata de relatos realizados desde distintas ópticas y por protagonistas de distintas edades.

La primera historia se titula El rencor de clase. Es la vida del exmirista Guillermo Rodríguez, que de niño fue pobre y acompañaba a su abuelo ciego a pedir limosna. Aquí describe las carencias que vivió, pero sin una gota de victimización: las menciona porque son insoslayables en su historia y porque es un hijo de la circunstancia. Él dice que aprendió sobre la lucha de clases por entendimiento práctico y no por iluminación intelectual, como le habría ocurrido a la mayoría de los dirigentes «pijes» que tenía el MIR, cuando entró a militar a los 15 años. Rodríguez es culto; tanto, que no tiene arrogancia intelectual. Siempre se le dieron bien las armas y perteneció al aparato militar del MIR. Sin embargo, hoy no destila violencia por ningún costado.

Luego sigue Los perseguidores, el relato de Carlos Herrera, un mayor de Ejército en retiro que con 14 años ingresó a la Escuela Militar, sin tener idea siquiera si la carrera militar le gustaba; lo hizo por complacer a su padre. Después del golpe de Estado, se integró a la CNI y estuvo a cargo de una unidad que perseguía al MIR en el cuartel Borgoño. Cometió crímenes, los reconoce, se arrepiente y ya no los justifica bajo ningún punto de vista. Herrera fue el primer militar que estando en servicio activo colaboró con la Justicia, tiene un compromiso con la verdad que —dice— lo liberó, aun cuando desde entonces esté preso. Aquí cuenta cómo eran vistos y cómo eran perseguidos los y las miristas desde el aparato de seguridad de la dictadura.

Efectos secundarios, la historia de Gonzalo Boye, trata de un joven viñamarino de clase alta, que no perteneció al MIR, pero que estando en Europa se involucró en negocios con un mirista. Eso, más tarde, lo llevó a ser detenido por presuntas vinculaciones con la banda separatista vasca ETA. Su vida podría describirse como la de quien estuvo en el lugar equivocado, con la persona equivocada y en el momento equivocado; sin embargo, tiene la personalidad de un triunfador y a ratos hasta llega a ser soberbio. Quizá se deba a que supo hacer de cada caída un paso de baile. Pasó cerca de ocho años en prisión y se negó a conmutar pena a cambio de declararse culpable; durante el encierro estudió leyes y hoy es —en España— un reconocido abogado penalista.

El cuarto relato, titulado El objetivo, pertenece a Erika Hennings, mirista que fue detenida por la DINA junto a su marido, el dirigente del MIR Alfonso Chanfreau. Aquí cuenta cómo vivieron el golpe de Estado y la forma en que los agentes de seguridad empezaron a cercarlos. Hennings es una mujer directa y no especialmente afable, pero logra transmitir situaciones que revelan ternura, como una ocasión en que —estando detenidos— ella guardó durante horas el pedazo de pan que le daban de comer al día, para entregárselo a su marido una vez que él regresara de una sesión de tortura. También recuerda cómo, ya en democracia, trasgredió ciertos códigos tácitos de su entorno —como hablar o relacionarse con una traidora— para buscar información sobre los organismos de inteligencia y sobre el paradero de su marido, hasta hoy desaparecido.

La vehemencia y la duda es el nombre del testimonio de Roberto Moreno, exmiembro de la comisión política del MIR. Fue jefe y todavía se le nota. A través de él puede conocerse la vida intensa y aguerrida que llevaban quienes abrazaban la militancia a tiempo completo, lo que no aguantaba medias tintas. Moreno relata cómo se movilizó la directiva del MIR bajo las primeras horas del régimen militar. Da muestra de su racionalidad al contar que, estando en prisión, un día decidió tomarse un sobrecito de cianuro para evitar quebrarse y hablar bajo tortura. Moreno es cerebral y lúcido: hoy no tiene complejo en afirmar que las políticas que adoptaron en el MIR estuvieron equivocadas y que empujaron a mucha de su gente a la muerte.

Finalmente, está La distancia, la historia de Alexandra Benado, quizá la más conmovedora porque es la experiencia de una niña, hija de miristas, que cuando tenía dos años —y mientras vivía en Cuba— quedó al cuidado de su abuela, pues sus padres decidieron partir a Chile a luchar contra el régimen militar. Su relato también es un homenaje a esa abuela que supo darles un hogar cálido y seguro a ella y a su hermano David. Benado cuenta cómo, en 1983, se enteró de que su madre, Lucía Vergara, había sido asesinada en Santiago. Aún recuerda la última carta que esta le mandó por su séptimo cumpleaños.

Estos relatos fueron escogidos entre varios que surgieron en la etapa de documentación; destacaron y permanecieron porque —además de veracidad— sus protagonistas mostraron reflexión, crítica y pensamiento propio. Los seis relatos se construyeron a partir de sucesivas y detalladas entrevistas con cada uno de los protagonistas. Luego, sus narraciones fueron cotejadas con archivos y fuentes vivas, y se les pidió una serie de precisiones cuando se produjeron inconsistencias o fue necesario obtener más información. Lo anterior, con el propósito de despejar lo más posible las alteraciones que el paso del tiempo hace en la memoria. Los protagonistas aceptaron que sus historias fueran escritas en primera persona para —intentar, al menos— rescatar sus palabras y sus propios tonos narrativos, y para poder exponer sus hechos, juicios y opiniones de la manera más directa posible.

Este trabajo se inició en 2011 y concluyó definitivamente en 2015. En ese proceso también se descartaron relatos de personas que habían decidido participar, pero que tras un par de citas o incluso después de ver sus historias escritas, desistieron de la idea; por no sentirse preparados o porque sus palabras podrían provocar daño.

Santiago, julio de 2015

El rencor de clase

Guillermo Rodríguez Morales

(Santiago, 1952)

«Alma Negra» fue el nombre que me pusieron al entrar al MIR, en 1967, cuando tenía 15 años. Con un grupo de compañeros del Liceo 10 nos acercamos a unos dirigentes del MIR para saber de qué se trataba esa organización a la que nos tincaba entrar.

Uno de esos dirigentes era Martín Elgueta (Renato), que se relacionaba con los estudiantes secundarios del MIR. El otro era Víctor Toro, que trabajaba con los sindicatos. Cuando nos juntamos, nos dieron una charla introductoria sobre lo que era el partido y lo que quería para la sociedad. Nos contaron que el MIR estaba preparándose para pasar a una fase de más acción.

En esa reunión nos entregaron un montón de documentos para que leyéramos; en 15 días más nos volveríamos a ver para discutirlos. Uno de esos textos era la tesis político-militar de Miguel Enríquez; la había presentado ese mismo año en el segundo congreso del partido, cuando asumió como secretario general. Pero nosotros no leímos nada, con lo que nos dijeron bastó para saber que esa era la militancia que andábamos buscando e hicimos un plan para tener algo con qué presentarnos en la próxima reunión. Asaltamos nuestro propio liceo, sacamos los mimeógrafos, las copiadoras y otros insumos que servirían para hacer propaganda y agitación. También robamos plata.

Cuando llegó el día, fuimos a juntarnos con Renato en la dirección que nos había dado; recuerdo que estaba con Bautista van Schouwen. Él, Miguel Enríquez y Luciano Cruz eran los líderes del MIR.

Nosotros les exhibimos lo que habíamos conseguido como un aporte al partido. Se sorprendieron mucho y nos preguntaron cómo lo habíamos hecho; yo —que había estado a la cabeza de la acción— les conté que para nosotros no era algo complicado porque nosotros éramos cabros de la calle. Renato, en buena onda, nos dijo: «Ustedes son unos patos malos».

Así, pasamos a integrar una unidad especial de la brigada de estudiantes secundarios del MIR. Yo quedé como militante, a mis amigos los dejaron como aspirantes, y nos empezaron a llamar «los malos»; al mayor le pusieron «Malo grande», al menor «Malo chico» y a mí me apodaron «Alma negra», como el personaje de una serie argentina que daban en esa época.

Mi infancia fue de pobreza extrema. Mis padres provenían de familias campesinas que habían emigrado a Santiago. Mi abuelo materno se había hecho obrero albañil de la construcción y su mujer —mi abuela— era costurera en la tienda La Polar, armaba prendas de ropa. Ellos tuvieron a mi madre y a cuatro hijos más y, en la práctica, todos vivían del sueldo de la abuela, porque mi abuelo era un borracho perdido, que trabajaba cinco meses al año y el resto se dedicaba a tomar hasta quedar botado. Su relación de pareja estaba completamente desintegrada, pero seguían juntos; arrendaban una casona larga con varias habitaciones en la calle Romero, en Estación Central. A medida que sus hijos se fueron casando, se instalaban con sus parejas en alguna de las piezas de esa misma casa y al rato ya estaban con una tracalada de hijos. Ahí nací yo, en esa especie de cité familiar.

Por el lado de mi padre la historia era casi la misma. Estos abuelos provenían de Melipilla; él era un obrero estucador de la construcción y mi abuela trabajaba como empleada doméstica, puertas adentro. El viejo también había sido un

borracho perdido y, como la abuela no podía salir más que un domingo cada quince días, mi papá y sus hermanos se criaron en la calle. Ese abuelo, que se llamaba Eduardo, un día quedó completamente ciego, según él por un golpe de sable que había recibido en la cabeza en una manifestación sindical. La versión de la abuela era bastante distinta: decía que había quedado ciego paulatinamente por tanto tomar. Estos abuelos, a diferencia de mis otros abuelos, se querían; se cuidaban, tenían una buena relación a pesar de toda la marginalidad en que sobrevivían.

Mi mamá y mi papá se conocieron porque eran del barrio. Cuando tenían cerca de 17 años se casaron y se fueron a vivir a una de esas piezas del cité familiar de la calle Romero. Yo fui el cuarto de los seis hijos que llegaron a tener. Todo nuestro entorno fue siempre de pobreza; mi vida transcurrió en el subproletariado, donde la gente hacía ollas comunes. Para que les alcanzara, cada familia echaba lo que tuviera en unos fondos grandes que ponían en braseros de carbón. En mi barrio había trabajadores y también harta prostitución y delincuencia. En el cité del frente de mi casa había una especie de bar y siempre se oía música a todo volumen; era música popular, obviamente: boleros, tangos.

Las primeras imágenes que tengo de mi abuelo Eduardo eran ya siendo ciego: no lo conocí vidente. Cuando cumplí creo que siete años, me encomendaron la tarea de acompañarlo a trabajar.

No importaba si llovía o hacía mucho calor, el abuelo se ponía su chaqueta y se colgaba al cuello una certificación de «no vidente» que le había entregado no sé qué institución pública. Él tomaba su bastón y partíamos: su trabajo consistía en pedir limosna.

Cada día hacíamos unos recorridos que él tenía trazados por el barrio República y por San Pablo. Íbamos entrando en los negocios y en las fuentes de soda y el abuelo cantaba algo así como «una limosnita para un pobre ciego».

La gente le daba monedas y él siempre ofrecía algo a cambio, como el resultado de algún juego de azar, las noticias del momento o sugerencias para las apuestas en los caballos. El abuelo andaba siempre muy informado; mientras caminábamos escuchaba una radio chiquitita a pilas que llevaba a todas partes y por eso no conversábamos mucho mientras trabajaba. Yo, en todo caso, lo único que quería era hacer el recorrido lo más rápido posible. A veces trataba de engañarlo diciéndole que ya habíamos pasado por tal o cual calle, pero nunca me resultaba. Al viejo no se le iba una.

Recuerdo que un par de veces improvisamos recorridos, nos fuimos a probar suerte al barrio alto, Providencia o Bilbao. Nos fue mal, nos corrían rápido porque la pobreza les molestaba. Hubo una ocasión en que el abuelo alcanzó a cantar, pero no le dieron plata, y el viejo se puso a llorar cuando salimos. Eso me impresionó mucho, fue terrible para mí.

Hacíamos nuestros trayectos diarios y cuando volvíamos a la casa, el viejo me pedía que le leyera un poco de alguno de los libros que él se conseguía por ahí. Con ocho o nueve años recuerdo haberle leído Crimen y castigo, de Dostoievski. Que me encantó.

Sé claramente que la experiencia con el abuelo y el entorno en que vivíamos me fueron formando la identidad de clase. Yo nunca sentí vergüenza por salir con mi abuelo.

Mi padre —que se había criado prácticamente solo y en la calle— llegó a grande siendo analfabeto. Después de casarse con mi mamá, ella le enseñó a leer y a escribir y se convirtió en lector empedernido. Luego tomó cursos por correspondencia. Laboralmente, él se estableció como decorador de tortas de la panadería «La europea»; ahí trabajó durante muchos años. Mi mamá se ocupaba de nosotros y de la casa, y con el sueldo de él no nos alcanzaba. Ella soñaba con

salir de la pobreza, nos decía —muchas veces, llorando— cuando nosotros le pedíamos algo para comer y no tenía qué darnos. Al verla llorar nosotros también llorábamos.

Después de varios años en la panadería, mi papá encontró trabajo como inspector en una línea de buses. Entonces pudimos dejar de vivir en la pieza y nos cambiarnos a una casa en la población El Pinar, en Vicuña Mackenna. Por ese entonces yo tenía cerca de 10 años.

Por ese tiempo fue que un día que un vecino tuvo un problema con mi papá, y yo lo escuché decirle cosas despectivas respecto a lo que hacía el abuelo. Era para ofenderlo, entendí bien su intención, pero no lograba comprender por qué el trabajo del abuelo era algo de lo que había que avergonzarse.

El Pinar era una población del mundo obrero y ahí empezamos a tener una vida muy distinta: había clubes deportivos, juntas comunales y bastante actividad de grupos políticos, comunistas y socialistas, sobre todo. Era en los sesenta.

Rápidamente yo me hice de una patota de amigos, con los que peluseaba todo el día. Nos íbamos a unas parcelas que había por La Florida a sacar manzanas y moras o a recoger pencas. Siempre nos correteaban a postonazos en la raja, pero algo alcanzábamos a agarrar antes.

Nos gustaba ir al estadio y en el camino, a veces, yo cantaba en la micro para juntar algo de plata, porque ninguno tenía para la entrada. Llegábamos con bastante determinación y creatividad a buscar la manera de entrar al estadio. Si se podía saltar los muros, lo hacíamos; si no, tratábamos de hacer las monedas para entrar. Y a veces también metíamos las manos, robábamos. Yo no tenía límites éticos claros. A mis papás les avisaba que iba ir al estadio y no sé si alguna vez se habrán preguntado cómo lo hacía para entrar, porque ellos sabían

que plata yo no tenía.

Yo solía liderar mi grupo de amigos y por eso, años más tarde, no me costó organizarlos para que saliéramos a asaltar el liceo y poder llegar con un aporte al MIR. Y luego seguir asaltando liceos. En todo caso, debo decir que yo era un buen estudiante, me sacaba buenas notas… y eso que estaba en un matemático.

El interés por la política se me despertó —según creo— por varios hechos relevantes que ocurrieron en El Pinar. Uno de esos fue el gran paro que organizó la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), donde hubo incidentes con la policía y murieron varios obreros de la población.

Otro hecho ocurrió al poco tiempo. Fue una noche en que hubo una pelea en la fuente de soda «La Chelita». Al día siguiente llegó una micro de Carabineros a meterse en El Pinar y, con el pretexto de que en la rosca de la noche anterior le habían sacado un ojo a un paco, estuvieron yendo toda una semana a agarrar a los hombres y jóvenes de la población para sacarles la cresta a palos.

Además, en ese mismo tiempo, afuera de las fábricas que había en Vicuña Mackenna se instalaron carpas. Yo fui varias veces a conversar con la gente que estaba ahí, y ver las condiciones en que vivían me hacía recordar mucho cómo yo había pasado mi infancia.

Cerca del liceo donde yo iba quedaba la casa de Clotario Blest, dirigente sindical que había sido presidente de la CUT. Él abría su casa y su biblioteca para todos los que quisieran ir leer y a conversar: yo empecé a visitarlo. Era un viejo tremendamente humilde, muy sencillo y sin una pizca de arrogancia intelectual. Él tenía una formación profundamente cristiana. Su casa era pobre y estaba llena de polvo; vivía con su hermana menor y un montón de perros que tenían. Ahí entraba y salía todo el mundo, era muy generoso y se daba tiempo para

conversar y aconsejar a quien se lo pidiera. Se daban discusiones interesantes en su casa, pero —de las veces que yo hablé con él— nunca me mencionó al MIR, a pesar de que había sido uno de sus fundadores. Creo que, para entonces, él ya estaba alejado del partido.

Me gustaba ir a la casa de Clotario, yo era buen lector y él me pasaba libros. En ese tiempo yo leía buscando respuestas políticas; me devoré el diario de viajes del Che Guevara en Bolivia y un montón de historias sobre la Revolución mexicana. Sentía que era necesario un cambio en nuestra sociedad y todos esos textos, en el fondo, hablaban de no sentarse a esperar a que las cosas cambiaran. Quería incorporarme a algún partido político, pero no me atraían ni los socialistas ni los comunistas. Al tiempo me interesé en el MIR porque leía en la prensa que estaba, precisamente, en la acción, pero yo no tenía idea si proponían una guerra, una guerrilla o la insurrección; no conocía ni la diferencia que había entre esas formas de lucha, pero tampoco me importaba: lo que me atraía era que se trataba de un partido decidido a hacer una revolución. Por eso fue que me embarqué.

Al tiempo de hacerme militante y estar en la parte más operativa con los asaltos a los liceos, un día perdí el contacto con el partido y comencé a hacer gestiones para recuperarlo. De repente alguien me pasó un contacto cifrado: tenía que llamar por teléfono a un tal Pato. Agarré el número, me lo metí en el bolsillo y aseguré que llamaría. Me pasé un par de días pensando cómo hacerlo; yo nunca había hablado por teléfono y me daba una especie de susto enfrentarme al aparato, pero no tenía la posibilidad de decirle a alguien que me ayudara, porque era una acción secreta.

Conseguí las monedas que se usaban, me fui hasta un teléfono público para mirar de lejos cómo la gente lo hacía. Cuando me atreví, me acerqué, marqué y cuando me contestaron me quedé callado, me dio vergüenza hablar; me colgaron y perdí la llamada. Tuve que irme para juntar la plata de nuevo. Finalmente hablé y mi nuevo contacto me citó a una reunión en una casa que el MIR tenía en Santiago y que era donde se reunía la dirigencia del partido. Fui varias veces ahí

y en ocasiones me crucé con Luciano Cruz, que era el líder más carismático del MIR en ese momento; luego también me topé con Miguel Enríquez. Para mí era alucinante verlos.

Por ese tiempo me asignaron a un grupo especial, operativo, de seis compañeros. Empezamos a tener una formación muy intensa, estudiábamos manuales de inteligencia, de búsqueda y de procesamiento de información. Teníamos manuales de chequeo y contrachequeo para evadir la acción de la policía. Trabajábamos con un clásico del brasileño Manuel Marighella sobre guerrilla urbana, estudiábamos documentos de los tupamaros uruguayos y del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) argentino. Ahí aprendí bien el trabajo político en células; se trata de grupos que no se conocen entre sí, sino que solo hay una persona del grupo que hace de enlace con la célula vecina. Todo siempre bajo la premisa de: «No cuentes ni dejes que te cuenten».

Mi grupo estaba encargado de conseguir recursos para el partido. Los sábados en la noche robábamos autos, principalmente Ford Falcon y Opel, porque eran los modelos más fáciles de abrir. Les sacábamos lo que hubiera adentro y luego los desarmábamos para vender las partes. En esos robos tuvimos la suerte de que nos encontramos autos con revólveres en la guantera y rápidamente pudimos armarnos todos los del grupo.

Había tareas que se me daban bien; yo hacía planimetría, es decir, los mapas de los lugares donde se iba a actuar. Me fui especializando en información operativa y me fue bastante bien, pero me empezaron a pasar cosas con el partido, sentía incomodidad. Yo me reconocía como proletario pobre o bien un subproletario y mi entorno en la organización pertenecía a la pequeña burguesía. El MIR decía ser vanguardia de los pobres, pero cuando terminábamos las reuniones los compañeros querían ir a comer lomitos a la Fuente Alemana o restoranes que yo nunca había pisado y que tampoco tenía la posibilidad de pagar.

En otras ocasiones se hacían reuniones en casas de compañeros; recuerdo la de las hermanas Izquierdo, donde armábamos unas tremendas discusiones sobre la situación de los oprimidos. Estábamos en eso cuando de repente entraba la empleada de la casa con delantal y una bandeja con comida. Yo miraba la escena y para adentro me decía: «¿Qué huevada es esta?». Tenía dudas severas de que pudiéramos hacer la revolución con gente que nunca había pasado hambre, y en el MIR había mucha burguesía. Me molestaba, me daba rabia, sentía que no tenía nada en común con los compañeros de partido. Todos éramos jóvenes, pero no compartíamos ni siquiera el mismo gusto en la música; yo escuchaba la Nueva Ola chilena o música popular y ellos, en cambio, Jimi Hendrix o The Beatles. Tenían pósteres pegados en sus piezas; ahí los conocí, yo los miraba y pensaba: ¿por qué escucharán a estos chascones culeados que no se les entiende ni lo que dicen?

Sentía que nos separaba un abismo.

Alguna vez también fui a casas de compañeros que tenían alfombras muro a muro; nunca las había visto y me acuerdo patente de lo incómodo que era tener que pisarlas. No quería, estaban impecables y yo con unas chalas plásticas inmundas. Entonces tenía 17 o 18 años; la primera vez que tuve un par de zapatos creo que fue cerca de los 20 años.

No había paridad entre yo y ellos: la ropa, los gustos, la forma de hablar, todo era muy diferente entre nosotros, hasta olíamos distinto. Un día, después de una reunión, me recosté en un sillón y sin querer escuché a una compañera comentarle algo sobre mí a otra; algo que —en estricto rigor— ni siquiera era malo, pero me ofendió. Hablaba de que me tenía ganas, de que quería tener algo conmigo y me describió así a su amiga: «… me gustaría agarrarme al Alma Negra, ese cabro bien poblacional que estaba hoy día en la reunión».

En fin, que por una u otra cosa las diferencias siempre se hacían sentir.

Así me pilló 1969, que era mi último año en el liceo, y como yo tenía que prepararme para dar el bachillerato, presenté formalmente mi renuncia al MIR. Les expliqué que necesitaba dedicarme a estudiar para el examen y hacer trabajos esporádicos para tener algo de plata. Y así lo hice.

Me fue bien en el bachillerato y en marzo entré a Arquitectura en la Universidad de Chile. Fue una equivocación entrar a esa carrera, porque mis intereses andaban por otra parte, le puse muy poco empeño y al tiempo me reincorporé al MIR. Me asignaron a tareas político-militares, como antes, y además empecé a recibir entrenamiento en tiro, para hacer escondrijos, para arme y desarme de pistolas, etcétera. Prácticamente abandoné la universidad, aunque la usaba de chapa para dedicarme al trabajo de revolucionario. Mis dos hermanos mayores también habían entrado a la universidad; uno de ellos la había dejado y se había ido a vivir a Europa. Que yo siguiera o no la carrera a mis papás les importaba poco; ellos no habían gastado plata en eso, porque desde la secundaria yo me las arreglaba para conseguir becas de estudio.

El problema más profundo que había en mi casa por esa época —cuando nos habíamos cambiado a vivir en la Villa Frei— era que el proyecto familiar se estaba desarmando. Por un lado, nosotros nos estábamos dedicando a estudiar en vez de trabajar; por otro lado, mi viejo, que era un fresco y tenía otras mujeres y otros hijos por fuera, se había largado de la casa. Mi madre se sentía desamparada.

Por ese tiempo estaba también la campaña presidencial. El MIR no era un partido que estuviera dentro de la Unidad Popular ni respaldara oficialmente al candidato a la presidencia, el socialista Salvador Allende. La relación con él era confusa, ni se le apoyaba ni se le oponía. El MIR y Allende mantenían conversaciones y se tomaron varias medidas que fueron en la línea de respaldarlo, como no llamar a la abstención electoral y dejar de hacer acciones militares como los robos de banco para no perjudicar la candidatura.

En el MIR no creíamos que la izquierda tradicional, aglutinada en la Unidad Popular, pudiera ser una opción real para llegar al socialismo, porque estaba por la vía legal, por transformar el aparato del Estado por un camino de reformas (por eso los llamábamos reformistas), mientras que en la izquierda revolucionaria, en cambio, creíamos que para transformar la sociedad y llevarla al socialismo, tarde o temprano se tendría que llegar a un conflicto armado. Esa era nuestra premisa basal, que se apoyaba en toda la experiencia internacional: la toma del control siempre, antes o después, se resolvía por la vía de la violencia. El socialismo era una dictadura del proletariado, y para que la izquierda se hiciera de todos los órganos constituyentes del Estado, no solo del Gobierno, se necesitaría la fuerza, que a su vez desataría la lucha de clases.

Pensando en ese momento era que el MIR buscaba acumular fuerza social, masa, gente convencida, dispuesta a defender con armas el proyecto cuando fuera necesario. «Pueblo, conciencia y fusil. MIR, MIR, MIR» era uno de nuestros cantitos.

Dentro del partido muchos apoyábamos a Allende, porque si se ganaba el Gobierno, la izquierda conseguiría el control del Ejecutivo. Y para mí Allende representaba las aspiraciones de cambio profundo en la sociedad chilena, aunque todavía ni tenía edad para votar, que entonces era a los 21 años.

Me integré a unos comités vecinales de la Unidad Popular en la Villa Frei para trabajar por su candidatura; todos sabían que yo era mirista, pero no había problema con eso.

Era cabro chico, pero yo sentía muy fuerte la necesidad de ese cambio y había huevadas que tenía muy claras respecto a las carencias de la gente pobre porque yo provenía de ella. Yo no era el típico cuadro pequeño burgués que por un convencimiento teórico le había bajado la conciencia social. A mí nadie me iba a

contar lo que era el hambre, el frío o las humillaciones, las había vivido todas. Lo mío era experiencia práctica, cotidiana, concreta, y no una lucidez intelectual que me vino después de leer a Lenin. Así como tampoco fue la teoría del valor que desarrolló Marx la que llevó a que los obreros rusos hicieran la revolución; esos viejos no habían leído nada sobre el socialismo, simplemente hicieron la revolución porque tenían hambre de pan, de tierra y de paz y el partido bolchevique les ofreció una vía para conseguirlo.

Allende tenía posibilidades de salir elegido, estaba bien en popularidad y por ese tiempo el MIR me encargó hacer trabajos de inteligencia; tenía que seguir a empresarios y políticos de la Democracia Cristiana principalmente, para intentar develar si estaban tras alguna conspiración.

Hacer ese trabajo me desanimó mucho, porque recuerdo que empecé a ver que las patentes de los autos que vigilaba pertenecían a grandes empresarios que casi a diario entraban y salían de las embajadas de Estados Unidos y de Brasil.

En eso se evidenciaba que la derecha, al igual que la izquierda revolucionaria, estaba preparándose para una salida violenta, una resolución del conflicto por la vía armada. La derecha estaba trabajando con la CIA estadounidense y además tenía sus grupos armados, como lo era Patria y Libertad.

Cuando empecé a ver semejante despliegue y gente de tanto poder y relevancia involucrada en un evidente sabotaje a Allende, sentí que el MIR no era más que una pulga en el oído. La derecha no solo contaba con el respaldo de la clase alta chilena, sino que además tenía al imperialismo de su parte.

Después de hacer esos seguimientos el partido me encargó hacer una cuenta de la situación política nacional. Eso era dar un salto en mi trayectoria política. Me organicé para recolectar durante un par de meses toda la información que había

estado apareciendo en la prensa desde el inicio de la campaña presidencial. Me iba todos los días a la Biblioteca Nacional y sacaba noticias; esos datos los cruzaba con la información que había obtenido en los seguimientos. Al poner todo eso en una visión global, era evidente que la derecha no aceptaría la llegada de Allende. Mi análisis, que era propio, lo presenté ante la directiva y la comisión política del partido. Fue muy importante para mí.

En septiembre de 1970 finalmente se produjo el triunfo de Allende en las urnas y, como no tuvo mayoría absoluta, fue el Congreso el que luego lo ratificó como presidente de Chile. Pasaron unos pocos meses de eso cuando la directiva me citó a una reunión en una casa que quedaba por el Parque O'Higgins; nunca me voy a olvidar que en la fachada decía: «Centro de Estudios Bíblicos».

Pasé a una sala donde estaba parte importante de la dirigencia del MIR: Miguel y Edgardo Enríquez, Sergio Pérez y Tito Sotomayor. Me senté y ellos preguntaron si estaría dispuesto a tomar una decisión por el partido, a alejarme de la familia, la polola y todo lo que tuviera sin contárselo a nadie. No podían explicarme de qué se trataba, pero era necesario que estuviera dispuesto a dejarlo todo para cumplir una misión. Acepté y, sin darme detalles, me dijeron que tenía que esperar listo, que en dos días pasarían a buscarme.

Me preparé con la única muda de ropa que tenía y a la hora prevista llegaron unos compañeros en un vehículo. Me trasladaron a otra casa, en la que me vendaron los ojos y me sacaron en auto. Hicimos un viaje relativamente corto y cuando me quitaron las vendas estaba dentro de la residencia presidencial de Tomás Moro. Ahí me informaron que pasaba a ser parte del grupo que se encargaba de la seguridad de Allende, el llamado Grupo de Amigos Personales (GAP), que se había formado durante la campaña por un acuerdo entre Allende y Miguel Enríquez. El MIR estaba a cargo y los jefes eran Tito Sotomayor y Sergio Pérez.

El GAP se dividía en cuatro grupos: «La escolta» la componían 20 o 25

compañeros, todos bien capacitados en armas, con Mario Melo como cabeza, y se encargaba de acompañar al presidente. «La guarnición» era el grupo que veía el control y el funcionamiento de las casas de Allende y de las viviendas donde funcionaba el GAP, que se llamaban «la capilla», «el convento» y «la catedral». «Informaciones» era un grupo de cinco o seis compañeras que procesaban la información política que aparecía en los medios de comunicación. Y «la tropa», de la que pasé a formar parte, éramos 40 compañeros militarmente preparados para ser el primer anillo de contención en caso de una emergencia.

En cuanto me integré me mandaron a Cuba para tomar cursos avanzados en armas, en planificación de operaciones, en uso de explosivos y en defensa personal. Hasta ahí llegó el secreto total que tenía que guardar con mi misión, porque, como era menor de edad, mi papá tuvo que darme una autorización escrita para salir del país.

En Chile el trabajo que hacíamos los del GAP no era fácil; sufríamos muchas provocaciones, yo tuve infinidad de enfrentamientos en la calle. Una vez salimos desde la casa de Tomás Moro con cuatro compañeros a dejar un juego de loza a La Moneda. En una camioneta íbamos Marcel Marambio (hermano de Max), otro compañero, un chofer y yo. Cuando llegamos a avenida Las Condes nos interceptaron dos autos y se bajaron en total ocho tipos de Patria y Libertad. Empezaron a amenazarnos y decirnos huevadas, pero tuvieron mala suerte, porque Marcel era el mejor karateca de Chile en ese tiempo y otro de los compañeros que iba con nosotros lo seguía muy de cerca en ese ranking. El chofer resultó ser bueno para los combos. Nos trenzamos a puñetes entre todos, dejamos a los ocho tirados en el piso y nos fuimos.

Ese tipo de situaciones se vivía casi a diario, y aunque estábamos bien preparados, era cansador vivir así. Después de que un compañero se salió de madre y se mandó una cagada, nos prohibieron andar con armas mientras no estuviéramos en servicio. Pero yo no hacía caso, iba siempre con mi fierro a todas partes y varias veces me pillaron y me sancionaron.

Al ser parte del GAP, nuevamente empecé a sentir que vivía con contradicciones, porque mientras trabajaba, yo tenía de todo: comida rica, ropa buena, transporte en auto, dormía en una cama cómoda a menos que tocaran esos turnos eternos de esperar a Allende. Pero luego, cuando iba a mi casa porque tenía libre, no había pan, azúcar ni una huevada qué comer, ya no por pobreza, sino por el desabastecimiento que había en el país. Afuera la gente estaba viviendo otra realidad.

En ese tiempo, al interior del MIR se abrió una discusión política. Percibimos que las tareas militares del partido correspondían a una organización que propendía a la lucha armada clandestina. El problema que se planteaba era que el MIR había crecido mucho en el último tiempo y contabilizaba cerca de 10.000 militantes entre todos sus frentes.

El MIR tenía una política de masas, pero no lograba articularla con su política militar. Yo veía esa necesidad y encontraba una idiotez que 40 huevones con formación y experiencia militar estuviéramos dedicados a cuidar a Allende en vez de capacitar a más gente para cuando llegara el momento de un enfrentamiento militar. Si de verdad queríamos dar una lucha, era necesario prepararse, ya que un ejército no se improvisa ni se resuelve pasándole fierros a la gente. Una política militar es mucho más que eso.

Al poco tiempo, «la parroquia» se convirtió en la escuela militar del MIR y yo quedé al mando. Dos ex boinas negras estaban a cargo de capacitar a miristas, aunque también llegaban a los cursos uruguayos, peruanos y bolivianos que de camino a Cuba hacían escala en Santiago.

A medida que avanzaba el gobierno de Allende, la lucha de clases fue haciendo una representación perfecta en Chile. Una lucha, que es lo mismo que una guerra, enfrenta partes que se mueven en ofensiva y contraofensiva. Las medidas que instauró el Gobierno de Allende —como dar medio litro de leche por niño o expropiar las 91 empresas consideradas estratégicas— fueron una primera

ofensiva para los intereses de la derecha y el poder económico. El empresariado respondió con desabastecimiento y Estados Unidos con un bloqueo a la economía chilena.

En octubre de 1972 la patronal organizó un paro nacional para desestabilizar aún más al Gobierno. Los procesos se traslapan, pero esa paralización generó condiciones para que el movimiento social que venía desarrollándose se desplegara. Así, aparece el «poder popular» como una contraofensiva de la gente. Los dueños de las industrias dejaban de producir para apoyar el desabastecimiento, sus empleados quedaban sin empleo y eran ellos mismos los que se organizaban para tomarse las fábricas y hacerlas producir, con el influjo —claro está— de los dirigentes ultrones, de izquierda radical o como se los quiera llamar. Los mismos trabajadores buscaron mejorar sus condiciones tratando de hacer abastecimiento directo, entregar productos sin pasar por el mercado intermediario. Con eso rompieron la cadena del comercio y —dicho sea de paso— se profundizó más la cagada que había con la economía.

Este movimiento social llamado «poder popular» empezó a andar su camino propio y eso no fue algo que estuviera contemplado en los planes del Gobierno de la Unidad Popular. De hecho, aunque muchas veces intentaba mantenerse dentro de la legalidad, fue más bien un actor antagónico al Gobierno.

Por ejemplo, ante el cierre de una fábrica, los trabajadores pedían la intervención y que se obligara su puesta en marcha, pero cuando el Gobierno no intercedía, el «poder popular» se tomaba las empresas y los dueños acudían a la Justicia, que solía darles la razón.

Allende buscaba mantener la legalidad y hacer un proceso de transformación dentro del marco institucional, pero la vida cotidiana planteaba la necesidad de resolver las cosas fuera de ese marco que, en cualquier caso, había sido definido por la burguesía. El Estado en su conjunto no era de izquierda; la Justicia, la Contraloría, las iglesias y todos los otros entes que conformaban el Estado no

estaban por una revolución.

El proceso con el «poder popular» lo viví muy de cerca porque después de estar un año en el GAP me salí, pero como quería seguir trabajando, contacté a Renato, el viejo amigo de las brigadas secundarias, que en ese momento estaba a cargo del MIR en Maipú y Cerrillos, o Grupo Político Militar 4. Le pedí que me integrara y me dejó como encargado militar del GPM 4.

En esa zona los trabajadores de las industrias se organizaron para revertir los cierres injustificados de las fábricas, de sus fuentes laborales. Se coordinaron por sectores geográficos y así nacieron los llamados cordones industriales, que en Santiago fueron ocho y en regiones cerca de 20 más.

Yo, como encargado militar del MIR, visitaba las fábricas del cordón Maipú-Cerrillos. Con algunos trabajadores me relacioné mucho, como con los de la conservera Perlak; ahí los viejos me pedían instrucción militar para organizar la toma de sus fábricas. Yo los instruía en lo básico, porque no contábamos con recursos para más.

Era un tiempo muy difícil, no solo por la situación del país, sino también porque al interior de cada partido de la izquierda había grupos que se habían radicalizado y se estaban peleando entre sí; los comunistas, por ejemplo, acusaban continuamente al MIR de estar «atornillando al revés del Gobierno», según decían.

En el MIR teníamos un problema derivado de lo mucho que habíamos crecido en adhesiones. Nuestra orgánica no estaba dando abasto y, especialmente, necesitábamos definir una línea política militar que se condijera con esa nueva realidad. En medio de toda la cagada que había, en la izquierda y en el país, nosotros estábamos haciéndonos una pregunta de fondo: cuál era la lucha

armada que el MIR debería adoptar cuando llegara la hora de sacarse las máscaras, la hora del enfrentamiento.

Era importante que nosotros estudiáramos al «poder popular» para buscar la manera de darle conducción. Para eso el MIR convocó a los jefes militares de los distintos GPM y conformamos el Comité Regional de Encargados Militares, que llamamos —aunque en hueveo— la CREM.

Queríamos hacer una política de masas y estudiamos la insurgencia, la guerra de Mao Zedong, la guerrilla. Miramos bastante el control obrero que había logrado desarrollar el Pueblo Obrero de Unificación Marxista (POUM) durante la Guerra Civil española.

Hubo muchas discusiones y surgió el acuerdo de hacer una política militar de masas que hasta entonces no existía, pero no era sencillo, porque dentro del MIR teníamos problemas con la organización; había unidades con dobles jefaturas, entre otras cosas.

Para entonces ya hacía tiempo que el MIR se había retirado del GAP por las disputas al interior de la izquierda. El MIR estaba en una pelea feroz con el Partido Comunista, que a esas alturas nos acusaba directamente de ser «agentes de la burguesía», «gancho de la CIA» y una serie de otras pelotudeces por el estilo.

No recuerdo el día exacto en que el MIR se retiró del GAP, pero sí recuerdo que quien era el jefe militar del partido, Mario Melo, ordenó que los miristas evacuaran todas las casas del GAP, rápidamente y sin llamar la atención. Un grupo nos fuimos en una camioneta y otros en dos autos más a la residencia de Tomás Moro. Mario abrió la puerta del subterráneo y empezamos a sacar un arsenal de armas; había pistolas, revólveres, fusiles, ametralladoras,

subametralladoras, cañones sin retroceso y cajas de municiones. No hubo nadie que nos detuviera y partimos a esconderlas en una parcela en La Reina.

Al poco tiempo de eso, con los GAP que habían integrado «la tropa» —y que eran los que tenían mejor preparación militar— el MIR conformó aquello que se llamó la Fuerza Central, que fue concebida como un grupo militar de élite compuesto por cuatro escuadras, es decir, 40 compañeros que manejaban cada uno un cañón sin retroceso, un lanzacohetes, una AK-47, varias granadas y su pistola personal. El primer jefe de la Fuerza Central fue Mario Espinoza (Juancho).

En junio de 1972, Allende convocó a todos los partidos de la izquierda a una reunión en una casa en Lo Curro para debatir, pero en el encuentro surgieron dos posiciones que eran irreconciliables —ahora sí manifiestamente irreconciliables— en nuestro sector. El Partido Comunista planteó que se debía «consolidar» lo que el Gobierno había logrado hasta ese momento, porque habiendo la cagada que había en el país, ya no era posible ir más adelante.

Pero el ministro de Economía, Pedro Vuskovic, presentó otra postura: que no era posible consolidar, porque se estaba en una fase de confrontación y, por lo tanto, o seguíamos atacando y avanzando o seríamos derrotados. De esta tesis surgió el eslogan «avanzar sin transar».

Pero el Gobierno acuñó la postura comunista y se suscribió a la consigna «consolidar para avanzar».

A partir del llamado «Cónclave de Lo Curro» se produjo una fractura profunda al interior de la Unidad Popular. Allende se inclinó por abrir un proceso de diálogo con la Iglesia católica y la Democracia Cristiana y también decidió incorporar uniformados en su Gobierno.

Desde que la Unidad Popular había llegado al poder, y a pesar de todo el conflicto que vivía el país, en las votaciones la izquierda fue aumentando en adhesiones, por sobre el 36,6% que había sacado Allende. En marzo de 1973 hubo una elección parlamentaria que dio un 44,5% de los votos a la izquierda. Estos resultados deben haber llevado a la derecha a pensar que llamar a elecciones no era un camino y que la única salida era un golpe de Estado.

La mañana del 29 de junio de 1973 una hilera de tanques avanzó por el centro de Santiago para rodear el palacio presidencial. Cuando nos enteramos, los milicos del partido desplegamos todos nuestros recursos y llegamos hasta muy cerca de La Moneda. Estuvimos listos para hacer todo tipo de acciones, teníamos un grupo de la Fuerza Central in situ con bazucas, lanzacohetes y todo el armamento necesario para hacer volar los tanques. Ese fue nuestro momento más alto.

Los compañeros de la Fuerza Central tuvieron en la mira a los tanques, esperando que llegara la orden de atacar. Pero como no se mandaban solos, nunca atacaron, porque Miguel Enríquez no les dio el pase.

Él murió un año más tarde, nunca supimos el porqué de su decisión. Con el tiempo yo elucubré que pudo haberse debido a que justo en ese momento el MIR discutía en torno a dos documentos: uno decía que el MIR tenía una cabeza sólida pero un cuerpo flácido y lleno de contradicciones. El otro sostenía que el MIR debía entrar a la Unidad Popular y ayudar a defender el proceso. Es posible que Miguel no haya tomado la decisión de que bajáramos esos tanques porque, con ese «cuerpo flácido» que se había descrito, luego no íbamos a tener cómo mantenernos en un ataque. La historia que han contado es que el MIR no tenía con qué responder, pero no era así. Teníamos armas y podríamos haber respondido, pero lo que no habríamos podido hacer era mantener un proceso de guerra. Para eso no teníamos lo suficiente.

El asunto fue que los tanques que esa mañana rodearon La Moneda se replegaron en un par de horas, pero recuerdo bien que a partir de ese momento yo comencé a pensar en las alternativas que había para enfrentar un golpe de Estado que se veía inminente.

En las fábricas del cordón Maipú-Cerrillos los viejos me dijeron que ellos podían hacer armas caseras, que necesitaban eso sí que yo les llevara muestras para saber qué piezas podían copiar.

Eso lo empezamos a hacer, pero ya era muy tarde. Además, no se hubiese sacado nada con, incluso, haber abierto los arsenales de guerra y pasárselos a la gente. Porque un pueblo sin capacidad de organizarse jamás podría haber enfrentado a un ejército.

Carl von Clausewitz dice que toda guerra es la continuación de la política, y eso era tan real en Chile en ese momento que todos los partidos políticos tenían su política militar. La derecha armó grupos como Patria y Libertad y sentía —o sabía— que tenía al Ejército de su parte, que contaba con él. La Democracia Cristiana tenía dirigentes que trabajaban con el Ejército y también con la CIA estadounidense, como Patricio Rojas y Andrés Zaldívar, a quienes yo mismo vi entrar y salir de la embajada americana sistemáticamente.

Es que existen dos formas de establecer dominio: por el convencimiento ideológico o con el aparato militar. El Estado cuenta con fuerzas armadas para resolver controversias con otros países, pero también las utiliza cuando el dominio por convencimiento no se produce. Las usa para aplastar.

Eso lo teníamos claro en el MIR y por eso hacíamos trabajo dentro de las Fuerzas Armadas; en la Aviación, en la Armada y en Carabineros. Había compañeros que conversaban directamente con los uniformados para saber quién

estaría por defender al Gobierno. También sacábamos carteles y en las marchas cantábamos: «La policía tiene dos caminos, estar con el pueblo o ser su asesino».

La situación era confusa para el pueblo y Allende, además, tomaba medidas que eran desalentadoras. Permitió la detención de un grupo de suboficiales de la Armada que habían denunciado una conspiración contra el Gobierno. Luego también accedió a modificar la ley de control de armas y con eso permitió que la policía entrara en cuanta fábrica quisiera. El caso más emblemático fue el allanamiento que la Fuerza Aérea hizo en Punta Arenas, que fue tan violento que terminó con un muerto. Los trabajadores no entendían por qué el Gobierno hacía eso con ellos, que justamente eran los que estaban defendiendo el proceso.

Un tiempo antes del Golpe, Allende les anunció a algunos actores políticos que llamaría a un plebiscito; esto hizo que la dirección nacional del MIR decidiera unirse a la Unidad Popular, pero los jefes de los grupos político-militares no estuvieron de acuerdo y argumentaron que —ante la inminencia del Golpe— lo único que quedaba era prepararse militarmente. Debido a esa diferencia de pareceres, la dirección del MIR decidió intervenir los grupos político-militares. Tres días antes del Golpe, recuerdo que llegó Dagoberto Pérez como interventor, y todos los que éramos jefes dentro de esos grupos dejamos de serlo.

Y como yo me quedé sin mi jefatura, me fui de Cerrillos a vivir a la casa de mi polola, en la población La Victoria, aprovechando que ella estaba embarazada y que habíamos decidido casarnos. A través de un amigo me conseguí una hora en el registro civil de Ñuñoa y me la dieron para las 8:30 del martes 11 de septiembre.

Cuando llegó ese día, y como había muchos problemas con la locomoción, nos levantamos cerca de las seis de la mañana. Nos arreglamos un poquito y con mi suegro y un amigo que iba a hacer de testigo nos pusimos a caminar para tratar de encontrar una micro. Pasó una que nos dejó en la Alameda; el ambiente estaba enrarecido, había muchos milicos y empezamos a ver que algo grave

pasaba. La gente corría para todos lados y de repente alguien nos contó que estaba ocurriendo un golpe de Estado.

Entre los cuatro que íbamos al asunto del matrimonio resolvimos partir cada uno a su frente. Yo andaba con mi arma, así es que paré al primer auto que encontré y lo encañoné para ordenarle que me llevara a Cerrillos. El tipo me contestó: «Lo llevo sin problemas, pero baje el arma compañero, no hace falta que me apunte».

Recuerdo que me dejó en la calle Buzeta y yo empecé a caminar. Afuera de las industrias había milicos parados con ametralladoras y desde Melipilla hacia Santiago venían caminando montones de personas, todos con la cabeza gacha, sin hablar.

Me pude meter a algunas fábricas; entre los trabajadores había caos y confusión con respecto a qué hacer. Yo me fui al punto que habíamos fijado en caso de emergencia y cuando llegué no había nadie del aparato militar, y la verdad es que después tampoco nadie apareció. La única que se presentó fue una de las hermanas Izquierdo, la Teresa, que vivía en esa casa donde la empleada llegaba a servirnos comida en bandeja.

De a poco fueron llegando otros jefes de mi grupo, como Renato. No había comunicación con la dirección central de partido, así es que entre los que estábamos nos pusimos de acuerdo para ir a inspeccionar. Quedamos de juntarnos nuevamente cerca del mediodía para evaluar. Cuando eso ocurrió, vimos que teníamos constituidos dos grupos importantes de trabajadores en las fábricas Perlak y Fensa, un grupo de campesinos y otro de pobladores que estaban detrás del Templo Votivo de Maipú. También había contacto con la Villa Francia, en Las Rejas.

Las noticias que nos llegaban eran poco alentadoras, como que los dirigentes del

cordón industrial Cerrillos estaban pagando los sueldos y abriendo las bodegas para que los obreros se fueran con lo que pudieran.

Al rato alguien nos aseguró que Allende había dicho que no iba a renunciar y que por lo tanto era probable que hubiera un combate en La Moneda. Nosotros nos dimos cuenta de que esta vez no iba a haber una vuelta atrás, que iba en serio y no como había pasado con el Tanquetazo un par de meses antes.

Entonces buscamos improvisar una pequeña fuerza con unos fusiles mecánicos y unas pistolas que nos habían pasado en las fábricas. Yo logré recuperar una caja de granadas hechizas que estaban buenas, pero tenían los cuerpos separados de las espoletas. Los trabajadores intentaron armarlas buscando tornillos que les hicieran.

No teníamos información ni plan, pero buscábamos estar disponibles de la mejor forma por si llegaba una orden. Recuerdo que en algún momento logré contactarme con Patricio Rivas, entonces jefe de la CREM. Me contó que estaba reunido con la Fuerza Central y que ellos tampoco sabían el grado de consolidación del Golpe. Me preguntó con qué contaba en ese momento y le resumí que con una barricada, armas y decisión de pelear. Me pidió que aguantáramos, porque nos iba a mandar una escuadra de la Fuerza Central. Yo pensé que con eso íbamos a andar bien.

Afuera empezaron a pasar helicópteros; tiraban a la calle, a la gente. Nos trasladamos a una colina que estaba frente a la fábrica Perlak y desde ahí empezamos a dispararles con un fusil mecánico, lo que es lento y complicado, no como con los automáticos, que lanzan un tiro tras otro. Pero de todos modos logramos darle a un helicóptero, que no se cayó, pero empezó a girar sobre sí mismo echando humo. Se empezó a alejar y nosotros festejamos.

En ese rato nos llegó el rumor de que había muerto Allende, así que nos reunimos para analizar la situación. Pensamos que lo mejor era replegarse mientras no supiéramos qué pasaba. Mantuvimos gente acuartelada en las casas que teníamos previstas y otros se fueron a las industrias.

En la tarde, las Fuerzas Armadas entraron en Maipú y nos reunimos en una de las casas clandestinas. En mi grupo empezamos a tratar de cambiarnos la apariencia física; como yo usaba el pelo un poco largo, una compañera empezó a cortármelo y a sacarme las cejas mientras yo me afeitaba el bigote. De repente llegó una patrulla y tuvimos que salir arrancando. Yo quedé con el pelo a medio cortar.

Nos escondimos. Cuando cayó la noche empezamos a movilizarnos de nuevo. Llegamos a la casa de un compañero que tenía una madre española; ella nos dio algo de comer mientras escuchábamos la radio. Entonces oímos al director de Carabineros, César Mendoza, decir que había que extirpar el cáncer marxista. En ese momento yo me fui a negro, sentí que la española me empezaba a dar cachetadas diciendo que estaba en shock de guerra, que ella lo había visto durante la Guerra Civil.

Me arroparon, me dieron café y me recuperé después de un rato. Empezamos a sostener una reunión con los compañeros y vimos que la situación era muy triste, ni siquiera sabíamos si Allende estaba vivo o muerto. Hablábamos y hablábamos sin saber qué chucha hacer, pero se instalaron dos visiones: una era que se estaba abriendo una fase de aquella guerra popular que tanto habíamos mentado y que, por lo tanto, era necesario replegarse para cuando llegara el momento del enfrentamiento. La segunda postura, que la planteó el dirigente sindical Santos Romeo, era que había que enfrentarse, porque si no mostrábamos ese día que éramos capaces de pelear, la gente jamás iba a volver a creer en nosotros.

Se produjo un silencio y de repente alguien dijo: «Bueno, que opine el milico del grupo», que era yo.

Sentí una responsabilidad enorme y a la vez pensé que lo que yo dijera podría tener consecuencias sobre la vida de muchas personas.

«Hay que hacer algo», respondí, e hice un recuento de nuestra fuerza. No estaban los operativos que debían estar, pero al menos teníamos al pueblo, que eran cerca de 50 obreros y campesinos dispuestos a dar una pelea. En esa misma mesa teníamos cuatro armas y los socialistas de la zona habían quedado de hacernos llegar más.

Decidimos que un grupo de compañeros se fuera a generar condiciones para la sobrevivencia, y que el resto nos quedáramos para improvisar una acción militar. Yo propuse atacar la comisaría de Maipú, es decir, hostigar las fuerzas del enemigo. La escuadra de la Fuerza Central que nos aseguró Patricio Rivas nunca llegó y —a medida que pasaba el tiempo— pude constatar algo que venía vislumbrando hacía rato: que en Maipú y Cerrillos lo único que había era la gente del lugar.

Salí con unos compañeros a recoger armas por segunda vez. Socialistas y gente de Izquierda Unida nos entregaron dos sacos con subametralladoras, pistolas y fusiles. Ignoro de dónde los habían sacado. Maipú era una zona agrícola, de mucha vegetación y que conocíamos bien, así es que bajo la oscuridad de la noche nos fuimos arrastrando esos bultos. Cuando veíamos que venían milicos, nos tirábamos al suelo y esperábamos que pasaran.

Cuando llegamos al punto acordado había solo unas 20 personas. Todos quedamos muy bien provistos de armas: las teníamos por montones. Organizamos escuadras de combate y salimos por la avenida Segunda Transversal. No se veía ni un alma en la calle y a medida que caminábamos se iban apagando las luces de las casas.

El compañero que iba adelante, de avanzada, se devolvió para informarme que a lo lejos se veía un vehículo de color oscuro con baliza, y nos agazapamos detrás de una loma a esperar que pasara para hacerle una emboscada. El acuerdo era que yo abriría el fuego, así es que cuando el auto pasó yo empecé a disparar y el resto me siguió. En eso, entre la sonajera empezamos a escuchar gritos y yo reconocí una voz. Detuve el fuego porque vimos que se trataba del grupo de compañeros que se había ido para generar condiciones para la sobrevivencia. Ellos habían robado una ambulancia de la Fuerza Aérea y por eso andaba con baliza. Tres de esos compañeros quedaron heridos y se los llevaron a la Posta Central; nosotros nos quedamos con una pena muy grande por haberlos herido. No supimos entonces, pero uno de ellos llegó muerto al hospital.

Nosotros seguimos hacia avenida Pajaritos, donde nos resguardamos y estuvimos tiroteando a los vehículos de milicos hasta el amanecer. Cuando empezó a clarear, escondimos las armas en el campo de un colaborador: nos replegamos. Yo partí a La Victoria, no sé cómo, pero llegué a la casa de mi polola. Dormí un rato y cuando me desperté ya era 13 de septiembre, y me fui a Maipú. No tenía plan, pero sentía la obligación de dar la pelea. Por el camino pasé a varias casas de seguridad a buscar compañeros y nos fuimos a la fábrica Perlak, que era un punto de reunión acordado previo al Golpe. Una vez que oscureció, nos fuimos a terminar de enterrar bien las armas que habíamos medio escondido el día anterior. Trabajamos duro; cerca de las tres de la mañana los dueños de casa se levantaron para atendernos. Recuerdo que la mujer nos preparó unas papas asadas y que mientras comíamos, hicimos un sistema de turnos para irnos a dormir. Nos fuimos a descansar en un silo que tenía la parcela; a mí me tocaba dormir y no sé cuánto rato habrá pasado, pero de repente me desperté rodeado de boinas negras: el primero del turno se había quedado dormido y cagamos todos.

A patadas y a punta de fusil nos sacaron del lugar. Yo estaba tranquilo, porque sabía que las armas habían quedado muy bien escondidas. Los tipos nos empezaron a preguntar qué hacíamos ahí y todos explicábamos que por distintos motivos el Golpe nos había pillado en esa zona y no habíamos sabido cómo

volver a nuestras casas. Yo dije que era estudiante de arquitectura y que andaba haciendo un trabajo.

En eso, uno de los boinas negras dijo: «No les creo nada», y le ordenó a otro que trajera parafina.

Nos pidieron arremangarnos la camisa y nos rociaron las manos y los antebrazos con la parafina. De a poquito, a todos nos empezaron a aparecer marcas negras: eran los rastros de pólvora que dejan los fogonazos y que se tiñen con ese combustible. Esa era la prueba que los sujetos necesitaban para constatar que habíamos estado disparando. En ese momento empezó un sacadero de chucha, nos agarraron a patadas y a golpes con sus armas. Estuvieron dándonos un rato y después nos dijeron que nos iban a fusilar. Tuvimos que caminar y ponernos en fila; estábamos parados enfrente de los que nos iban a disparar cuando apareció un grupo de Carabineros gritando que no nos mataran, que éramos de ellos y que nos andaban buscando hacía días.

Entre milicos y pacos se pusieron a discutir y por suerte ganaron los pacos, que nos metieron en su camioneta y nos llevarnos a la comisaría de Maipú. Cuando llegamos nos sacaron la ropa y empezaron a golpearnos. Fue extraño su comportamiento, porque en ningún momento nos preguntaron quiénes éramos ni dónde militábamos.

Yo tuve mala cueva, porque en medio de los golpes uno de los carabineros reparó en mi pelo y dijo: «Miren a este huevón como usa el pelo, es maricón». Se ensañaron conmigo, me pegaron entre todos y al rato le ordenaron a un compañero —que era dirigente sindical— que se tirara arriba mío: «Ahora vos, culéate a este maricón».

Él empezó a moverse sobre mi espalda como si me estuviera afilando. Estaba tan

avergonzado que mientras se movía me decía: «Compañero, por favor, perdóneme».

Cuando terminó el show, uno de los pacos me metió la trompetilla de un fusil por el ano y me lo hizo mierda.

Era una época del año en que hacía bastante frío y en la noche nos dejaron sin ropa en la celda y cada tanto iban a tirarnos agua. Los pacos actuaban sin sentido; es que pasaban el día tomando y andaban borrachos.

La segunda noche que estuvimos en la comisaría, estábamos durmiendo en la celda pegados unos a otros para intentar darnos calor y de repente nos despiertan dos carabineros que a la vez nos hacían un gesto para que nos quedáramos en silencio. Abrieron la reja y nos pasaron unos vasos de café y unos sándwiches; mientras comíamos fueron trayéndonos la ropa para que nos vistiéramos y nos dijeron que nos iban a sacar, que sin hacer ruido fuéramos saliendo a la calle. Sin entender lo que estaba pasando, enfilamos hacia una camioneta, nos hicieron subir en la parte de atrás y nos tiraron unos sacos de papa encima. Los pacos empezaron a empujarla calle abajo y cuando nos alejamos unos metros de la comisaría, echaron a andar el motor y nos fuimos.

«Cabros, nosotros somos de izquierda y sabemos quiénes son ustedes. Está la cagada en el país y había orden de matarlos mañana. Lo único que podemos hacer es dejarlos en el Estadio Nacional sin parte… ahí ustedes ven cómo se las arreglan», nos dijeron.

Nosotros no entendíamos por qué iban a llevarnos al estadio, pero al llegar vimos que estaba convertido en campo de prisioneros, estaba lleno de gente.

Nos entregaron a la guardia; ahí dijeron que nos habían detenido por vulnerar el toque de queda. Los milicos ni nos miraron, nos tomaron el nombre y nos pasaron adentro. Éramos ocho y nos mandaron a todos al mismo camarín.

En el estadio cada tanto llamaban a la gente por los parlantes para que se presentaran a interrogatorio y sabíamos que en algún momento nos iban a llamar, así es que cada uno se fue armando alguna historia. A los que no llamaban, podían presentarse voluntariamente, pero -como mi chiva no era muy creíble- yo no me animaba. Hasta que un día me armé de valor: fui y dije que estudiaba arquitectura en la Universidad de Chile y que andaba haciendo un trabajo por Maipú cuando me pilló el Golpe. El milico que me tomó declaración dijo que no podía dejarme libre hasta corroborar la información. Ignoro si eso habrá ocurrido, pero un día me llamaron junto a un grupo de gente y nos trasladaron a la Penitenciaría.

Llegar ahí fue bastante bueno; había un régimen carcelario que era mucho mejor que estar como animales en el estadio. Además, me encontré con mucha gente, entre ellos, uno de los chicos que herimos el día del Golpe.

Él aún estaba en recuperación en el hospital de la Penitenciaría que funcionaba en el segundo piso, pero de todos modos lo torturaban a diario. Y en una de esas sesiones, él me reconoció como dirigente del MIR. Me lo contó él mismo y yo supe entenderlo, porque bajo tortura es muy difícil o imposible no hablar.

Con esa información los militares empezaron a armar mi historia. Un día se presentó el fiscal de la Aviación, Alberto Parodi, que tenía un hijo militante de izquierda. Entró a mi celda y me comentó que estaba impresionado con lo chico (de edad) que era, que con tantas cosas que había sabido de mí, se imaginaba que yo tenía más años. Aseguró que me andaban buscando, pero que su Gobierno —que era «justo y democrático», como dijo— me iba a someter a un Consejo de Guerra solo por los hechos en que me había involucrado a partir del 11 de septiembre: básicamente era por desobediencia a las Fuerzas Armadas, el ataque

a la ambulancia y la muerte del compañero mirista.

Quedé incomunicado.

Pasaron quizá unas semanas y llegó la hora del juicio, que fue breve y concluyó con una condena de 23 años para mí.

Por esos mismos días, en octubre de 1974, recuerdo que se produjo la muerte del secretario general del MIR, Miguel Enríquez, por el ataque de un grupo de chanchos de la DINA que llegó a su casa en la calle Santa Fe y le disparó.

Su muerte nos golpeó a todos.

La dirigencia del MIR —después del Golpe— había dado la orden de quedarse en el país y resistir. Acuñó el eslogan «el MIR no se asila» para evitar lo que estaban haciendo muchos de los militantes de izquierda de irse al extranjero. Esa orden era para todos, incluidos los dirigentes.

Pasé cerca de dos años en la Penitenciaría y en 1975 Canadá ofreció al régimen militar intercambiar 100 presos políticos por unas maquinarias que Chile quería comprarle. Así, me presentaron la posibilidad de conmutar mi pena por extrañamiento. Yo acepté con gusto porque quería irme de Chile y dejar el MIR, ya que mi conducción el día del Golpe había sido desastrosa.

Recuerdo que un día llegó a visitarme uno de los jefes militares del partido, Arturo Villabela (Coño Aguilar), y yo le conté lo que sentía. Él fue muy

empático y me dijo que las muertes de compañeros no eran responsabilidad nuestra, que se habían producido por la cagada generalizada que había quedado. Le agradecí el gesto, pero insistí en que yo necesitaba bajar la cortina, irme a Canadá y dejar atrás toda esta huevada. Mis planes eran instalarme, estudiar y trabajar. También quería que se fuera a Canadá mi pareja, quien había sido detenida y violada en la comisaría Dávila, de Recoleta, y había perdido la guagua que estábamos esperando.

Se comenzaron a hacer todas las gestiones para mi partida. Cuando resultó, la noche antes de dejar Chile me mandaron a la cárcel de Capuchinos. Al día siguiente tomé el avión a Canadá y me costaba creer que estaba volando y en libertad, habiendo cancelado 20 años que me quedaban de condena.

Llegué a vivir a la provincia de Alberta, a la ciudad de Calgary. El Gobierno canadiense me ayudó a establecerme, me pasó una vivienda amoblada, trabajo y plata. Durante el primer tiempo pasé por varios estados de ánimo; sentía que por fin había salido de las garras de la dictadura, pero por otro lado no lograba dejar de pensar en toda la gente que había quedado. Al principio me dediqué a divertirme. Yo no tomo y antes tampoco lo hacía, pero en ese primer momento estuve saliendo y bebiendo… aunque me duró poco tiempo la tontera.

En Canadá conocí a bastantes chilenos y me encontré también con muchos exmiristas. Con ellos nos organizamos para empezar a denunciar lo que estaba pasando en nuestro país. Tuvimos entrevistas en todo tipo de medios, pero una que se transmitió por televisión llevó a que exmiristas de otras regiones de Canadá tomaran contacto con nosotros.

Allá todos trabajábamos y teníamos buenos sueldos, así es que quedé a cargo de articular un entramado solidario para ayudar al MIR. Tomamos contacto con Cuba, donde se encontraba el secretario general del partido en el exterior, Manuel Cabieses, y le informamos que la primera medida que tomaríamos sería enviarle un aporte mensual de todos los que trabajábamos en Canadá.

Tomé contacto también con miristas que estaban en Europa y esos compañeros empezaron a mandarnos registros de información de lo que había ocurrido en Chile: escuché el último discurso de Allende en La Moneda, recibí fotos y documentos que hasta ese momento no había visto. Lloré mucho, me dio una nostalgia que dolía y pasaba las noches escuchando los programas de radio Moscú y de radio Nueva Habana.

En Chile, Andrés Pascal Allende había asumido como secretario general tras la muerte de Miguel Enríquez. En diciembre de 1975, la DINA lo encontró en una parcela en la localidad de Malloco; estaba junto con otros miembros de la directiva, Nelson Gutiérrez y Dagoberto Pérez. Los chanchos los atacaron y hubo un enfrentamiento. Los dos primeros, que andaban con sus mujeres, lograron huir. Dagoberto murió.

Andrés Pascal y Nelson Gutiérrez huyeron por la carretera y llegaron a refugiarse cada uno en una embajada; a los pocos días se fueron de Chile. Así es que, por la fuerza de los hechos, a partir de ese momento el MIR puso fin a su política de no asilarse.

Y, al tiempo de eso, desde La Habana se informó que todos los exmiristas que habían perdido su militancia por salir del país podrían retomarla. Pero como la cuestión no podía ser al lote, en cada país los miristas con más antigüedad y conocimiento de la organización se encargaron de formar comisiones para recibir y evaluar las postulaciones de reincorporación. Se trataba, básicamente, de chequear los datos para evitar que se colaran agentes del Régimen o algunos de los que se hacían pasar por exiliados políticos para conseguir beneficios. Luego se buscaba saber la conducta del exmilitante, si —por ejemplo— había entregado información del MIR sin haber mediado tortura.

En Canadá yo quedé a cargo de la comisión y me trasladé a Montreal con mi

pareja, que acababa de llegar de Chile. En esa ciudad el MIR existía como organización al alero de un militante antiguo y dos curas chilenos. Ellos me apoyaron; llegamos a un departamento precario en un barrio obrero y entré a trabajar en una industria.

Recuerdo que una de las primeras cosas que hice fue empezar a armar una biblioteca básica de escritos marxistas; compré muchos libros de Isaac Deutscher, Anatoli Lunacharski y Rosa Luxemburgo, dentro de una larga lista. Luego también encontré documentos bien interesantes, como las actas bolcheviques, discusiones sobre el agotamiento en el modelo capitalista y otros sobre la crisis de productividad en el modelo socialista.

En Canadá hubo cerca de 120 postulaciones para reingresar al MIR. Recuerdo que la gente reclamaba mucho por tener que someterse a análisis, en circunstancias que —decían— Andrés Pascal y Nelson Gutiérrez se habían asilado y seguían siendo parte de la comisión política del partido. Yo intentaba calmarlos diciéndoles que las estrategias militares todo el tiempo requerían de redefiniciones, según la marcha de los acontecimientos.

El proceso de reincorporación de militantes se dio entre 1976 y comienzos de 1977. A partir de ahí, el MIR convocó a una gran reunión del partido en México. Me tocó ir y sé que partí el 4 de abril, porque justo ese día nació mi primer hijo, Manuel. Estuve en el parto en el hospital, lo vi, le di un beso y me largué al aeropuerto.

Al encuentro en México llegamos dirigentes de toda América y del Caribe. Durante varios días hubo presentaciones sobre el panorama político en la región y la lucha que la izquierda estaba teniendo en el continente. Fue súper interesante; recuerdo que por primera vez ahí escuché hablar sobre la ofensiva que preparaba la izquierda nicaragüense en contra de su dictador, Anastasio Somoza. Y también se habló del nacimiento en Perú de un grupo llamado Sendero Luminoso… Hueveamos mucho con el nombre, nos sonaba espantoso,

como de agrupación evangélica o cosa similar.

Nelson Gutiérrez, miembro de la comisión política, habló en esa reunión y propuso que, para instalar una lucha de resistencia, el MIR constituyera dos retaguardias: una geográfica y otra política. Esto, porque las concepciones de la guerra plantean que debe existir una vanguardia, un centro y una retaguardia. La vanguardia enfrenta y avanza, el centro responde y la retaguardia es la fuerza que provee de recursos a todo el grupo. Bajo esa lógica, Nelson Gutiérrez propuso que los miristas en el extranjero debíamos convertirnos en la retaguardia geográfica que proporcionara armamento, personas y dinero, desde los distintos países. Una parte sería la retaguardia política, que se dedicaría a denunciar al régimen militar en el exterior, entablar redes y relaciones.

La propuesta de Nelson Gutiérrez se impuso y se instaló un concepto nuevo: el MIR sería la retaguardia de la lucha. Esto fue el punto de partida del Plan 78 del MIR, luego conocido como Plan Retorno, que se encargaría de enviar compañeros y compañeras a Chile para pelear contra el Régimen de Pinochet. Esto se estableció como línea de acción, pero su aprobación en el partido quedó pendiente.

En la reunión en México, tomé contacto con miristas ligados al aparato militar y volví a Canadá convencido de que era el momento de irse a Chile. Eso fue un desastre en mi relación de pareja: ella se formó la idea de que yo no quería asumir la responsabilidad de tener una familia y que por eso me quería ir a huevear a Chile.

En Canadá me dediqué a buscar miristas disponibles para ir al frente, pero encontré bastante reticencia. En general me comentaban que se habían incorporado al MIR porque lo apoyaban como partido, pero que eso no era sinónimo de estar dispuesto a dejar todo y partir clandestino.

Por ese tiempo éramos dos los encargados del partido en Canadá. Mi par se manifestó abiertamente en contra del Plan Retorno, pero esa postura divergente se dio en todas partes del mundo, en todo caso. Mi compañera también estaba en desacuerdo; sin embargo, accedió a irse a Chile, pero de forma legal y con Manuelito, nuestro hijo. De esa manera, podríamos vernos cuando yo ingresara al país.

Hecho este acuerdo, nos pusimos a juntar plata y al tiempo ellos partieron.

Quedé en Canadá a completa disposición y esperando que me avisaran para el retorno. Cuando eso ocurrió, empecé a despedirme de la gente que había conocido; tenía claro que lo más probable era que nunca volviera a verlos. Después de vivir tres años en Canadá, dejé ese país sin haberlo conocido, por haber estado siempre con la cabeza puesta en Chile. Partí con un compañero a Jamaica, donde alguien de la embajada de Cuba nos contactaría para pasarnos pasaportes falsos. Eso se supone que iba a ocurrir en un par de días, pero por razones que desconozco, el contacto no apareció y, ante nuestra insistencia en la embajada, un día alguien del Departamento de Operaciones Especiales (DOE) de Cuba nos enganchó y nos entregó pasaportes cubanos para llegar a La Habana.

Apenas aterrizamos, a mí me asignaron a una escuela rural de entrenamiento para la guerrilla, donde todos mis compañeros eran miristas. Alcancé a estar tres o cuatro días ahí cuando de repente me trasladaron a otra escuelita que daba entrenamiento para «mandos intermedios», según me dijeron. En la isla los cubanos eran los que mandaban y uno simplemente procedía; ellos nunca me explicaron a qué se había debido el cambio… Tampoco pregunté.

Mi nueva escuela la integrábamos diez miristas: cuatro pertenecían al comité central del MIR y los seis restantes eran solo militantes; los instructores dijeron que nos capacitarían para formar equipos de dirección y desarrollar tareas políticas, sociales y militares en Chile.

Desde los primeros días se dejaron ver las diferencias políticas de los que estábamos ahí, las que se fueron haciendo más palpables con el paso de los días. Los cuatro que eran miembros del comité central un día debieron viajar a La Habana a una reunión para aprobar o rechazar el Plan Retorno que Nelson Gutiérrez lanzó en México. El plan se aprobó, pero unos dijeron que no volverían ni cagando a Chile y otros venían alineados con la postura que sostenía la directiva —compuesta por Andrés Pascal Allende, Nelson Gutiérrez y Arturo Villabela—, que estaba por volver.

En cualquier caso, lo que nunca se discutió ni se supo por entonces era que el Plan Retorno contemplara, además, tratar de montar una guerrilla en la precordillera de Neltume, como luego se hizo. En el MIR, el comité central veía solo los lineamientos en general; los detalles de las acciones los veía la comisión política.

En mi escuelita, los cuatro del comité central estaban en posturas diferentes incluso entre sí: uno decía que la línea asumida por el MIR respondía a un simple capricho pequeño burgués de Andrés Pascal Allende, otro creía que en Chile solo se podía hacer agitación y propaganda, un tercero estaba por que se hiciera trabajo de masas y el cuarto, que era Dagoberto Cortés (Yamil), fue el único que estaba en la postura militar.

Entre los seis miembros restantes de la escuelita también hubo diferencias y muchas peleas; el ambiente era de un gran despelote. Por ejemplo, un compañero aseguraba que no iba volver a Chile bajo ningún punto de vista y yo lo increpé preguntándole qué estaba haciendo en Cuba entonces. En el curso había clases de instrucción militar y otras teóricas. Con lo primero no había problemas, pero cuando pasábamos a la teoría sobre guerra, estrategias y tácticas quedaba la cagada, se armaban unas discusiones interminables de las que no lográbamos salir.

La autoridad de mi escuelita era Víctor Toro, un compañero muy querido para mí porque había sido —junto a Renato— el primer dirigente que conocí, cuando quise ingresar al MIR. Yo lo admiraba, le tenía mucho respeto, pero él estaba en contra del Plan Retorno y yo no. Así es que logré cohesionar a otros tres compañeros tras una misma postura y pedimos a la dirección del partido la salida de Víctor Toro. Claro que, antes de hacer eso, yo lo conversé mucho con él y le expliqué que su presencia ahí hacía inviable avanzar en la línea que había trazado el partido y por eso era necesario que se fuera. Víctor lo entendió.

Su salida se produjo y nosotros continuamos con la instrucción. Al finalizar el curso, nos pidieron desarrollar una tesis individual respecto del proyecto político que veíamos posible aplicar en Chile. Yo me metí de cabeza en eso y estuve cerca de seis meses recorriendo las bibliotecas de La Habana, estudiando los casos latinoamericanos y viendo cómo era que la masa podía participar en un proceso de violencia, qué rol podía jugar. Hice recuentos históricos con México, Bolivia y El Salvador. Revisé las fuerzas montoneras que tuvo Manuel Rodríguez. A partir de todo eso elaboré una tesis propia de que en Chile era necesario desarrollar una fuerza militar de masas, es decir, una milicia, y que era un error basar la estrategia del MIR en una concepción guerrillera.

La dirección del partido me llamó a presentar mi tesis en la casa que Arturo Villabela tenía en La Habana. Recuerdo que había varios dirigentes; todos me escucharon muy atentos y cuando terminé de exponer, me mandaron a la chucha. Me dijeron que mi trabajo estaba completamente fuera de foco y que no se condecía con la línea oficial del partido de poner el eje en instaurar una fuerza central militar y otra de guerrilla. Arturo Villabela dijo que lo que se necesitaba era operar con golpe de mano y que para eso tendríamos un foco guerrillero en el sur y una fuerza militar central que operara en la zona urbana. Discutimos un buen rato, pero al final yo le dije que, aunque difería respecto de los énfasis, de todos modos estaba cuadrado con la línea del partido y dispuesto para el retorno. Arturo me dijo que primero tendría que partir a apoyar el combate del frente sandinista contra Somoza en Nicaragua y para eso me enviaron a un entrenamiento militar con el Departamento de Operaciones Especiales, que dirigía Manuel Barbarroja Piñeiro, a una escuela que daba «instrucción para situaciones irregulares»; es decir, teníamos poca agua, comíamos poco y

dormíamos en hamacas. En lo militar nos enseñaron a usar morteros y cañones sin retroceso, practicábamos el tiro vietnamita y otras acciones, pero siempre sin instrumentos de precisión.

El curso fue corto y, cuando terminó, llegó Fidel Castro a tomarnos el examen final. Salimos mal en la evaluación; según dijo el propio Fidel, la instrucción había sido inadecuada y debíamos repetir el curso, pero esta vez nos puso a cargo de unos instructores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que dirigía su hermano Raúl. Estos nuevos profesores nos dijeron que lo que habíamos aprendido no nos servía «un carajo», que ahora íbamos a recibir instrucción para una fuerza regular, es decir, un ejército. A partir de entonces disponíamos de agua libremente, comíamos bien y dormíamos en camas. Tirábamos con armas automáticas y andábamos con brújulas y otros instrumentos de precisión. Eso era otra cosa.

El curso terminó justo cuando se produjo la entrada del Frente Sandinista en Managua, así es que quedé listo para irme a Chile.

Viajé de La Habana a París porque en esa ciudad debía contactar al jefe de información y logística del MIR, René Valenzuela (el Gato), quien me daría las instrucciones y algo de recursos para el retorno. El Gato tenía redes y contactos con gente relevante de la izquierda internacional. A través suyo, por ejemplo, conocí a madame (Danielle) Mitterrand.

En París tuve noticias de mi pareja. Me contó que en Chile había una crisis económica brutal, que la plata que habíamos juntado para comprar un taxi y ponerlo a trabajar se le había hecho sal y agua, entre ayudar a familiares y amigos. Me anunció que muy luego se volvería a vivir a Canadá. Le pedí que se fuera vía París, que yo le conseguiría para el pasaje.

Me dio mucha alegría verlos llegar; Manuelito estaba bien y grande. Pero pasaron los días y todo fue muy triste entre nosotros. Conversamos mucho y nuestra relación quedó finiquitada.

Para entonces, fines de 1979, llegaban noticias de que muchos de los miristas que entraban a Chile eran detenidos y muchos también morían. Esto sembró duda respecto de si en Cuba se estaría filtrando información de los que entraban clandestinos.

Esto me dio desconfianza y decidí no entrar a Chile con el pasaporte que me habían pasado los cubanos. Hablé con el Gato y le pedí que me consiguiera un documento en blanco para llenarlo yo mismo, con algunos de los métodos que había aprendido en los cursos.

Para crearme una identidad verosímil, llamé a un antiguo amigo de la población El Pinar, Juan Carlos Poblete, que tenía una fisonomía similar a la mía, y —con una excusa que no recuerdo— le pedí que me enviara una foto carnet con sus datos. Cuando me llegó, me armé un pasaporte y partí a Chile, pero con escala en Perú.

Pasé unas horas observando, mirando a la gente, en el aeropuerto de Lima. De repente vi a un grupo de mujeres chilenas, mayores, dando vueltas.

Inventé un tropiezo casual con una de ellas y luego le pedí excusas muy amablemente; nos preguntamos «¿chilena?», «¿chileno?», y empezamos a conversar. Eran un grupo de esposas de oficiales del Ejército que habían viajado a Perú. Me invitaron a un café.

«Soy del sur. Acabo de egresar de arquitectura y mis papás me dieron el viaje como regalo» fue la chiva que les metí. La conversación siguió, les pregunté en qué vuelo viajaban y cuando me dieron la información les dije que yo tenía el mismo a Chile. Me despedí diciendo que nos veríamos en el embarque.

Partí rápidamente al counter a comprar un pasaje en ese mismo vuelo, que por suerte había.

Ya arriba del avión divisé a las mujeres y nos hicimos señas. Cuando aterrizamos en Santiago, me fui caminando junto a ellas hasta Policía Internacional. Íbamos conversando cuando pasa una de ellas juntando todos los pasaportes del grupo y también me pidió el mío. Sin hacer cola, nos guiaron por una puerta lateral y pasamos todos juntos.

En agradecimiento, yo les regalé unas artesanías peruanas que había comprado en el aeropuerto. Nos despedimos. Yo tomé un taxi y, como no tenía dónde ir, le pedí que me llevara a Estación Central, sector que yo conocía bien, y ahí busqué una pensión donde quedarme.

Lo primero y lo único que hice fue intentar hacer contacto con el partido.

A los pocos días me dieron fecha, hora y una dirección para hacer un punto. El momento llegó y mientras me iba acercando al lugar, me preguntaba si se trataba de una mala broma o qué: el punto era en la calle Presidente Errázuriz, casi en la misma cuadra donde estaba la casa de Augusto Pinochet. Había milicos por todos lados. Cuando vi a mi enlace me acerqué, le di el santo y seña y entonces me dijo: «¿Vos erís huevón o te hacís? ¿Cómo se te ocurre darme este lugar como punto?».

Le respondí que venía llegando recién a Chile y que, obviamente, no había sido mía la idea de juntarnos ahí. Hablamos un rato y me pasó un paquete que traía en la mano, que era el típico cambuchito de papel: «Aquí hay un revólver con dos tiros», me explicó.

«¿Y qué pretendís que haga con esto?», le dije.

«No sé yo. Eso es lo que hay no más, compañero», me respondió encogiéndose de hombros. Se dio media vuelta y se fue.

A los días de eso, tuve un encuentro con Hernán Aguiló (el Nancho), que era el secretario general del MIR al interior del país. Me comentó que el estado del partido era «de reconstrucción», que ya habían comenzado con las primeras acciones grandes. Me relató un asalto a la empresa constructora Elevap, entre otras cosas. Luego me informó que yo venía «sancionado» por haber insistido en mi tesis sobre la relevancia que debería tener la milicia en Chile. Traté de explicarle cómo veía el asunto, pero le aclaré que —en cualquier caso— yo no negaba la necesidad de una fuerza de tipo militar o guerrillera, que estaba cuadrado con el partido y que por eso había regresado.

Nancho me avisó que tenía que integrar una unidad de Fuerza Central, el aparato militar que estaba a cargo del argentino Hugo Ratier. Me preguntó cuánta plata había traído: «Cerca de 20.000 dólares», le respondí. Me dijo que sacara 200 y el resto se lo pasara.

Entendí que el partido estaba paupérrimo, sin recursos, pero —a diferencia de lo que ocurría en el extranjero— en Chile al menos se veía un MIR trabajando unido y lleno de energía, a pesar de que la situación era muy complicada y había habido muchas bajas. De hecho, por esos días —en noviembre de 1979— un miembro del comité central, Ricardo Ruz, fue baleado por los chanchos de la

CNI en la calle, en Pedro de Valdivia.

Me incorporé como quinto miembro de una unidad de combate que ya estaba compuesta por dos mujeres y dos hombres. Supongo que, por venir recién llegando, me querían probar, y solo me asignaron un rol de vigilancia y estuve sin arma en mi primera acción después del retorno.

Se trataba de una operación fácil: quitarle la camioneta al dueño de una carnicería. Este que cada noche salía de su local y encendía la camioneta para calentar el motor mientras bajaba la cortina y ponía los candados.

Llegó ese día, cayó la noche y nosotros tomamos posiciones en el lugar. Los dos compañeros fueron al frente, las dos compañeras iban a los lados y yo atrás de todos, vigilando y observando.

Todo pasó tal cual se suponía: el dueño salió con un paquete bajo el brazo y un manojo de llaves en las manos. Subió a su camioneta y la echó a andar, luego se bajó con el paquete debajo del brazo y se fue a cerrar la cortina del negocio.

Estaba en eso cuando los compañeros lo abordaron por la espalda. El tipo se volvió loco, empezó a mandar combos y patadas a todas partes, los compañeros quedaron medios noqueados, así es que decidí entrar en acción: agarré una piedra y le pegué en la cabeza al comerciante. El sujeto se fue al suelo y desde ahí nos preguntó qué queríamos. «La camioneta», le respondimos, y él lanzó las llaves por el aire. Nosotros las agarramos y nos largamos.

Al otro día, apareció el tipo en las noticias de la tele relatando el robo; dijo que era evidente que se trataba de un grupo «de extremistas», porque solo queríamos

la camioneta y no el paquete con tres millones de pesos que llevaba. Cuando escuchamos eso, nos agarramos la cabeza a dos manos por la plata que nos habíamos perdido.

Esa camioneta, a los pocos días la usamos para interceptar un camión de Soprole. Recuerdo que nos atravesamos, nos bajamos y encañonamos al chofer y al copiloto. Los metimos en la parte de atrás del camion. Eran dos cabros jóvenes que, cuando se dieron cuenta de que íbamos a repartir la mercadería a una población en Renca, nos preguntaron si podían comer unos flanes, porque les hacían publicidad en la tele y ellos nunca los habían probado. Les dijimos que comieran todo lo que quisieran y, cuando llegamos a la población, los liberamos y a ellos también les repartimos unas cajas de productos para que se llevaran a sus casas.

En esos primeros meses en Chile, me sentía conforme con el trabajo que estaba haciendo el MIR. El desarrollo de Fuerza Central no estaba mal, pero yo seguía pensando que debía dársele más énfasis al destacamento miliciano que tenía el partido.

Pasó poco tiempo y con una de las compañeras que integraba mi grupo de Fuerza Central, Arcadia Flores, nos emparejamos. Ella era del norte, había llegado a Santiago a estudiar Periodismo, pero luego vino el golpe de Estado; la DINA detuvo a su hermano y nunca más se había sabido de él, entonces Arcadia dejó la universidad y se dedicó a buscarlo. Así entró al MIR.

Arcadia informó que estábamos emparejados a la dirección del partido, pero no nos llegó comentario de vuelta. Después de un tiempo, creo que comenzando 1980, la dirección me informó que yo dejaba Fuerza Central y pasaba a las milicias de la Resistencia Popular del MIR. Es decir, laboralmente me separaba de Arcadia.

La noticia me alegró, porque me interesaba desarrollar la milicia. Recuerdo que fue muy emocionante llegar a la primera reunión; me encontré con algunos de los compañeros del cordón industrial Maipú-Cerrillos con los que había estado combatiendo para el golpe de Estado.

La milicia buscaba hacer acciones armadas sencillas pero relevantes. Yo comencé mi trabajo chequeando el estado en que se encontraban los distintos comandos; vi entrega y combatividad, pero un nivel de instrucción bajo, aunque de todos modos habían logrado realizar algunas acciones, como sacar la bandera de la independencia de Chile de un museo.

Un par de meses más tarde, la dirección me informó que necesitaba que algunos de los de la milicia, entre ellos yo, participáramos en una acción de Fuerza Central. Se trataba de un asalto triple a tres bancos. Yo no estuve de acuerdo, expliqué que nosotros recién estábamos en una fase de adiestramiento. La dirección aseguró que el partido necesitaba con urgencia recursos para poder seguir con las acciones, que no había más alternativa.

El plan ya estaba diseñado; nos acuartelamos con Fuerza Central en una casa en La Reina hasta que llegó el día de la acción.

A las nueve de la mañana tomamos nuestras posiciones para cubrir los tres bancos, que se encontraban cerca uno de otro en la calle Santa Elena, paradero 1 de Vicuña Mackenna. Iniciamos la acción y en uno de los bancos hubo problemas; un guardia de azul, que se suponía debía estar desarmado, llevaba un revólver, disparó y dejó gravemente herido a uno de los nuestros. Los compañeros mataron al guardia.

De repente se empezó a oír un montón de sirenas de patrullas que se acercaban al sector. Tuvimos que replegarnos y entonces unos quedaron cubriendo la

salida, enfrentando a balazos, y así el resto pudimos llegar a los autos. Anduvimos un poco y luego los dejamos tirados y seguimos a pie, pero sabíamos que nos estaban siguiendo de cerca tiras y pacos. En eso detuvimos una camioneta Ford, encañonamos a los ocupantes y los bajamos de un ala. Hugo Ratier, argentino y jefe de Fuerza Central, quedó al volante. Otros cuatro compañeros se subieron y yo quedé en la pisadera de la camioneta mirando hacia atrás, con una subametralladora que me había pasado Ratier. Carlos García, exmarino, no se alcanzó a subir, pero mientras nos alejábamos lo vimos tomar una micro.

La policía nos pisaba los talones; entre todas las vueltas que dimos para evadirla, llegamos a la población El Pinar y yo empecé a guiar a Ratier porque ese era el barrio de mi infancia y lo conocía bien. De repente le di una indicación mal, le dije «dobla a la izquierda» y luego «no, no, es a la derecha», rectificando, pero con esa maniobra brusca nos dimos vuelta de campana.

Todos logramos salir pero Ratier se quedó tirado, estaba exhausto. Era un flaco asmático que fumaba mucho. «Váyanse todos, déjenme aquí», dijo, y sacó su pistola de .45 y se la puso en la boca. Yo le pedí que no hiciera eso, que yo lo ayudaría a salir.

«¡Sacá al grupo de aquí, miliciano de la concha de tu madre! ¡Te lo ordeno!», me gritó. Ratier era nuestro jefe, sabía que estaba en mal estado físico y no quería ser una carga.

Dejamos a Ratier tirado debajo de la camioneta. Yo asumí la conducción del grupo y nos fuimos por una serie de pasajes y callejones que conocía de cabro chico. Llegamos a la calle Vasconia; venía un auto y levanté la subametralladora para detenerlo. El chofer llevaba la radio a todo volumen y sabía del asalto. Se bajó rápido y nos dijo: «Suerte, cabros, cuídenme el auto».

Del grupo inicial quedábamos solo cuatro: tres hombres y mi compañera, Arcadia. Anduvimos un tramo largo en el auto, pero luego lo dejamos. Necesitabamos ir a un lugar donde poder descansar y pensar un poco.

Arcadia propuso ir donde una tía de ella que vivía en Gran Avenida. No era un lugar seguro, estábamos lejos y no teniamos plata para la micro, porque la del asalto la habiamos ido tirando por el camino. Pero no surgio mejor alternativa así es que acordamos irnos y caminando.

Con Arcadia enrollamos una frazada para simular ser una pareja que iba con una guagua. Nos fuimos caminando adelante y unos 20 metros más atrás iban los otros dos compañeros. Intentábamos ir con naturalidad, pero era difícil porque por la calle pasaban muchos autos de la policía con las balizas encendidas.

Anduvimos un buen rato hasta que por fin llegamos a San Miguel, a un barrio de casas grandes y bonitas. Tocamos el timbre donde la tía de Arcadia, pero nadie salió. Ella sabía que en el jardín, debajo de un macetero, su tía dejaba copia de la llave de la puerta. Tuvimos que saltar la reja.

Entramos y nos sentamos en la cocina a comer algo y pensar. Estábamos en eso cuando empezamos a oír un helicóptero que se acercaba hasta ubicarse justo sobre la casa; desde el living vimos que la calle se empezó a llenar de policías. Nos miramos unos a otros y nos dijimos que estábamos cagados. Teníamos pistolas pero pocas balas, no daba como para un enfrentamiento.

Hecho este fatal recuento, nos abrazamos, nos dijimos que nos queríamos mucho y empezamos a despedirnos unos de otros. Por no dejar, llevamos agua y sal al living por si lanzaban bombas lacrimógenas, y yo les di unas instrucciones.

«Vos a una ventana, vos a la otra. Aquí nadie hace nada mientras ellos no abran fuego», les dije, y luego ordené que cuando lo hicieran, teníamos que disparar todo y lo mejor posible, porque cada bala bien puesta iba a ser un chancho menos. No había que desperdiciarlas.

Afuera había mucho ruido y movimiento; nosotros estábamos esperando un desenlace que no llegó. De a poco todo fue quedando en silencio, el helicóptero se alejó y los policías desaparecieron de nuestra vista.

Nosotros nos miramos sin entender qué chucha pasaba. A Arcadia —valiente ella— se le ocurrió ponerse un delantal, tomar una escoba y salir como si fuera a barrer al jardín. En la vereda de la calle había un grupo de mujeres conversando, una de ellas reclamaba en contra de un vecino que llamó a la policía para decirle que unos tipos habían entrado a su casa saltando la reja. La mujer estaba indignada, la policía había entrado y le había dejado la casa hecha un desastre. Esa mujer vivía justo en la casa de al lado de donde estábamos. El vecino se había equivocado, pero por poco.

Cuando Arcadia entró y nos contó esta historia, yo perdí el conocimiento. Al rato llegó la tía; ella fue amable, nos escuchó y luego pidió que nos fuéramos lo antes posible.

Con Arcadia partimos a nuestra casa. Nos llevamos a uno de los compañeros que desde la mañana estaba herido en un hombro y que con el ajetreo del día ni él se había dado cuenta.

En resumen, la complicada operación del asalto a los tres bancos había concluido con la muerte de un compañero y de Ratier, a quien dimos por muerto, y la detención de dos personas nuestras más. Durante los días siguientes, los organismos de seguridad dejaron caer una tremenda ola represiva en Santiago.

Pasó cerca de un mes del asalto y un día llegó Arcadia sorprendida a la casa porque en un punto se había encontrado con Ratier. Él le contó que estaba vivo porque ese día una mujer salió a ayudarlo después de que nos fuimos, que era una señora que vivía justo en la casa de la esquina donde nos habíamos dado vuelta de campana en El Pinar.

Yo no me creí el cuento, pensé que Ratier podía ser un infiltrado, que era la duda que siempre nos rondaba en el MIR, porque la represión nos seguía muy de cerca. Como conocía a la señora que vivía en esa esquina, me fui a El Pinar a chequear la versión de Ratier.

Justo la mujer me abrió la puerta. Me dijo que ese día ella había visto por la ventana todo lo que había pasado, que cuando nos fuimos vio que un «rubiecito muy bonito» se había quedado debajo de la camioneta. Entonces lo salió a buscar y a tirones —me dijo— lo arrastró hasta su casa y lo escondió en el patio, debajo de un cerro de cachureos. La policía llegó y revisó su casa y todas las del sector, pero no dieron con Ratier. La historia era real.

Al tiempo de eso, la dirección me informó que ya no cooperaría más con Fuerza Central, que pasaba a ser jefe de la milicia por enroque con un compañero y que Arcadia —por seguridad— pasaba a estar conmigo.

Yo reestructuré la dirección de la milicia, cerré algunos grupos que no tenían condiciones y recluté trabajadores, estudiantes y pobladores; gente que no estuviera «quemada», gente que trabajara y tuviera familia, pero que estuviera dispuesta a participar de una lucha armada cuando llegara el momento. «Trabajador de día, combatiente de noche», decía Ho Chi Min. Era un trabajo bonito, a mí me gustaba mucho.

Empecé a reconectar amigos de la infancia para que se sumaran. Para probar su disposición les pedía que pusieran una bomba que ellos no sabían que era falsa. Si empezaban con excusas o no se animaban, los descartaba al tiro.

Me tocaba organizar gente para acciones más simples que las voladuras de torres de electricidad que hacía Fuerza Central. La milicia hacía cosas más sencillas pero masivas. No teníamos armamento, pero en Cuba yo había aprendido a fabricar bombas, así que me puse a ensayar y probé varias hasta que pudimos crear una bombita incendiaria del tamaño de una cajetilla de cigarros que era discreta y, por ende, fácil de llevar. Con ellas comenzamos a quemar locales comerciales que estuvieran vinculados con la burguesía, como el Club Regina, la discoteque Las Brujas e instalaciones que eran emblemas de la Dictadura, como el diario El Mercurio.

Estuvimos un año y medio con estos ataques incendiarios, que nos atribuíamos como Comando Miliciano del MIR.

Cada vez que hacíamos una acción, durante la noche con Arcadia nos dedicábamos a escribir a máquina comunicados de prensa que luego ella hacía llegar a algunos periodistas que conocía.

Bajo mi control hicimos unas 40 explosiones, todas resultaron como las planificamos, sin muertos. La lista es larga, pero la más espectacular fue a finales de 1980 en el centro de eventos Camino Real, donde el animador Raúl Matas hacía el programa Vamos a ver, de Televisión Nacional.

Para esa acción contacté a un profesor viejito que colaboraba con el MIR y a una compañera pobladora. Les compramos ropa elegante, perfume y los sacamos a comer a un restorán del centro para que aprendieran a usar los cubiertos. Después se fueron al Camino Real bien vestidos, con plata para pagar la cuenta y

con la bombita. Cuando terminaron de comer, uno de ellos fue al baño y la instaló. Más tarde, cuando toda la gente se había ido, estalló ese restorán, que era otro símbolo de la Dictadura. Le quedó un solo palo parado.

La milicia se vinculó mucho con el trabajo de masas, nos relacionábamos con estudiantes y con otras luchas reivindicativas. Crecimos bastante en adhesiones porque lo que hacíamos era fácilmente entendido por la gente común y corriente, a diferencia de las operaciones de Fuerza Central, que estaban a un nivel más alto de la lucha. Chile aún no estaba en ese grado de conciencia social.

Como encargado de la milicia, me tocaba participar en el estamento político y militar del MIR. Por ese tiempo, esos dos mundos empezaron a tener tensiones entre sí, no se conectaban. Yo, que se suponía que era un nexo entre lo político y lo militar, sentía muy fuerte esa tirantez. El aparato político no me entregaba apoyo cuando se lo pedía y el aparato militar me pedía hacer acciones descabelladas, como volar una bomba de bencina en la avenida Colón, en Las Condes, o el gasómetro de Maipú. A ambas operaciones me negué y les dije que estaban locos. Tiempo después, un grupo de Fuerza Central intentó hacer estallar ese gasómetro, pero no tenían idea cómo y por suerte no les resultó.

Por entonces, los jefes máximos de Fuerza Central eran Arturo Villabela y Dagoberto Cortés, que me parece que no tenían muchos dedos para el piano; estaban todo el tiempo obsesionados con cazar al exdirector de la DINA, Manuel Contreras, y armaron cuatro operaciones para eliminarlo, pero nunca les resultó. Se supone que tenían todo listo y el Mamo se les arrancaba.

Una de esas operaciones fue en julio de 1980. Fuerza Central se supone que planificó todo para terminar con el Mamo y pasaron la información sobre sus rutinas y destinos diarios. Los compañeros procedieron y ejecutaron la acción con éxito. En la radio, escuchando las noticias, esos compañeros se enteraron de que habían matado al director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, coronel Roger Vergara, y no a Manuel Contreras.

Por todas esas operaciones fallidas, la dirección del partido entró en un análisis profundo. Desconozco las deliberaciones que hicieron, pero en lo concreto, meses más tarde la directiva me informó que el cuerpo de élite que yo manejaba en la milicia tenía que pasar a Fuerza Central y que el resto debía cambiar el modelo de combate y pasar a una fase de aniquilamiento. Yo no estaba convencido de que ese fuera el camino, pero lo discutí al interior y la mayoría estaba feliz de pasar a Fuerza Central.

A comienzos de 1981, la directiva me ordenó dos operaciones. La primera era eliminar a un suboficial, Carlos Tapia Barraza, que había sido guardia —y muy violento— en una de las casas de tortura de la DINA.

Me entregaron la información, nosotros chequeamos los datos e hicimos el plan. La acción fue exitosa, la ejecutamos yo y dos compañeros más en julio de ese año.

La segunda acción consistía en dar muerte a la mayor de Carabineros Ingrid Olderock, una mujer que había participado en sesiones de tortura de la CNI con sus perros amaestrados. Uno de los compañeros que iba a participar aseguró que sería más apropiado darle un balazo con una pistola calibre .32 que con la .38 que teníamos. Así lo hicimos, asaltamos a la mujer y el compañero le dio el tiro, pero desde muy cerca, y la bala en vez de salir se le incrustó en la cabeza y la mujer no murió.

Nos fuimos del lugar, yo me llevé un maletín que ella andaba trayendo y luego, leyendo sus papeles, nos dimos cuenta de que Olderock trabajaba para el servicio de inteligencia alemán y que estaba desertando de la CNI. Ella había entrado en sus propias contradicciones.

Al poco tiempo de eso, la directiva me citó junto a otros tres miristas que —al igual que yo— tenían instrucción en el método de infiltración vietnamita, que se trata de hacer movimientos imperceptibles al ojo humano. Llegué a la reunión con las manos vendadas porque unos días antes me las había quemado manipulando una bomba; nos recibieron Nancho Aguiló, Arturo Villabela y Hugo Ratier. Nos comentaron que el partido vivía momentos muy complicados y que necesitaba recursos. Por eso era necesario asaltar la papelera de Puente Alto, donde había —dijeron— mucho dinero.

Nos comentaron que estaba permanentemente vigilada por siete guardias armados y, según la unidad de informaciones, la única salida posible estaba frente a un regimiento.

Cuando comentaron esto, Arturo Villabela ya se había retirado de la reunión y yo cometí un error que me costó muy caro. Les conté que yo tenía una casa de seguridad cerca de la papelera y que nos podría servir de refugio: di la dirección y las características de la casa. Quedamos en que un equipo técnico haría el análisis del recorrido para estudiar la viabilidad de la huida.

A los pocos días llegó la información de que era factible realizar el plan. Pusimos todo en marcha, pero cuando el momento llegó, extrañamente, la dirección del partido suspendió la acción y me convocó para asaltar la sucursal del Banco del Estado de Apoquindo con Manquehue. Dijeron que eso sería menos riesgoso.

No sé quién había hecho el análisis técnico, pero procedimos según él y tuvimos una serie de problemas: saltaron las alarmas, las bóvedas no se abrieron y rápidamente llegaron Investigaciones y la CNI al lugar. Hubo un tiroteo y murió un compañero; yo logré escapar. Pocos días después de ese desastroso asalto, en agosto de 1981, una mañana me fui al centro porque estaba preparando la explosión de un auto por control remoto. Sentí algo extraño en la calle, intuí que algo pasaba porque había algo raro en el ambiente. Decidí replegarme y por

precaución no me fui a la casa que compartíamos con Arcadia, sino a mi casa de seguridad en Puente Alto, cerca de la papelera, donde vivía un ayudista del MIR con su hijo chico.

Recuerdo que tomé una micro en el centro y me bajé en Puente Alto. Cuando me iba acercando al pasaje vi al niño de la casa, que me miró y salió corriendo. Pensé que iría a avisarle a su padre que yo iba llegando, como había hecho otras veces. Pero como andaba con la idea de que algo pasaba, antes de entrar me cercioré de que las cortinas estuvieran puestas en la forma que nos indicaba que todo estaba normal. Por eso entré confiado a la casa, sin imaginar siquiera que adentro había un montón de chanchos esperándome: eran de la Brigada de Asaltos de la Policía de Investigaciones.

Se me abalanzaron encima y, según me dijeron ellos mismos, habían llegado a esa casa por casualidad, porque habían visto al niño jugando con un uniforme de Carabineros que yo tenía escondido en la casa, que simplemente lo siguieron.

La versión obviamente me pareció inverosímil y pensé que alguno de los compañeros que estuvieron presentes en la discusión para asaltar la papelera había pasado la dirección. Creí que pudo ser Rolando Cartagena, que después de hacer las exploraciones había caído detenido y de seguro lo deben haber torturado para que hablara. Nunca he querido pensar que alguien del mando del MIR pudiera haber dado mi dirección.

Cuando me llevaron al cuartel, ocurrió algo extraño. Estuve con los ojos vendados en la sala, yo sentía que había movimiento y de repente todo se quedó quieto, porque alguien llegó. Hubo murmullos y oí la pregunta:

—¿Lo conoces?, ¿sabes quién es este?

—Sí, este es el Alma Negra. Fue de la tropa del GAP —respondió el tipo.

Esa voz me pareció de un hombre de unos 50 años y la forma de identificarme fue rarísima. Alma Negra era el nombre que había tenido en los años sesenta, al comienzo de mi militancia en el MIR, y solo los miristas más viejos me llamaban así. De hecho, a Chile había regresado en 1979 con la chapa de «Diego».

El mismo día de mi detención llegaron otros compañeros al cuartel. Uno de ellos me contó que Investigaciones también había asaltado mi casa en Quinta Normal, la que compartía con Arcadia, que ella había resistido, que disparó mucho y que finalmente la mataron. La noticia fue terrible, me la imaginé peleando, pensé en ella, en sus 27 años, en su fortaleza y en sus padres, que ya habían perdido a su otro hijo.

Si habían llegado a mi casa yo estaba perdido, quería decir que los chanchos tenían todo. Nosotros guardábamos los ejemplares de El Miliciano que editaba Arcadia, los recortes de diario de los bombazos y los robos que habíamos hecho, y los comunicados de prensa donde nos adjudicábamos esos atentados.

Pasé a la Cárcel de Santiago y me abrieron un Consejo de Guerra. La Corporación de Promoción de los Derechos del Pueblo (Codepu) me puso al abogado Fernando Zegers, a quien le expresé mi necesidad de hacer un discurso político en mi juicio. Necesitaba decir que el MIR era la resistencia armada al Régimen de Pinochet y que todas las operaciones las había hecho en el marco de una lucha política y social. Y así lo hice frente al Consejo de Guerra.

Fui acusado por unas 50 causas, pero solo el asesinato al suboficial Tapia

Barraza y el atentado a Ingrid Olderock estaban en el tribunal militar; el montón de acusaciones por atentados se desagregaron en distintos tribunales civiles y penales. Me tomaron declaraciones distintos jueces y varios —a solas— me dijeron que entendían que estuviéramos oponiéndonos con fuerza, porque el Régimen hacía y deshacía en el país, incluso en los tribunales.

Un día, mi abogado me informó que había saltado un antecedente que me podía ser útil: yo aún era considerado ciudadano canadiense. A partir de entonces, la embajada de Canadá se involucró en mi juicio y se activaron redes internacionales de apoyo, como el de madame Mitterrand —a quien había conocido estando en París—, que empezó a hacer gestiones en mi favor. Entiendo que, gracias a esto, cuando salió mi sentencia no fui condenado a pena de muerte —que era lo que se esperaba—, sino solo a cadena perpetua.

El asunto iba para largo, así es que decidí organizar mi tiempo para no volverme loco en la cárcel. Dividí el día entre horas de estudio, horas para deporte y otras para hacer trabajo político. En lo cotidiano solía compartir con otros tres miristas y con ellos preparábamos comida en conjunto con lo que nos llevaban en las visitas. Es lo que en lenguaje carcelario se llama «hacer una carreta».

A comienzos de noviembre de 1981, a mí me tocó preparar el almuerzo e hice una cazuela con frutas y verduras que aportaron mis compañeros y un pedazo de carne que me había llevado mi madre.

Con lo que cociné comimos nosotros cuatro y compartimos lo que nos quedó con un reo común. Después de almorzar y reposar un rato fui a jugar fútbol, y cuando me cansé, en un costado de la cancha me puse a conversar con un compañero. Este empezó a mirarme con cara rara y me preguntó por qué estaba hablando extraño, dijo que no me entendía. Sentí la lengua traposa, me di cuenta de que efectivamente no podía articular las palabras y empezaba a ver distorsionado. Me levanté del suelo y empecé a volver a mi celda con ayuda de mi compañero, entramos al módulo y vi a otro de los comensales vomitando; un

poco más allá estaban los otros dos revolcándose en el suelo de dolor de guata. El resto de los presos comenzó a llamar a los gendarmes y a pedir atención médica. Nadie llegó.

A pesar de lo mal que me sentía, entendí que estábamos intoxicados y yo había aprendido que en estos casos había que hacerse un lavado de estómago, botar todo como fuera posible. Preparé agua con detergente e hice que la tomáramos para vomitar.

Pasamos unas horas horribles de dolor y angustia hasta que cayó la noche. Los gendarmes nunca se presentaron; ese día ni siquiera hicieron el conteo habitual de antes de irse a dormir. No hubo cuenta, no hubo encierro. El muchacho —el reo común— que comió nuestra comida murió en la noche.

A la mañana siguiente nos llevaron al hospital de la cárcel, pero no nos dieron demasiada atención. En la tarde nos pasearon por varios hospitales para ver quién nos podía prestar ayuda. En uno de estos que nos dejaron, un médico me dijo que habíamos sido envenenados con bacteria botulínica y me aplicó un antídoto.

Con el tiempo se ha sabido que en los ochenta Chile estuvo importando esa bacteria de Estados Unidos, y que el expresidente Eduardo Frei Montalva habría muerto (en enero de 1982) por influencia de ese mismo químico.

La pregunta que me hice cuando el médico me habló del envenenamiento —y que me hago hasta el día de hoy— es por qué quisieron matarme. La primera idea que se me viene a la cabeza, y que prefiero pensar, es que la represión nos utilizó de conejillos de indias, para probar la potencia de esa bacteria como arma.

Una vez, el yerno de Frei Montalva, Eugenio Ortega, me buscó para hablar conmigo. Había sabido de otra hipótesis frente a nuestro envenenamiento; me dijo que, a comienzos de los ochenta, dentro de la Democracia Cristiana se había abierto una discusión, y que un grupo importante dentro del partido tenía la convicción de que no había una salida política a la dictadura y que lo único que había que hacer era enfrentarla con la fuerza. Ortega me contó que, con esa idea de fondo, la Democracia Cristiana se reunió con nueve miembros del comité central del Partido Comunista y con dirigentes como Tucapel Jiménez, y acordaron hacer una alianza política amplia, que incluyera al MIR y apoyara todas las formas de lucha. Ortega me dijo que su suegro, Eduardo Frei, había encabezado esa posición —cosa que jamás habría imaginado— y que por este acuerdo el Régimen asesinó al expresidente en enero de 1982 y un mes más tarde a Tucapel Jiménez. Según Ortega, yo era visto con cierta relevancia dentro del MIR, y por esto podrían haber buscado matarme a mí también.

Pero otra explicación posible es que alguno de los miristas presentes en aquella reunión para asaltar la papelera, efectivamente hayan entregado la dirección de mi casa de seguridad en Puente Alto a los organismo de represión y más tarde, y coludidos con Gendarmería, intentaron matarme para cubrir la identidad del delator que debía estar entre ese pequeño grupo.

Sea cual haya sido la maquinación, el envenenamiento se produjo con la ayuda de funcionarios de Gendarmería que recibieron y nos entregaron los alimentos, como la carne que llevó mi madre.

Mi recuperación fue larga y durante ese tiempo pensé mucho, me di cuenta de que en el MIR había habido operaciones y decisiones muy extrañas. Antes de que me envenenaran, la Fuerza Central del MIR estaba planificando echarse al canciller René Rojas Galdames. Mientras el partido preparaba el chequeo de información, la CNI detuvo a dos miristas y junto a otros tres militantes de izquierda los metieron dentro de un auto y los quemaron justo afuera de la casa de Rojas Galdames. Eso podía leerse como un mensaje de la represión a Fuerza

Central del MIR, diciendo: «Conocemos el plan».

Este tipo de cosas me acentuaron la presunción de que el MIR estaba infiltrado. En prisión, en 1983, supe que la directiva del MIR había ordenado que los dirigentes que estuvieran «quemados» salieran del país. Hugo Ratier y Arturo Villabela, ambos de Fuerza Central, se negaron. Decían que ya estaba desencadenada la lucha política y que había que continuar. Y ellos, que eran los milicos del MIR, vieron que la única forma de revelar si el MIR estaba infiltrado era haciendo una operación de contrainteligencia. Para esto pusieron en marcha un plan para matar al intendente de Santiago, el general Carol Urzúa. Se supuso que si alguien del partido estaba colaborando la CNI se iba a enterar y detendría esa ejecución. La muerte de Carol Urzúa se efectuó y a los pocos días la CNI se dejó caer sobre la casa de seguridad de Hugo Ratier, en la calle Janaqueo en Quinta Normal, y en la de Arturo Villabela en la calle Fuenteovejuna de Las Condes. Los mataron junto a varios otros compañeros, como Lucía Vergara. Su propia muerte confirmó la sospecha: el MIR estaba infiltrado y la CNI sabía dónde estaban sus dirigentes.

Entre 1987 y 1988 vino el quiebre del MIR. Por un lado estaba el MIR renovado, que buscaba un camino netamente político, y por el otro estaba la postura de un MIR militar, que promovía Andrés Pascal Allende.

Yo pensaba —y sigo creyendo— que la lucha de clases es un grupo queriendo desplazar al otro para tomar el control de la sociedad. Y eso, a las finales, siempre va a tener una resolución del conflicto por la vía armada. Pero yo no estaba por la postura de Andrés Pascal Allende, porque no lo quería y no le compraba nada de lo que decía. Y me pasaba lo mismo con el otro milico del MIR, Nancho Aguiló.

Así, me quedé sin postura dentro del MIR y me marginé del partido. Estaba en prisión y eso significó quedarme muy solo en la cárcel. Para los del MIR político yo era un ultrón, y para los del MIR militar yo era un renovado. Quedé botado,

me repudiaron por ambas partes.

Alejado de todo, empecé a conversar con una chica joven que visitaba la cárcel para hacer trabajo humanitario; ella estudiaba educación de párvulos. Hablar con ella era muy refrescante porque no sabía nada de política. En eso nos enganchamos en una relación y al tiempo quedó embarazada. Por primera vez me casé. En 1991 nació nuestro hijo y lo llamamos Eduardo como mi abuelo ciego. Ya había vuelto la democracia a Chile y el Gobierno de Patricio Aylwin dio la posibilidad de que algunos presos políticos juzgados por tribunales militares conmutaran su pena por extrañamiento. Yo se lo comenté a ella y le dije que nos fuéramos los tres de Chile. Ella no quiso, me explicó que había querido tener un hijo conmigo y que estuviéramos juntos, pero no a cualquier precio. Pensé en que a mi primer hijo, Manuel, prácticamente no lo había visto crecer y no quise repetir esa historia de ausencia con Eduardo. Renuncié a irme y seguí preso, pero viendo a mi hijo.

En 1992, el presidente Aylwin entregó una lista de presos políticos que calificaban para ser indultados con absolución definitiva sin tener que dejar el país, y tuve la suerte de que entre esos estaba yo.

Con Guillermo Rodríguez sostuve cuatro entrevistas en 2013, que duraron casi el día entero. Nos reunimos en su casa, una vivienda muy sencilla en la comuna de Cerrillos. Él estaba cesante y venía saliendo de una estadía larga y compleja en el hospital, sin embargo, lucía atlético, saludable y siempre de buen humor.

Los perseguidores

Carlos Herrera Jiménez

(Quillota, 1951)

En el mundo militar todos nos declarábamos antimarxistas sin tener ni la más pálida idea de lo que eso significaba. De la misma forma, decíamos ser nacionalistas sin nunca haber leído ni un solo capítulo de un libro de Primo de Rivera. Suponíamos que el nacionalismo era escuchar a Los Huasos Quincheros, bailar cueca, taparse con la bandera, decir amar a Chile.

Y cómo no íbamos a ser antimarxistas si desde 1966, desde el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, se enviaban a las promociones de egresados de la Escuela Militar a instruirse en la Escuela de las Américas del Ejército de Estados Unidos, en el fuerte Gulick, en Panamá. Todos los recién salidos íbamos; no es real que solo hayan mandado a algunos. Con cerca de 20 años, todos cabros chicos, llegábamos en masa a tomar esos cursos. El oficial a cargo de nuestra instrucción era un cubano completamente anticastrista, que trabajaba con otros profesores igual de antimarxistas que él. Hablaban todos en castellano, así nos facilitaban el entendimiento.

Mi promoción fue la cuarta en ir. Recuerdo que cuando nos anunciaron que iríamos a Fort Gulick, todos jurábamos que íbamos a tener instructores estadounidenses. Y no, eran puros cubanos que en lo que más insistían era en que debíamos atacar la infiltración comunista en América Latina. Eso era justo cuando en Chile estaba Salvador Allende en el Gobierno.

En Fort Gulick nos pasaban varias materias, cosas propiamente militares y también nos enseñaban a utilizar métodos de tortura.

Cuando fue el golpe de Estado, el 11 de septiembre de 1973, yo tenía 22 años y el grado de subteniente. En diciembre me mandaron a Pisagua y tuve mi primer acercamiento al problema político que tenía el país. En el centro de detención de Pisagua había dos bandos y ninguno de los que estaba ahí tenía muy claro el porqué.

Recuerdo al general Carlos Forestier Haensgen que a diario nos arengaba diciendo: «A estos vendepatrias no les vamos a ceder ni un centímetro». El coronel Ramón Larraín Larraín nos insistía mucho en que todos los que estaban detenidos eran «el enemigo», que ellos eran los malos y nosotros los buenos que íbamos a salvar al país.

Esas arengas de alguna manera envalentonaban, pero yo tenía el problema de que esa gente que veía no me despertaba aversión, no entendía por qué tenía que odiarlos. A pesar de eso, si me mandaban a hacer cosas, yo las hacía. No tenía ningún nivel de injerencia en las decisiones, simplemente sabía cumplir, como correspondía a un buen soldado. Todos los días, en algún momento pensaba que ese montón de personas no me parecían lo peligrosos que mis superiores me aseguraban que eran.

Terminó mi misión en Pisagua y yo aún no lograba ver el «cáncer marxista», no creía posible que esa manga de detenidos estuviera lista para combatir. No me parecía. Yo sostuve largas conversaciones con algunos de ellos, como por ejemplo, con un argentino cuyo nombre no recuerdo, pero creo que era el líder de Silo. Cuando hablo de esto se me vienen a la cabeza cientos de caras, de rostros que miré y que nunca lograron infundirme ni una gota de miedo.

Pero de repente, algo ocurrió en mí.

Pasaron los meses y se me despertó un interés especial por conocer a ese enemigo brutal que nos describían, y supe que la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE) comenzaba a impartir un curso en Santiago. Postulé. Lo hice yo solito, porque quise, nadie me obligó.

El curso estaba orientado al combate subversivo. Quedé seleccionado, me trasladé y comencé a ir a clases. Entre mis compañeros había uruguayos que desde la década del sesenta habían tenido múltiples acciones de combate contra los tupamaros. También había argentinos que llevaban años de lucha contra los montoneros. Era curioso, porque ese curso lo dictaba el Ejército de Chile a pesar de no tener ninguna experiencia en el combate a la subversión. Pero daban cátedra.

Los chilenos que participábamos de ese curso éramos cuatro militares, cuatro marinos y otros tantos de Carabineros y de la Fuerza Aérea (FACH). Excepto los militares, todos habían tenido su experiencia en inteligencia: los de la FACH venían de la Academia de Guerra Aérea (AGA) y los de la Marina, del Servicio de Inteligencia Naval (SIN).

Los cuatro pájaros que proveníamos del Ejército no teníamos idea de nada; habíamos sido escogidos tras un examen que nos tomaron, pero no sé bajo qué criterio de selección. Ninguno había pasado por una unidad de inteligencia, solo que todos habíamos ido a Fort Gulick.

El resto de los alumnos, durante las clases relataban sus experiencias y nosotros los mirábamos con la boca abierta, sus historias nos parecían fascinantes porque

eran como de guerras de verdad.

En el curso de inteligencia se daba teoría y también había una parte práctica. Los instructores nos encargaban seguimientos y trabajos con los grupos subversivos que había en Chile en ese momento.

La capacitación duró nueve meses y fuimos evaluados al terminar. Sé que aprobé, no tengo idea con qué nota, pero no recuerdo que haya sido especialmente destacado. En todo caso, el curso me gustó mucho; todo lo referente al combate de la subversión me pareció interesante, la discusión era a partir de posturas ideológicas, en base a doctrina.

Soy una persona sociable, sin embargo, nunca compartí con ninguno de mis compañeros fuera de clases. Nunca salí a comer ni a tomar con ellos (aunque yo nunca he tomado). Ignoro si el resto salía, solo digo que yo no. No guardo ningún vínculo entrañable de esa época. En aquel entonces vivía con mi mujer en Santiago y ya había nacido mi primer hijo. Cuando terminaba la jornada, siempre me iba directo para la casa.

Todos los chilenos que hicimos ese curso fuimos destinados a funciones relacionadas con el tema. Yo salí destinado al Destacamento Especial de Inteligencia de Iquique en 1975 y luego me mandaron en comisión de servicio al Centro de Inteligencia Regional de esa ciudad, donde estuve hasta 1977. Pero ahí no pasaba nada. Tenía mi cuartel, pero no había actividad contra la subversión; veíamos asuntos relacionados con las fronteras, los países vecinos y el tráfico de drogas, que ya en esa época se veía como un problema grande.

Con mi carrera se tomaron decisiones que —cuando las pienso— no las comprendo, incluso ahora. Por ejemplo, de ese trabajo en Iquique me destinaron a la Escuela Militar en Santiago, en circunstancias que dar clases a los cadetes es

una especie de distinción, es lo mejor a que un militar puede aspirar. Ya había ascendido a capitán y me llevaron para impartir cursos de inteligencia. En eso estuve varios meses y por octubre o noviembre de 1978 me ofrecieron hacerme cargo de la Unidad del MIR dentro de la CNI. Es decir, de la unidad que perseguía al MIR y que era una de las muchas que funcionaban en el cuartel Borgoño, en Independencia. En ese momento el director de la CNI era el general Odlanier Mena.

Tuve la opción de decir no, de rechazar el nombramiento, porque no correspondía a una proyección ascendente. En el fondo, pasar a hacerme cargo de la Unidad del MIR era un descenso en mi carrera; había que estar loco para aceptar ese cambio. Pero yo, en cambio, me fui encantado.

Pensaba que con ese trabajo en Borgoño haría un aporte al país, a mi patria. Me sentí muy distinguido por haber sido llamado a ocupar ese puesto que hasta entonces había ejercido —abro mis propias comillas— «tan heroicamente y tan bien» Miguel Krassnoff Marchenko para la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), suprimida un año atrás.

En esa época yo admiraba a Krassnoff. Después de su salida, un par más ocupó su puesto, pero solo de manera fugaz o interina. En rigor, yo fui el primero que llegaba a reemplazarlo.

Para mi mujer fue una desilusión que pasara de ser un militar distinguido de la Escuela a ese trabajo. Y ella me lo hizo ver.

Pero por esa época nosotros estábamos muy mal, muy tristes. Pocos meses antes, en julio de 1978, nuestro segundo hijo había muerto. Un día, después de almuerzo, fuimos a ver al niño, que estaba durmiendo su siesta, y nos percatamos de que estaba morado. Nos mirábamos, no entendíamos qué le

pasaba, lo tomamos, lo movimos de un lado a otro, lo sacudíamos cada vez con más desesperación y él no reaccionaba. No fuimos capaces de darnos cuenta de que estaba muerto. Partimos con él al Hospital Militar. Tengo imágenes de ese trayecto en auto y de cuando nos dijeron que ya no había nada que hacer: había muerto de muerte súbita. No es descriptible o no se puede nombrar lo que se siente al perder a un hijo.

Entrar en el cuartel Borgoño fue un cambio en todos los aspectos de mi vida. El trabajo en la Escuela tenía horario y rutinas establecidas, pero a mí no me había gustado estar en la fila, enmarcado, vestir el uniforme. Eso me aburrió mucho y por eso —en parte—– cuando salí destinado a la CNI me fui feliz. El trabajo en Borgoño, en cambio, me resultaba fascinante, era por fin vivir la realidad para la cual hacía tiempo estaba formándome. Llevaba años de preparación para el hipotético caso de una guerra con Argentina, con Perú o con Bolivia, pero nunca me llegaba el «hoy» en lo laboral. Poner un pie en ese cuartel fue sentir que por fin, a los 27 años, empezaba a trabajar de verdad.

Los detenidos en ese lugar pasaron a ser, efectivamente, «el enemigo». Eso fue muy loco, totalmente desquiciado. Supongo que en la cabeza se da algún proceso de despersonalización que permite que eso ocurra.

Borgoño era una brigada, lo que en términos militares equivaldría a una compañía. La componían 90 hombres en total, pero se dividían entre las diferentes unidades o agrupaciones que había en su interior. Estaba la unidad contra el MIR, contra el Partido Comunista, contra el Partido Socialista y otra que estaba a cargo de la Izquierda Cristiana… si no me equivoco.

La primera gran sorpresa que me encontré al llegar fue que mi unidad estaba provista apenas de 20 personas: 17 hombres y tres mujeres. Yo me había hecho la idea de que la unidad de la CNI destinada a combatir a un enemigo tan feroz como —se decía— era el MIR iba a estar compuesta por unos 600 efectivos. Por eso, a veces dudo que para 1978 nuestros superiores realmente aún consideraran

al MIR como una amenaza para el país, como solían decir. ¿Cómo iba a ser que pusieran tan poca gente a mi disposición? En la época de la DINA se habían destinado muchos más recursos para combatirlo; habían sido varias las unidades que estuvieron detrás del MIR: en Carabineros, en la Fuerza Aérea… todos andaban en eso. Y además existía Villa Grimaldi.

En el período CNI, en cambio, mi unidad en el cuartel Borgoño era la única que formalmente estaba tras el MIR. Aclaro que era en lo formal, porque después supe que el director de la CNI, Odlanier Mena, tenía una brigada paralela, especial, para esos mismos fines.

Desde el punto de vista operativo, nuestras condiciones eran deplorables. Cuando me hicieron el traspaso de la unidad, no había contacto con el adversario; es decir, no se sabía dónde estaban metidos los miristas ni menos en qué andaban.

Esto se dio en el contexto de que cuando se acabó la DINA un año antes, en 1977, no había habido traspaso formal a la CNI. Los que se fueron estaban molestos y quemaron la información con la que venían trabajando. Decidieron eliminar todo o bien guardárselo, pero el hecho es que nosotros no teníamos una hebra de la cual tirar.

Hasta antes del golpe de Estado, el MIR había sido la fuerza política de izquierda más radical. En la época de la Unidad Popular, criticaban a socialistas y comunistas por considerarlos reformistas. Era un movimiento político militar bien estructurado, se conformaba de células de cinco personas. Una base no conocía a la base del lado, con excepción de uno de los integrantes, que hacía el enlace. Es decir, si se mataba a la base completa se perdía el contacto con el resto de la estructura. Eso era lo que había ocurrido en la época de la DINA.

Respecto del funcionamiento del MIR, algo había aprendido en el curso de inteligencia, pero mi mayor conocimiento lo obtuve con la práctica mientras estuve en el cuartel Borgoño. Cuando asumí era un momento en que los miristas estaban haciendo bombazos casi a diario; teníamos claro que se trataba de ellos porque reivindicaban las operaciones. Sabíamos que estaban operando, pero no sabíamos dónde estaban.

En el período de la DINA hubo miristas que prestaron servicios, colaboraron activamente y entregaron gente. El caso más conocido fue el de Marcia Merino, la Flaca Alejandra. Hubo colaboradores, como ella, que incluso llegaron a convertirse en agentes, claro que con el tiempo el MIR los descolgaba porque se notaba en lo que andaban. En ese momento a los organismos de inteligencia dejaban de servirles, porque manejaban información caduca de las organizaciones.

En el MIR se usaba mucho escribir documentos; escribían todo lo que hacían y sus análisis políticos y sus discusiones internas. Eso fue una ventaja importante para mí y mi unidad al asumir en el cuartel Borgoño, porque encontré alguna de esa documentación que se le había quedado a la DINA o que no le había interesado quemarla. Con esos pocos papeles pudimos tener un punto de partida para la pesquisa.

De hecho, cuando asumí en Borgoño, la primera labor que desarrollamos fue leer mucho y buscar más archivos. Así nos armamos una idea general de cómo pensaban y cómo debía estar por esos días su estructura.

En una muralla grande y blanca que había en el cuartel empezamos a armar un organigrama con los integrantes de la dirigencia del MIR. Pegábamos las fotos y abajito les poníamos los datos: nombre político, nombre real, el cargo. Al primero que pusimos en la parte superior de ese organigrama fue a Andrés Pascal Allende, que sabíamos había pasado a ser el secretario general del partido tras la muerte de Miguel Enríquez, en 1974. Y luego de ahí hacia abajo

empezamos a intentar armar la comisión política del MIR, que era su instancia más importante de toma de decisiones. Más abajo venía el comité central, que eran muchos miembros, después los comités regionales, los comunales y así. Llenamos varias partes de la estructura, pero también hubo muchos que nunca llegamos a completar.

Creo que de haber armado bien ese organigrama, posiblemente habríamos muerto a menos gente. La información nos habría permitido saber cómo neutralizarlos. Si se tomaba a un dirigente, se les acababa la capacidad de acción a los que lo seguían hacia abajo; es decir, quedaban imposibilitados de operar. Pero eso no lo logramos.

Con las fotos en la pared tuvimos una idea más global de la organización y, a medida que íbamos sabiendo dónde estaban algunos dirigentes, fuimos asignando funciones más específicas a los agentes.

El trabajo de calle se empezó a realizar, en gran medida, gracias a los datos que llegaban desde la misma gente, de las poblaciones. Cualquier cristiano llamaba por teléfono a Carabineros y decía que en el departamento de arriba había llegado a vivir una pareja, que pasaban la mayor parte del día en la casa y que en las noches se oía que escribían a máquina. Carabineros nos pasaba el dato y nosotros lo seguíamos. Podría decir que, de cada 30 datos de ese tipo, dos servían. Y esos dos eran muy valiosos para nosotros.

La seña que casi nunca fallaba era cuando se informaba de un hombre pintoso, de buena facha, que llegaba a vivir a un barrio popular. Eran bien obvios los miristas porque un tipo así se notaba, aunque no hiciera nada. Por lo general, el hombre era buenmozo y se hacía acompañar de una mujer poco agraciada. Era un clásico que las «compañeras» eran más bien feonas y sus hombres, apuestos. Suena a una estupidez, pero ese era un dato certero a la hora de identificar a una pareja de miristas. No fallaba.

En los seguimientos en la calle no era difícil pesquisarlos. Esos encuentros, los miristas los llamaban «puntos» y aprendimos a acertar en base a la observación. Un clásico era que se encontraran dos personas con un diario proclive al Régimen, como La Tercera, bajo el brazo izquierdo. Esto lo repetían harto, entonces se convertía en un indicio. Luego tenían unos santos y señas bien absurdos para reconocerse entre sí. Uno preguntaba: «¿Cómo está el día?», y el otro le respondía con una incoherencia del tipo: «Los leones tienen hambre».

Era muy útil observar esos encuentros antes de proceder a la detención, porque se podía obtener mucha información. Los movimientos subversivos son militarizados y manejan el concepto de antigüedad; entonces, el mirista que llegaba primero al «punto» era el de menor rango. El superior lo hacía en segunda instancia.

Estos trataban de simular un encuentro casual en la calle, pero era una constante que el que llegaba en segundo lugar al encuentro era el que más hablaba y le daba indicaciones al otro. Se hacía evidente por el movimiento de manos. Sus métodos eran bien falibles, de hecho, cuando los tomábamos casi nunca nos equivocábamos.

Los miristas tenían varios tipos de puntos: los normales, los «de rescate» y los «de emergencia», entre los que recuerdo. No todos eran encuentros físicos entre personas, muchas veces solo se trataba de un individuo que tenía que ver pasar a otro cumpliendo con ciertas características. Esto lo hacían para informar que la «base» —lo que los comunistas llamaban «célula» y los del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, «equipo de combate»— estaba intacta. Otra cosa que hacían los miristas era enviar a un tipo a pasear durante tres días consecutivos y a una hora específica por Plaza Italia. Debía ir con una bolsa en una mano determinada y eso significaba que todo estaba bien. Y si la bolsa se la colgaba en la otra mano, representaba que había alguna dificultad.

Nosotros sabíamos que en muchas ocasiones el que iba a pasear ni siquiera sabía quién lo estaba controlando: él simplemente caminaba. Por eso, para nosotros era fundamental detectar al personaje que observaba, porque ese nos llevaría a ubicar a la otra base. Si no pescábamos a ese, se nos caía todo el trabajo, se nos cortaba la hebra con la que íbamos a agarrar al resto.

Sé que suena bestial lo que voy a decir, pero cuando no conseguíamos agarrar a ese otro, buscábamos información a través de la tortura. Era la forma de poder seguir haciendo nuestro trabajo. Torturábamos a los miristas principalmente para que nos revelaran cuál era su enlace.

Sabíamos cuando el detenido nos decía la verdad y cuando solo decía cosas para dejar de sufrir. Eso lo manejábamos, relativamente, porque habíamos estudiado mucho a la organización. A los detenidos les preguntábamos sobre aquello de lo que podíamos obtener respuesta, como sus lugares habituales. A veces nos entregaban datos falsos y lograban engañarnos, pero ocurría poco. Había cierta información que cabía dentro de un rango de lo posible; si decían algo que quedaba fuera de la lógica mirista, lo notábamos de inmediato.

Para sacar información sobre el contacto, lo que más se hacía era desorientar al detenido con respecto al tiempo. Les hacíamos creer que habían pasado varios días, y si ellos pensaban que ya habían pasado la cita, daban el lugar y la hora del encuentro. Eso nos resultaba bastante, por lo general acertábamos.

Mientras estuve a cargo de la Unidad del MIR nos quedaron varias estructuras intactas sin haber sido intervenidas. Podría decir que al que más buscamos fue a Hernán Aguiló («Nancho», como le decían ellos), secretario general del MIR al interior del país que estuvo —creo— sin salir de Chile, y si lo hizo, ni nos enteramos. Tratamos mucho de dar con él y jamás conseguimos siquiera verlo. Nada.

Entre los agentes que tenía a mi cargo había mujeres; la inteligencia siempre necesita de ellas porque conocen las características de su género. Mis agentes eran paquitas, carabineras, aunque técnicamente procedían de otras ramas de las Fuerzas Armadas, que eran las instituciones que les pagaban el sueldo. Algunas venían de la Marina, pero con suerte alguna vez se habían subido a un bote en la Quinta Normal.

Dentro de mi unidad se armaron parejas: una de las niñas se casó con el cabo de Ejército Basclay Zapata, por ejemplo. Todos fuimos a su matrimonio, al tiempo ella se embarazó, salió con su prenatal.

Los agentes hacían una vida normal en todos los aspectos… claro que esto no quiere decir que no hayamos desviado el camino en nuestro trabajo. Eso es un hecho innegable y por el cual hoy estamos pagando con cárcel.

En las sesiones de tortura las mujeres miristas solían ser tremendamente leales con sus hombres. No así a la inversa. Era muy difícil que una mujer entregara el nombre de su compañero; ellas estaban dispuestas a sufrir y aguantar bastante más que ellos. De hecho, se dice que el líder y fundador del MIR, Miguel Enríquez, murió «en combate», que se enfrentó varias horas con unos cuantos agentes de la DINA que llegaron a su casa en la calle Santa Fe. Pero esa no es la verdad, con suerte habrá hecho un par de tiros y, cuando los agentes empezaron a atacar la vivienda, Miguel Enríquez salió arrancando por los techos mientras su mujer, Carmen Castillo, estaba herida y embarazada. La dejó ahí e intentó huir, él estaba en eso cuando le dieron.

Pero esa versión heroica de lo que ocurrió con Miguel Enríquez se aceptó porque a ambas partes les convenía. Para el MIR era útil decir que su líder cayó en combate, así como también lo era para la DINA decir que habían llegado unos pocos agentes, en vez de la realidad, que fue que llegaron por montones.

Con mi trabajo en el cuartel Borgoño comencé a darme cuenta de lo valiosas que eran las mujeres. Era impresionante ver cómo se comportaban en situaciones extremas; eran valientes, nobles y siempre muy leales. Carmen Castillo habría dado la vida por proteger a su hombre, en cambio él se fue, la dejó ahí.

Torturar es una locura. Hoy pienso que no se justifica bajo ningún punto de vista.

De todos los métodos que utilizábamos, la aplicación de electricidad era por lejos el que me parecía más horroroso. La aplicábamos generalmente en los genitales, se les ponía una llave pegada con cinta adhesiva para que condujera la corriente. Se procuraba no dejar marcas y con eso era posible. Me ha causado extrañeza cuando he leído de detenidos que aseguran que fueron quemados con cigarrillos o que se los pinchaba. En la época en que yo estuve en el cuartel Borgoño teníamos que entregar a los detenidos a los tribunales, entonces había que cuidarse de no dejar marcas.

No me siento capacitado para decir que alguien miente cuando relata lo que le ocurrió, solo que también me cuesta imaginar que en las sesiones de torturas, en las que siempre participaban varias personas, alguien pudiera violar a una detenida. Nunca se estaba solo con un detenido. Insisto en que no estoy diciendo que no pueda ser cierto, sino que me cuesta imaginar que una situación como esa pudiera darse.

Las sesiones de tortura no eran algo que yo estuviera haciendo todos los días. No era así. En mi caso, solo me tocó ocasionalmente hacerlo y cuando ocurría no era algo fácil ni menos algo frente a lo que uno pudiera quedarse indiferente. Accedo a hablar de esto, pero no lo tomo con liviandad ni me da lo mismo haberlo hecho. Era y sigue siendo muy complicado para mí. En ese tiempo siempre pensaba que «la misión» que debía cumplir para servir a mi patria era muy difícil.

Mi señora, mi segunda mujer, es matrona. Recuerdo que había días en que se daba la típica conversación de una pareja después del trabajo, al llegar a la casa. A veces me ocurrió que ella se sentaba a contarme entusiasmada los detalles sobre un parto que le había tocado asistir. Luego me preguntaba cómo había estado mi día. Yo le decía que todo bien, porque no podía hablarle de que había estado en una sesión de tortura con una mujer embarazada. Esa fue la vida que me tocó llevar durante años.

Nunca me van a cuadrar los crímenes que cometí con otra edad y con otras motivaciones. Hoy siento que yo entonces era otra persona.

Mientras estuve a cargo de la Unidad del MIR para la CNI, entre 1978 y 1980, fue cuando menos muertos hubo; esto es un hecho comprobable, es cosa de mirar las cifras oficiales que hay al respecto. Hoy sería fácil vestirse con eso, decir que mientras yo estuve en el cuartel Borgoño fue cuando menos miristas murieron. Pero debo ser honesto: eso ocurrió, pero no porque fuera mi propósito. Lo real fue que no tuvimos datos, que no sabíamos dónde estaban y que se vivía en una época en que los detenidos ponían recursos de amparo y había que dar cuenta de ellos ante los tribunales. No se los podía eliminar.

En 1978, que fue cuando yo llegué al cuartel Borgoño, se había empezado a producir la llamada Operación Retorno del MIR, que era el ingreso de militantes desde el extranjero para reorganizarse al interior del país y formar fuerzas de guerrilla, entre otras cosas.

Pero de eso nosotros nos vinimos a enterar dos años más tarde, en 1980, cuando en Talca cayó detenido un mirista al que le decían el «Guatón Villagra». En una sesión lo apretamos y él mencionó lo del «retorno». Antes nunca habíamos escuchado esa palabra, pero saber de ese plan nos hizo comprender a qué se debían las operaciones de bombazos y la seguidilla de asaltos a los bancos.

El MIR hacía operaciones bien impresionantes en pleno gobierno militar, como el robo a varias sucursales bancarias al mismo tiempo y la muerte de uniformados. Tenían a toda la policía detrás de ellos y no lograban agarrarlos. Eso a nosotros en la CNI nos hizo pensar que el MIR estaba con una capacidad operativa enorme y que naturalmente actuaban con el apoyo de Cuba, si no, no hubiese sido posible.

Preocupado por los robos a los bancos, recuerdo que en julio de 1980 llegó a mi oficina un oficial de Investigaciones al que le decían «el Cuervo». En el cuartel Borgoño teníamos todo el día puesta la radio Cooperativa y en esa ocasión también fue así. Estábamos conversando cuando de repente empiezan a sonar esos típicos tamborcitos que anunciaban un flash noticioso. (Es una melodía que no se me va a olvidar en mi vida).

Nos quedamos en silencio para oír lo que venía; la radio informó que cerca del Paseo Ahumada habían detenido al jefe de prensa de radio Chilena, Guillermo Hormazábal, que además era director de opinión pública del Arzobispado de Santiago.

«Esos no somos nosotros», le aclaré al Cuervo. Dentro de la CNI no teníamos un canal riguroso de información, pero más o menos sabíamos lo que se hacía en nuestras unidades. Había unos boletines con un formato más bien periodístico que daba a conocer de tal o cual operación. Eran informaciones muy parciales, pero al menos daban cuenta de los hechos.

El Cuervo me dijo que eran ellos (Investigaciones), que estaban haciendo una coartada para intentar ocultar la muerte de un chiquillo que «se les había ido cortado». Se trataba del estudiante de periodismo Eduardo Jara, que Investigaciones había tomado y luego presionado para intentar dilucidar lo de los robos a los bancos. Como el chico se les murió, inventaron un tal Comando de Vengadores de Mártires (Covema), colgándose del hecho de que por esos días el MIR había dado muerte al director de la Escuela de Inteligencia del Ejército,

Roger Vergara.

Investigaciones detenía gente con influencia —como Guillermo Hormazábal—, les vendaban los ojos y les aseguraban que estaban en manos de un comando que quería vengar la muerte de Roger Vergara y otros mártires.

El director de Investigaciones en esa época era el general Ernesto Baeza Michelsen. Bajo su mandato, la policía civil hizo varias acciones confusas que tendieron a involucrar a la CNI para tapar sus propias embarradas.

Ese encuentro con el Cuervo se produjo justo cuando yo volvía a mis funciones en el cuartel Borgoño, porque un par de semanas antes había sido enviado a hacer un reemplazo en la Brigada Rengo.

Ahí supe de la muerte de Roger Vergara, que fue bien impactante para todos nosotros. El MIR había roto completamente la seguridad y logrado eliminar a un sujeto muy simbólico, al director de la Escuela de Inteligencia del Ejército. Eso nos hizo pensar que el MIR podría estar desplegándose como antes, y como había sido —y es— el partido que mejor ejecutó el trabajo de masas en Chile, con sus frentes de pobladores, de campesinos y de estudiantes, lo creíamos peligroso.

Hasta antes del Golpe, el MIR y todos sus frentes revolucionarios estaban por todas partes; resultaba atractivo, porque sus líderes eran de ideas claras y estaban mejor organizados que cualquier otro partido. No hubo ninguno que haya podido igualarlo.

Cuando yo me hice cargo de la Unidad del MIR para la CNI, sabíamos que ya se

había mermado bastante su estructura, pero no sabíamos cuánto y las acciones que cometían nos desorientaban. Desconocíamos que se estaba produciendo el retorno de los miristas. Sabíamos que tenían mucha presencia en la Quinta Región, Santiago y Concepción, que fue donde el MIR nació. También estaba presente en Valdivia y Temuco, pero en menor medida. Creo que uno de los grandes errores que cometimos fue sobredimensionar la capacidad operativa del MIR, lo supusimos más fuerte de lo que realmente era; en los ochenta lo creíamos capaz de levantar a las poblaciones en contra del Régimen.

Estudiamos mucho al MIR y a pesar de eso lo interpretamos mal. Quizá no supimos leer bien ese juego de contraste entre apariencia y realidad que hacía. Pero también lo malinterpretamos en asuntos de su orgánica interna. Por ejemplo, suponíamos que la parte política del MIR trabajaba en beneficio de la estructura militar y era justamente al revés, lo militar estaba al servicio de lo político. Esa era la forma que proponían para lograr la dictadura del proletariado.

Sobrevaloramos al MIR como enemigo, lo supusimos con un nivel de fuerza y claridad más alto del que realmente tenía. Eso nos hizo actuar con ferocidad.

Hubo una prolongación inútil de nuestro trabajo. Si hubiésemos sido más reflexivos y criteriosos, habríamos terminado antes con nuestra tarea. Y con «terminar» no me refiero a matar al enemigo; se suponía que ese no era el fin. En aniquilamiento del adversario, en términos militares, no significa cortarle la cabeza al otro sino desarticular su estructura. Se enseña también que frente a los movimientos subversivos nunca se debe matar a sus líderes ni a su gente, porque se crean mártires para la subversión. Si, en cambio, se detiene a una persona y —como dice el MIR con su propia jerga— la «congelas», la sacas de circulación y así se va mermando mejor la orgánica.

La despersonalización del adversario nos hizo actuar con ferocidad. Ahora me resultaría fácil decir «se mató innecesariamente», pero en realidad se dieron malas prácticas porque se despersonalizó al oponente.

Se requería de la guía de sicólogos o similares. No habría sido tan raro tenerla, porque en la CNI y en todas las instituciones de las Fuerzas Armadas siempre ha habido ese tipo de profesionales, pero se los destina a asuntos de recursos humanos. Si en la CNI hubiésemos tenido apoyo sicológico, imagino que todo hubiese sido menos horroroso y menos dañino.

Pero además en esos años existía una valoración diferente de la vida. Un miembro de la Junta Militar, el almirante José Toribio Merino, dijo una vez: «No hay mejor comunista que un comunista muerto», parafraseando a un militar americano que alguna vez había dicho algo similar respecto de los indios en su país. La sola enunciación de una bravata semejante y en boca de una autoridad, estableció para todos los subalternos una subvaloración por la vida. Y si eso se lo dicen a un militar de 18 o 20 años, que está formándose para ir a la guerra y luego lo sacan a la calle a trabajar… qué más se podía esperar de nosotros.

Tuvimos problemas. En los organismos de seguridad no se puede dejar sin dirección a quienes hacen trabajo de terreno, ya sea en un cuartel o en un campo de batalla. No quiero disculparme, todos los que hoy estamos pagando con cárcel fue porque tuvimos malas prácticas. Lo que intento hacer ver es que los agentes que están en un cuartel, inmersos con los detenidos, están pasados de revoluciones y no tienen una visión de conjunto. Habríamos necesitado jefes fuertes que supieran a cabalidad y con perspectiva real cómo se estaba combatiendo al enemigo. Pero eso no pasó.

La CNI no contó con grandes directores. El general Odlanier Mena era un personaje que solo se movía por el odio que le tenía a su antecesor en la DINA, Manuel Contreras. Su norte era simplemente diferenciarse. No me gusta hablar de quienes están muertos, pero quien sucedió a Mena, el general de Ejército Humberto Gordon, definitivamente no era una buena persona. Si bien yo torturé y di muerte a personas, de todos modos tenía un juicio respecto de lo que era bueno o malo, así como de la decencia y la moralidad. Es difícil explicarlo sin caer en la morbosidad, pero hay formas y formas de infligir daño. Nosotros

estuvimos cargados de jefes inmorales… No, peor que eso: amorales.

Creo que hay una idea errada entre los miristas de que el MIR estuvo infiltrado. Solo en la época de la DINA se trabajó con militantes que, luego de ser detenidos y sometidos a tortura, por miedo o por lo que fuera, prestaron colaboración activa a ese organismo. Pero en mi período no hubo ni eso. Mientras estuve en la unidad y hasta 1982, que fue más o menos cuando el MIR se acabó porque se dividió o porque perdió fuerza, no pudimos contar con infiltrados. Solo tuvimos tres o cuatro informantes que eran más bien de la base del MIR, no de la cúpula.

La diferencia entre informante e infiltrado es que el primero es alguien a quien se le paga por entregar información; es de corta vida porque una vez que da un dato, ese se revienta (me refiero al dato) y el informante se acaba porque la organización lo descuelga. Un infiltrado, en cambio, es un sujeto que emprende la misión de entrar en la estructura del partido sin que el partido se entere. Esto lo intentamos mucho, pero nunca nos resultó.

Nunca voy a dar los nombres de esos tres o cuatro informantes del MIR que me colaboraron; para qué sacar esas cosas a esta altura. No me interesa, hace 20 años que la guerra se terminó, los jerarcas se fumaron la pipa de la paz y nosotros, los tontos de abajo, deberíamos mirar para delante y no seguir peleándonos.

Recuerdo que cuando comenzó la década del ochenta yo pensaba que mi trabajo frente a la Unidad del MIR estaba bien evaluado, y aspiraba a ser nombrado jefe de todas las unidades que componían el cuartel Borgoño. Me pensaba capaz de controlar a todos los grupos subversivos del país. Qué estupidez y qué arrogancia, pero eso era a lo que aspiraba. Como se suponía que todo iba muy bien, quedé desconcertado cuando me destinaron a la Dirección de Instrucción del Ejército. Fue un nombramiento repentino y sin justificación. Quien quedó a cargo de todo el cuartel Borgoño fue el coronel Krantz Bauer.

En la Dirección de Instrucción me sentía desorientado porque pasaba el día sin hacer absolutamente nada. Así estuve dos meses y luego me volvieron a cambiar, me llevaron a la Dirección de Inteligencia del Ejército y desde ahí un día me pidieron que fuera a matar al dirigente sindical Tucapel Jiménez.

Con el tiempo comprendí de qué se trataba esa seguidilla de cambios profesionales sin lógica que había tenido. Necesitaban a un tonto que sirviera y me eligieron a mí.

El resto ya es historia conocida. Ese crimen lo cometimos en febrero de 1982 y en julio del año siguiente dimos muerte al carpintero Juan Alegría para intentar encubrir el asesinato de Tucapel Jiménez. En los años que siguieron me fui destinado a la CNI en Viña del Mar.

Crecí en una familia normal, con padres que me inculcaron valores como el trabajo, la responsabilidad y la honestidad. Mi madre era asistente social de Ferrocarriles y mi padre era vendedor viajero. En su juventud él había sido cadete y siempre decía que le habría gustado ser oficial. Supongo que por eso entré al Ejército. Ser militar nunca fue mi sueño, fue el sueño de mi padre. Yo entré a la Escuela Militar con 13 años recién cumplidos y salí con 17. Pasé directo al curso militar sin cuestionarme siquiera si deseaba seguir en eso, si era mi vocación. Cuando se empezaron a investigar los crímenes que cometimos, no me sentí cómodo teniendo que ocultar la verdad y decidí hablar para aclarar las muertes. Estoy condenado a cadena perpetua y hay gente que me dice que no me sirvió de nada colaborar, pero no es así, porque confesar a mí me trajo tranquilidad.

Estoy encerrado hace más de 20 años, pero vivo en paz, estoy en la verdad y en ese sentido no tengo problemas de conciencia. Es decir, yo gané mucho al hablar.

Creo que los militares que se enojaron con mi confesión ya me perdonaron. Respecto de mis víctimas, no sé si lo habrán hecho. Mi familia, imagino que ha sabido comprender y que me perdonó. A mi señora le mentí mucho, le oculté todo lo que había hecho hasta el momento en que me decidí a confesar ante la Justicia. Ella podría haberse largado hace rato, pero aún está conmigo y viene a verme.

Estoy tranquilo, pero esto no quiere decir que yo me haya perdonado.

Lo que más me cuesta asumir es haber sido tan tonto. Siempre pienso que si escribiera la historia de mi vida me gustaría poner el énfasis en eso, en que, tanto de un lado como del otro, todos fuimos un montón de tontos útiles.

Para este trabajo, conversé en cinco oportunidades con Carlos Herrera en una sala de visitas del penal de Punta Peuco. Fue durante 2012 y siempre estuvimos custodiados por un funcionario del departamento de comunicaciones de Gendarmería.

Efectos secundarios

Gonzalo Boye Tuset

(Viña del Mar, 1965)

El 14 de enero de 1992 me encontraba viviendo en Madrid. Estaba resfriado. Tenía una oficina para asesorar empresas y me dedicaba a los negocios. Aquel día estuve trabajando en mi despacho en el centro y luego, a mediodía, comí algo con unos amigos. Decidí no regresar a la oficina e irme pronto a casa porque me sentía fatal.

Llegué a mi edificio, aparqué la moto y subí a mi piso. Al poco rato sonó el telefonillo y del otro lado alguien me preguntó si el estacionamiento número 65 era mío. Le contesté que no, porque no lo era, pero la persona insistió, rectificando su consulta: preguntó si la moto que estaba allí me pertenecía, porque estaba perdiendo gasolina y eso podía ser peligroso.

Eran cerca de las tres de la tarde. Bajé al garaje en el subterráneo y mientras palpaba buscando el interruptor de la luz, unos tíos me cayeron por la espalda y comenzaron a darme golpes. No entendía qué pasaba, pensé que se trataba de un robo.

Entre combos y patadas me arrastraron hasta la calle, me pusieron unas esposas y me metieron dentro de un coche. Entonces vi unos tiradores apostados en la calle. Era la policía. Nos pusimos en marcha y yo les pregunté por qué me

detenían; ellos solo decían: «Calla, tío, calla».

Mi piso, en el que vivía con mi mujer y mi hija de cinco meses, quedaba en Pozuelo de Alarcón, a unos 15 kilómetros del centro de Madrid. El coche de policía anduvo ese trayecto, que no fue breve; yo insistía en preguntarles cuál era el problema que había conmigo. Los agentes, que vestían de civil, permanecieron en silencio, pero poco antes de llegar a nuestro destino uno de ellos afirmó: «Lo único que te puedo decir es que cuando salgas en libertad tu hija va a andar por los 15 años».

En las cercanías de la Plaza de España, entramos al sótano en un edificio que más tarde supe era la Brigada Central de Información de la Policía Nacional. Me metieron a un calabozo frío y sucio, que en uno de sus muros tenía escrito «Hotel Ritz».

Estuve ahí tal vez horas antes de que me subieran a un despacho en donde me leyeron mis derechos y supe, por fin supe, de qué se me acusaba: estaba detenido por haber colaborado en los secuestros del banquero Diego Prado y Colón de Carvajal, en marzo de 1983, y en el del empresario Emiliano Revilla, en febrero de 1988. También tenía cargos por uso de pasaporte falso.

Al oír todo eso me sentí aliviado, pensé que rápidamente me dejarían en libertad, porque se trataba de una equivocación, pues yo nada tenía que ver con todo eso. Expliqué que en marzo de 1983 me encontraba viviendo en Chile, pues acababa de salir del colegio, del Mackay en Viña del Mar. Luego me acordé que en febrero de 1988 también había estado en Chile porque había sido la fiesta de las bodas de plata de mis padres. Respecto a mi pasaporte alemán, les dije que llamaran al consulado de Alemania para verificar su autenticidad, que la nacionalidad germana me venía por línea paterna.

Pero lo mío era un monólogo, nadie me tomaba en cuenta lo que hablaba y al cabo de un rato uno de los policías ordenó en voz alta: «Llévenlo a hacerse las fotos, que después no lo va a reconocer ni la madre que lo parió».

Pasé la noche solo en el calabozo, pero sentía movimientos que me hacían pensar que había más gente detenida.

Ya de mañana me volvieron a llevar a un despacho y, por las preguntas que me hacían, comencé a tener una visión de lo que pasaba conmigo. Querían saber de mi relación con uno de los jefes del MIR, René Valenzuela Bejas, y el motivo de mis encuentros con él en París.

Les conté que había trabajado para René ayudándolo en la organización de sus negocios y que luego formamos una sociedad para distribuir un aditivo para el combustible. Les expliqué que mi relación con él se había terminado hacía seis meses y que desde entonces no tenía noticias de él.

Cinco días permanecí en ese calabozo inmundo, donde ni siquiera había un colchón para dormir. Durante ese tiempo los agentes me daban duro: golpes, palizas, hasta me colgaron de los pies por una ventana interior. Me pedían reconocer que pertenecía al MIR y que había trabajado para ETA.

Al comienzo de mi detención yo había tenido una actitud, en cierto modo, de colaboración, porque pensaba que así ayudaría a corregir el error de mi aprehensión. Al segundo día supe que habían quitado los cargos por falsificación de pasaporte, pero me seguían tratando igual de mal a pesar de sus desprolijidades y entonces ya cambié de actitud. Cuando vinieron a enseñarme álbumes con fotos de un montón de personas chilenas todas, y me preguntaban si los conocía, los negué a todos con displicencia y casi sin mirar. Obviamente a varias caras que reconocí, las ubicaba, pero no iba a meter a nadie en un lío con

semejante policía que detenía a gente sin siquiera hacer una comprobación previa antes de plantarle cargos.

Al quinto día me sacaron del «Hotel Ritz» y me llevaron a la Audiencia Nacional. Recuerdo que era sábado y hacía un frío tremendo. Mientras me dirigían al despacho del juez que vería mi causa, en un pasillo vi un maletín que yo le había regalado a René porque solía viajar con uno muy roñoso. Me di cuenta de que él, que vivía en París, también estaba ahí. Más tarde supe que lo habían detenido en el aeropuerto de Barajas de Madrid, aunque no supe qué había venido a hacer.

Entré a la oficina del juez, que era Carlos Bueras. Él se levantó de la silla y abrió las ventanas. Yo estaba con la misma ropa con que me habían detenido, vomitada y sucia, olía fatal. La declaración fue muy breve, simplemente negué que perteneciera al MIR y que tuviera algo que ver con los secuestros de Prado y de Revilla. El juez preguntó mucho por mis reuniones con René en París y por nuestros viajes a Cuba. Le conté que yo había manejado algunos negocios de René, que luego ambos nos habíamos asociado para distribuir un aditivo para combustible, que nuestros viajes a Cuba tuvieron que ver con la posible proyección de ese negocio.

Al rato me bajaron al calabozo de la Audiencia, donde estaba Alexis Corvalán Albornoz, un hombre de 41 años a quien no había visto en mi vida, pero que según la policía era uno de mis aliados en aquello de colaborar con ETA. Ambos estábamos con muy mal aspecto. Al rato trajeron a Ramiro Silva Vial, un tipo del cual yo me había hecho amigo unos cuatro años antes, en 1987, cuando llegué a vivir a Madrid. Ramiro era cuatro años mayor, él me había presentado a René.

Ramiro y Alexis se saludaron, se conocían. Me llamó la atención que Ramiro viniera limpio y bien provisto con un jersey y una cazadora; además traía un cartón de tabaco. Le pregunté cómo podía ser que estuviera tan bien provisto y respondió que así tal cual andaba en el momento en que lo detuvieron. Me

pareció inverosímil.

Al rato nos sacaron para llevarnos a la cárcel de Carabanchel. En el trayecto, Alexis nos señaló unos periódicos que había sobre una mesa, en cuyas portadas aparecían las fotos nuestras más René. «Uf, estamos en todos lados», recuerdo que se lamentó Alexis.

Una vez que estuvimos dentro del vehículo, yo no paraba de pedirles que me explicaran de qué iba este asunto, que cuál era la situación. Alexis —quien con el tiempo me di cuenta de que era un hombre de pocas palabras, pero grandes gestos— solo me pedía que guardara calma. Ramiro me decía: «Tranquilo, tú no tienes nada que ver con todo esto».

Estar por primera vez en una prisión es horroroso. Ni siquiera sé si en esa primera impresión influya el tipo de cárcel en que se caiga. Tengo claro que las de España son bastante más decentes que las chilenas, sin embargo, lo que sentí al entrar en Carabanchel es indescriptible.

Creo que pasaron unos 10 días hasta que mi padre, Gustavo Boye, llegó de Chile. Fue muy emotivo ver a un ser querido después de esos días de pesadilla. Nos miramos a través de un cristal; yo lo único que quería era saber de mi hija, de meses, y de mi esposa. Él me comentó que estaban bien las dos, pero que Nina estaba desconcertada.

Mi padre, que era periodista y en los ochenta había sido director de la revista Cauce (de oposición al Régimen de Pinochet), me comentó que había conversado con autoridades del Gobierno de Patricio Aylwin y parlamentarios oficialistas, como el senador Mario Papi. Recuerdo que intentó darme ánimos y me dijo: «Debes entender que en esto hay razones de Estado», pero no supe a qué se refería.

Alexis, Ramiro y yo estuvimos poco tiempo en Carabanchel antes de que nos trasladaron al penal de Alcalá-Meco (a René lo llevaron a la cárcel de Ocaña). Nos pusieron en celdas de aislamiento y luego pasamos al módulo de conflictivos, que tenía la gran ventaja de albergar solo a 50 reclusos, de los cuales 20 éramos los llamados «presos políticos», es decir, gente vinculada a agrupaciones como los catalanes de Terra Llure, los vascos de ETA, el Ejército Guerrillero del Pueblo Gallego y los islamistas libaneses de Hizbulá. Al menos ahí había un grupo de personas de un nivel cultural e intelectual similar al mío. Alexis y yo comenzamos a relacionarnos con ellos; para mí era impensable sentarme a comer con los reos comunes. Los más detestables de todos eran los toxicómanos, que por aquellos años llenaban las cárceles españolas; esos eran de lo peor, con sus costumbres y sus angustias. Ramiro, en cambio, no tuvo problemas para entablar amistad con ellos.

En prisión me convertí en una persona desconfiada; en la cárcel todo el tiempo te quieren robar, quitar el dinero, el tabaco o tu tarjeta de Economato, que es la que reemplaza a la plata y sirve para comprar en el kiosco que hay dentro. Yo no confiaba ni en mi sombra.

Alexis era un hombre serio, calmado; supe que era pintor y que pertenecía al MIR. No me pareció mal tipo, pero durante el primer tiempo tampoco conversé demasiado con él porque no sabía de su vida ni si tenía relación con los hechos que se nos imputaban. Yo dejé de hacer preguntas, me di cuenta de que la mejor manera de protegerme era no sabiendo nada. Si llegaba a enterarme de algo, eso sería una forma de verme involucrado.

A los tres o cuatro meses de prisión se levantó el secreto del sumario y fui el primero de nosotros en verlo. Mi abogado llegó a la cárcel a darme una copia. El sumario recogía declaraciones de Ramiro que afirmaban que yo conocía la casa de la calle Belisana en donde habían permanecido secuestrados Emiliano Revilla en 1988 y, cinco años antes, Diego Prado. También decía que yo había prestado mi ranchera, una camioneta station wagon con patente alemana, para que se

hicieran seguimientos a Revilla previo a su plagio. Sus acusaciones eran lo único que me inculpaba en los hechos.

Recuerdo que pasé toda la noche leyendo y pensando. A la mañana siguiente, le entregué el expediente a Alexis: «Lee esto», fue lo único que le dije. No sabía si era cercano a Ramiro o no, pero en todo caso, según decía allí, Alexis también era acusado de haber cooperado con ETA, de haber levantado un dossier con información sobre las rutinas del empresario antes de ser raptado. En el expediente venía una declaración del propio Alexis reconociendo su participación.

Los hechos que presentaba el sumario, confeccionado con declaraciones y material de la policía, mostraban el siguiente cuadro: a comienzos de los años ochenta, René —jefe de Información y Logística del MIR— y Antonio Llorca Puig, también mirista y chileno, se habían contactado con un integrante del Comando Madrid de ETA, José Antonio Urrusolo (Joseba). Juntos habían acordado que un grupo de miristas aportarían con información e infraestructura a los vascos, a cambio de recibir dinero del que obtuvieran por las operaciones de secuestros. El MIR, representado por René y Antonio Llorca, destinaría esa recaudación a financiar la lucha contra la dictadura del general Pinochet. Dicho acuerdo —según el sumario— se habría roto por diferencias en las sumas de dinero entregadas. Ese pacto, cerca de ocho años más tarde, se habría reeditado por el MIR y ETA con ocasión del secuestro de Revilla. Y en este escenario, se afirmaba que René nos habría reclutado a Alexis, Ramiro y a mí en España.

La policía afirmaba que Antonio Llorca habría aportado con una propiedad de calle Belisana, que luego traspasó a sus padres. En dicha vivienda, ETA habría cavado un zulo (‘cueva bajo tierra’ en vasco) para mantener retenido a Diego Prado en 1983. El mismo inmueble habría servido para ocultar a Revilla en 1988, año en que la casa estaba a nombre de otro chileno, también del MIR, Francisco Patricio Pizarro, quien estaba siendo buscado pero que no había logrado ser detenido junto con nosotros.

A mí se me acusaba de haber visitado la vivienda mientras Revilla estaba en su interior. Y sí, efectivamente yo había ido a ese lugar en 1987, pero nunca entré, solo miré por fuera para ver la posibilidad de levantar un proyecto inmobiliario en ese terreno. Esto, porque René me lo había pedido.

A un año de mi detención se dictó lo que se llama un auto de procesamiento y el juez Carlos Bueras decidió mantener la prisión provisional para René, Alexis y Ramiro. La mía también se mantuvo, pero con la diferencia que yo podía dejar la prisión tras el pago de una fianza de 30.000 dólares.

El 19 de febrero de 1993 quedé en libertad y a la espera de que se iniciara el juicio. Al salir de la cárcel me esperaban mi padre, mi abogado y mi abuelo, que fue el que se puso con la fianza.

A partir de entonces debía ir a firmar cada 15 días, pero con Nina —que era inglesa— y mi hija nos fuimos a vivir a York, en Gran Bretaña. La Justicia no me prohibió la salida de España, así es que yo regresaba cada quincena. Para buscarme la vida, me asocié con dos catalanes y continué en la asesoría de empresas que quisieran invertir en otros países. Nos hicimos de varios clientes, me tocó viajar por muchas partes. Por ese tiempo también fui a Chile, pero por asunto familiar.

Cualquiera que saque las cuentas y conozca algo sobre la historia del MIR sabrá que no miento cuando digo que no pertenecí a esa organización. Nací en Viña en 1965, en el barrio Miraflores. Toda mi etapa escolar la hice en el Mackay, donde se hablaba poco de política, básicamente porque casi todos eran de derecha. Egresé del colegio en diciembre de 1982 y con promedio 6,9 en varios ramos como matemáticas, física y química. Los estudios nunca me costaron, se me daba fácil. Sé que suena mal decirlo, pero en cuarto básico me diagnosticaron un coeficiente intelectual más elevado de la media, por eso, a pesar de ser muy inquieto, siempre me fue bien en el colegio. En el Mackay les importaban dos cosas: el buen rendimiento y el deporte, y yo destacaba en ambas. En la Prueba

de Aptitud Académica ponderé cerca de 750 puntos, postulé a varias ingenierías en la Universidad Federico Santa María, pero en esos años había que dar un examen de admisión con preguntas de corte político y yo no quedé, a pesar de mis notas y puntaje. Fue entonces que decidí aprovechar la nacionalidad alemana por parte de mi abuelo para irme a estudiar fuera. Pasé el verano en Chile y durante la primera mitad de 1983 estuve haciendo cursos de alemán. En septiembre partí a Heidelberg a hacer un plan combinado de Economía y Ciencias Políticas. Supongo que de alguna manera mis padres me estimularon para que dejara Chile porque la dictadura tenía las cosas bastante complicadas.

Un tío paterno hacía su doctorado en Heidelberg y con mis padres habíamos estado varias veces de visita en su casa; es decir, yo conocía esa ciudad y no me costó demasiado incorporarme. Creo que fue a la semana de haber llegado que leí en un diario que iba a haber un partido de rugby. Busqué el lugar de concentración y me fui a presentar ante el entrenador. Le pedí que me probaran y me admitieron al tiro en el equipo. Con el tiempo, llegué a ser seleccionado nacional.

En mi vida universitaria me relacionaba con alemanes y extranjeros, pero había muy pocos latinos. Me metí al centro de alumnos de mi escuela, que en esos años de plena Guerra Fría estaba muy politizado, igual que el resto de la sociedad alemana. Por ese tiempo se discutía sobre los misiles estadounidenses Pershing II que estaban puestos en Alemania Occidental. Los universitarios nos movilizábamos, constantemente había manifestaciones de corte pacifista en contra de su uso. En la universidad muchos nos considerábamos de izquierda, lo que no significaba ser pro Muro de Berlín ni estar a favor de la Alemania Oriental (RDA). Ya se sabía que ahí las cosas tampoco funcionaban. Durante los años que pasé en Heidelberg, entre 1983 y 1986, cada tanto se hacían conferencias de políticos chilenos que llegaban por ahí. Yo asistía y me gustaba hacerles preguntas cabronas. También a veces había conciertos, como de Inti-Illimani, a los que iba, aunque la música nunca me ha interesado. En las noches escuchaba los programas de radio Berlín Libre y radio Moscú. Me interesaba lo que ocurría en Chile, pero en esa ciudad no había acción política chilena.

Llegué a Heidelberg siendo un chaval de 18 años, conocí a algunos exiliados que vivían ahí, pero todos eran mayores que yo y estaban casados. Los tipos de 35 años me parecían unos ancianos, así es que mi vida social la hice entre la universidad y el rugby.

No obstante, todas las veces que visité Chile, o casi todas, llevaba y traía encargos de compatriotas si me lo pedían. Miristas en Heidelberg conocí a un par, recuerdo a uno cuyo nombre —de chapa, supongo— era Leo. Él tenía cuarenta y pico de años; recuerdo que una vez me dio una especie de cuaderno con tapas gruesas para entregarlo en Santiago. Algo tenía metido entre los empastes y se lo comenté: «No soy huevón, sé que aquí hay algo», recuerdo que le dije, y él sonrió sin responderme nada. No pregunté más.

En esos años yo tenía pelo y era rubio, con los ojos azules y mi pasaporte alemán con cientos de sellos de todas partes del mundo, pasaba sin problemas por los controles policiales chilenos.

A los meses de haber llegado a Alemania, había conocido a Nina, una estudiante de filología germánica y escandinava. Muy pronto nos pusimos de novios y luego nos fuimos a vivir juntos.

En 1986 yo aún no acababa mi carrera y a través de un amigo argentino recibí una oferta de trabajo en Madrid; era en una consultora que asesoraba a compañías españolas que quisieran hacer negocios en Alemania y viceversa. Me pareció interesante y la plata era buena. Con Nina decidimos casarnos e irnos.

En 1986 estaba pronta a firmarse el Acta Única que formaba la Unión Europea. España era integrante y en el país no se manejaban idiomas, con suerte un poco el francés. Yo hablaba castellano e inglés y podía desenvolverme en alemán, que era lo que a la consultora le interesaba.

Nos fuimos a Madrid, aterrizamos poco antes de un 18 de septiembre y, gracias a que fuimos a una especie de fonda muy grande que se hacía en Casa de Campo, conocí a varios chilenos y comencé a relacionarme con ellos, asunto que no había hecho en Heidelberg.

Con Nina nos instalamos en un piso en el barrio popular de Vallecas. El lugar era bastante feo y nos costó conseguirlo porque había gran demanda por viviendas y hacían muchas exigencias para alquilar.

Mi mujer entró como profesora al instituto de idiomas Berlitz y yo comencé a trabajar en la cartera de clientes que pasó la consultora: debía darles información sobre factibilidades legales, económicas y de mercado en Alemania. Pero, además, como yo no había terminado la carrera, me matriculé en Derecho en la Universidad Complutense. El trabajo me absorbió y nunca fui a clases.

En Madrid había cientos de chilenos y en su mayoría se reunían y organizaban en torno a partidos políticos. Estaba por venir el plebiscito del Sí y el No de 1988, pero nadie se creía mucho que los militares estuvieran dispuestos a hacer una elección limpia y menos a entregar el poder. Yo me identificaba con la izquierda, como socialistas o comunistas, pero, aunque conocí a algunos miristas —como Leonel Baudet, hombre que trabajaba para Max Marambio en Madrid, o Ramiro Silva Vial, quien fue el punto de partida de mi problema con la justicia —, nunca me relacioné con el MIR.

De hecho, a Ramiro lo conocí por una casualidad doméstica, no por una vinculación política. Llevaba unos meses en España cuando mis padres me avisaron que una chica que había trabajado con ellos, Marcela Muñoz, viajaba a Madrid y me llevaba un paquete. Entusiasmado, partí a buscarlo a un piso que quedaba en la calle Cartagena, en el barrio La Guindalera. Era cerca del mediodía, recuerdo que llegué y la gente estaba recién levantándose. Recostado

sobre un sillón se encontraba Ramiro, nos presentamos y conversamos mientras Marcela salía a recibirme.

Ramiro era primo hermano del dueño de casa, Marcos Maldawsky Silva, un tipo que también había estudiado en el Mackay. Ambos eran casi de mi edad y conocíamos gente en común; comenzamos a salir juntos. Cuando Ramiro se pasaba de copas en nuestras juergas por Madrid, le daba por ponerse a hablar de sus aventuras políticas, decía que había estado en guerrillas en Perú, Uruguay y otros países latinoamericanos. Ramiro era un personaje singular, no tenía un lugar fijo donde vivir ni se le conocía trabajo. Dormía en casa de amigos y por temporadas desaparecía, después llegaba contando ese tipo de batallitas. Era de los que se presentaba en tu casa un día de semana y le daba la una de la mañana y no se iba. Era de esas personas que en un comienzo te caen simpáticas, pero que con el tiempo terminan convirtiéndose en un fastidio. Todos éramos jóvenes, es cierto que a todos nos gustaba la fiesta, pero yo trabajaba y al otro día tenía que levantarme temprano.

Estuvimos viéndonos durante varios meses, hasta que un día Ramiro me sugirió conocer a un tipo «muy interesante» —me dijo— que vivía en París. Se llamaba Gabriel y buscaba alguien que lo asesorara en sus negocios. Eso iba en la línea de mi trabajo y pensé que podría convertirse en un cliente. Accedí a que nos pusiera en contacto y al poco tiempo Ramiro me comentó que Gabriel me pedía ir a París para conversar en persona, que él pagaría los costos del viaje. Decidí ir, pero como no sabía de quién se trataba ni si cumpliría con lo acordado, opté por gastar lo menos posible y fui en tren, entonces más barato que el avión. Así, a mediados de 1987 llegué a la estación Norte en París. Gabriel estaba esperándome, nos reconocimos y comenzamos a caminar hacia el hotel donde yo había hecho mi reserva. Lo primero que él me dijo fue: «Yo no me llamo Gabriel, mi nombre es René Valenzuela». Me explicó que pertenecía al MIR y que de ahí conocía a Ramiro, que por eso este lo llamaba por su chapa. Me contó que era concertista en chelo y que tenía varios negocios, como una galería de arte muy bonita cerca de la Bastilla. Me la enseñó durante los días que estuve en París. También me habló de su interés por explorar posibilidades de negocios en España y partió por pedirme ayuda en la administración de la galería, que necesitaba una reestructuración desde el punto de vista empresarial. René sabía

de arte y tenía buen ojo para los negocios, pero de manejo financiero no entendía mucho.

Era un hombre inteligente, irónico, sereno, buen conversador. Desde el primer día me trató con amabilidad y se mostró bastante abierto conmigo. Me dijo que estaba o había estado a cargo de informaciones y logística del MIR. Yo no tuve problema con eso y dejé París con la tarea de buscar áreas interesantes para invertir en España.

A partir de entonces mantuvimos contacto por teléfono. Cuando necesitábamos vernos, yo viajaba. Comenzamos a desarrollar una relación diría que bastante filial; él no tenía hijos hombres, solo una hija. Empatizamos bien y cuando supo que yo iba a ser padre me daba consejos. Aunque nos veíamos poco, teníamos buen rollo y siempre conversábamos algo más que lo netamente laboral. A él le gustaba mucho el fútbol y hablábamos de eso, también de política, pero nunca fue para mí un referente en ese sentido. Sí, René era una persona seca, pero amable.

Recuerdo que un día, en una conversación telefónica, me preguntó si tenía novedades o ideas de posibles negocios en España, por esos años con una economía boyante. Yo le comenté que se vislumbraba un boom inmobiliario. Me pidió que fuera a París y en esa visita me presentó a Patricio Francisco Pizarro, un chileno también vinculado al MIR que tenía una casa antigua con algo de terreno: era la casa de calle Belisana n° 42, en el barrio madrileño de Arturo Soria. En ese mismo viaje René también me presentó a Arturo Gurruchaga, de quien solo después de que me detuvieron supe que su nombre real era Antonio Llorca Puig, que era o había sido miembro de la comisión política del MIR.

De vuelta en España, me puse a averiguar si en el terreno de esa casa de Pizarro era posible levantar un edificio. Fue entonces cuando visité ese lugar; había una casa blanca, el sitio no era demasiado grande, pero hacía esquina y podía ser interesante para un proyecto inmobiliario en ese barrio caro. Nunca entré a la

casa, no solo porque no tenía las llaves, sino porque tampoco tenía sentido si el plan era echar abajo lo que fuera que hubiese. En la dirección de obras del ayuntamiento de Madrid pregunté por la factibilidad de edificación del lugar y una semana más tarde me informaron que no era posible construir más que casas. Es decir, no valía para nada. Se lo conté a René por teléfono y hasta ahí quedó nuestra incursión inmobiliaria. Nunca más volví a ese lugar.

Antes de conocer a René, por mi mujer yo había conocido a un científico de sesenta y pico de años, Juan José de Paul y González, que trabajaba en una empresa llamada Aditisa y tomaba clases en el instituto de Nina. Este científico había creado un aditivo que servía para ahorrar combustible y a la vez hacerlo menos contaminante. Su fórmula la tenía inscrita, y con una patente transitoria, en el Boletín Oficial del Estado español. Juan José quería registrar su producto en Alemania porque, si lograba hacerlo en el país de los estándares más altos del mundo, aseguraba que su aditivo tendría las puertas abiertas en todas partes.

En un momento dado, él me propuso ayudarlo en eso ya que yo conocía las leyes y el mercado alemán. Vimos que la cultura «verde» ya había despertado en Alemania, y eso hacía posible promover el aditivo enfocándolo en sus características ecológicas.

El acuerdo con Juan José fue asociarnos; yo trabajaría sin cobrarle mis servicios a cambio de participación en el negocio. Para entonces yo ya había dejado la consultora para trabajar como independiente, creándome mi propia cartera de clientes.

A decir verdad, cuando Juan José me planteó esto creí que haría el negocio de mi vida y me dediqué durante varios meses a planificar la comercialización del aditivo en Alemania. Hice cientos de llamadas telefónicas para armar una agenda de visitas a empresas como Bosch. Finalmente organicé un viaje con Juan José que partiría en Hamburgo y terminaría en Múnich.

Hasta ese momento, Juan José producía el aditivo en su laboratorio, en botellas de litro. Todo era bastante artesanal y necesitábamos dinero para producirlo en cantidades industriales. Fue por esto que decidí comentarle del proyecto a René y a él le destaqué que el aditivo podría tener buena acogida en América Latina por su facilidad para dar rendimiento al combustible. René nos pidió que cuando hiciéramos el viaje por Alemania pasáramos por París.

Una vez ahí, le contamos del producto y le vio muchas posibilidades de venderlo en Cuba, donde él —dijo— tenía contactos de primera línea.

Nos fuimos de Francia pensando en la mejor forma de asociarnos con René. De vuelta en España, le enviamos por correo una propuesta de lo que podría ser nuestra estructura societaria, con los aportes de capital que cada uno debía hacer. Cuando estuvimos de acuerdo, René vino a Madrid y conformamos la sociedad Ecoworld entre cuatro participantes. Juan José y yo teníamos 40% de la propiedad, René se hacía del 55% y dio a Rodrigo Silva Vial (hermano de Ramiro) el 5% de participación restante. Realmente no supe por qué Rodrigo Silva también estaba en la sociedad, pero en su momento me pareció lógico que, como René vivía en París, quisiera tener un representante, una especie de control. No lo sé… pero no me levantó suspicacias de ningún tipo.

René no era alguien que despertara desconfianza, tenía una vida totalmente abierta. En París me había presentado al pintor Roberto Matta y en Madrid me llevó a visitar a amigos suyos, como Patricio Castilla, un mirista chileno casado con Geraldine Chaplin. René no era un tipo ambicioso ni ostentoso, era tranquilo y bien quitado de bulla. De hecho, recuerdo que después de una Navidad, yo y Nina volvíamos de Santiago a Madrid y en el avión nos encontramos con René; iba en primera clase. Se incomodó mucho al vernos y comenzó a dar todo tipo de explicaciones por estar viajando adelante, dijo que era miembro del directorio de una empresa y que le compraban los billetes en primera clase, aunque a él no le gustaba, etc.

Es cierto que él nunca me precisó de dónde provenían su dinero ni sus inversiones, pero a nivel discursivo, todo lo que hacía siempre lo enmarcaba en el contexto de su actividad política, como financista del MIR. Recuerdo que un día me planteó que si generábamos dinero por nuestros nuevos negocios «lo aportáramos a la causa». Yo le pregunté «¿pero de qué causa me hablas, René?», pues ya era 1988 y era sabido el ocaso del MIR. Le aclaré que lo que a mí me interesaba era ganar plata, que ambos lo hiciéramos, pero que luego cada cual podría destinar el dinero a «la causa» que quisiera. A veces, íntimamente, dudé si los negocios de René serían para beneficio personal, pero eso a mí me daba igual, lo cierto era que el dinero que manejaba era limpio, estaba todo bancarizado y él pagaba impuestos por sus operaciones. Cualquiera que haya hecho un negocio sabe que uno nunca le pregunta a su socio por qué tiene lo que tiene ni de dónde lo sacó. Esto era tan real que en el juicio que nos hicieron más tarde tuvieron que quitar cualquier imputación por delito fiscal o blanqueo de capitales; fue una hebra que descartaron, pero después de habernos buscado hasta por debajo de los zapatos.

Fue a propósito del posible negocio con el aditivo de Juan José y nuestra empresa Ecoworld que viajé a Cuba varias veces con René. Yo tenía 23 años y nunca había estado en ese país, pero conocía muchos otros por los viajes que había hecho con mis padres y también como seleccionado de rugby. Los hoteles buenos y las capitales del mundo no eran cosas que me deslumbraran, pero lo que sí me impresionó al llegar por primera vez a La Habana fue ser recibido por gente de protocolo del Gobierno cubano. Resultaba curioso entrar directo, pasar por el lado de Policía Internacional y no hacer ni la cola.

Esa primera vez en Cuba nos hospedaron en el hotel Habana Libre. Cada uno tenía una suite enorme que se conectaba a una sala de reuniones. Recuerdo que René en esa ocasión me advirtió que, si bien tenía buenas relaciones y contactos políticos en la isla, no quería bajo ningún punto de vista ser visto como un hombre de negocios. Por ello, yo estaría encargado de hacer toda la presentación comercial del proyecto. Así lo hicimos y durante una semana estuvimos exhibiendo el aditivo y sus cualidades a varias personalidades cubanas, como el

ministro de Industria Básica, cuyo nombre no recuerdo, y que al igual que muchas cosas, no tengo papeles donde mirarlo porque cuando me detuvieron la policía se llevó todos mis documentos.

En los cubanos había una ambigüedad, con Juan José no entendíamos si parte del negocio tendría que ser para ellos. Era lo mismo que ya pasaba con Max Marambio, que entonces tenía la representación de Cubana de Aviación en España y un montón de negocios turísticos que nadie se cuestionaba si eran personales o si los hacía para Cuba.

Si los miristas trabajaban para Cuba, pienso que habría sido para Manuel Barbarroja Piñeiro, quien, en su calidad de jefe del Departamento América del Gobierno cubano, era quien tenía todas las conexiones en Latinoamérica y ayudaba a financiar a los grupos de izquierda del continente.

Nunca terminé de entender si René se relacionaba con Cuba como persona natural o si lo hacía en nombre del MIR. No lo tenía claro, pero en cualquier caso tampoco me importaba; yo sentía que estaba desarrollando un negocio y no me hacía más rollo porque sabía que legales las platas eran. Además, nuestra empresa era de 50.000 dólares, no era gran cosa.

Fue necesario hacer varios viajes a la isla para generar confianzas mutuas y que los cubanos aceptaran hacer pruebas científicas para la producción industrial del aditivo, siempre con la idea de que el producto se fabricaría en España, bajo nuestro control.

Desde Madrid, nosotros manteníamos correspondencia con el Gobierno cubano a través de un mirista, Guillermo Leiva, que nos gestionaba los viajes, enviaba pasajes, visas y se encargaba de recibirnos cuando llegábamos a La Habana. En ocasiones también nos acompañaba José Pepe Benado, mirista y expareja de

Lucía Vergara, quien fue asesinada por la CNI en 1983, en la calle Fuenteovejuna de Las Condes.

Yo viajé más que Juan José a La Habana. Él era un español bastante fachas (de derecha) a quien no le interesaba asistir a las comidas con políticos que nos solían invitar. Las veces que eso ocurrió, él optaba por quedarse en el hotel. Yo en cambio, iba y me divertía mucho, me parecía muy interesante. En esos eventos conocí a personajes como Barbarroja Piñeiro, el canciller Robertico Robaina y el vicepresidente Carlos Lage, entre los que recuerdo.

Alguno de mis viajes a la isla coincidió con la detención del coronel Tony de la Guarda y del general Arnaldo Ochoa, acusados de haber traficado cocaína a Estados Unidos. Ambos habían sido estrechos colaboradores de Fidel Castro, y luego les realizaron un juicio que tardó un mes y concluyó con la condena a muerte de los dos. Esos hombres, que hasta hacía poco habían sido del núcleo del poder en Cuba, fueron fusilados.

En La Habana se sabía lo del juicio que se estaba llevando, pero ninguna de las personas con que estuve me comentó el hecho. Únicamente recuerdo un momento: cuando estuvimos solo entre chilenos, René —o quizá Guillermo Leiva— comentó que el proceso pintaba para mal y que posiblemente los matarían.

Era rara la situación en ese momento; se subentendía que podía haber algún trasfondo político en todo eso, pero no existía la información que se ha ido sabiendo con el tiempo. La vida en La Habana transcurría con bastante normalidad y había mucha gente que viajaba a la capital cubana por esos días. En ese mismo tiempo yo coincidí en cenas con Andrés Allamand, que era vicepresidente de Renovación Nacional y se hospedaba en una casa que le pasaba el protocolo cubano en la zona de El Vedado.

Ya estando de regreso en Madrid, un día nos comunicaron que Cuba había autorizado realizar las pruebas para ver la factibilidad de producir el aditivo de manera industrial. Los ensayos se harían en la central termoeléctrica de Cienfuegos, una de las principales del país.

Nos pusieron el requisito de que mientras se hicieran las pruebas, Juan José y yo debíamos permanecer en La Habana. Con esa imposición nos quedó claro que había dudas de que pudiéramos estar planeando un atentado o algo así y que nosotros estaríamos de garantía.

Pero todo resultó bien y después de dos semanas quedó demostrado que el producto permitía un ahorro de 17% de combustible, lo que era significativo para la época de escasez que vivía la isla. En Madrid a Juan José le llegaban una serie de consultas técnicas a través de la embajada; él enviaba la información que nos pedían desde La Habana, aunque siempre cuidando de no mandar datos clave que pudieran llevar a que nos robaran la fórmula y nos hicieran a un lado.

Se suponía que estaba todo bien, que el negocio seguía avanzando, pero pasaban los meses y los cubanos no nos firmaban el contrato. Un día René nos planteó que el negocio sería mejor si producíamos el aditivo en la isla en vez de España, porque sería más barato. Con Juan José nos opusimos terminantemente: si llegábamos con las materias primas allá, los cubanos conocerían la fórmula y dejarían de necesitarnos. René decía que había que confiar en ellos, que no nos iban a hacer a un lado. Para René había otras consideraciones a tomar en cuenta, pero para mí se trataba simplemente de un negocio.

Entre conversaciones, viajes y discusiones pasaba el tiempo, con Juan José seguíamos produciendo y vendiendo el aditivo en Alemania. Creo que fue a comienzos de 1991 que René volvió sobre el asunto de producir en Cuba y entonces tuvimos una discusión muy seria que terminó con él pidiéndonos directa y abiertamente que le entregáramos las fórmulas del aditivo. René apeló a que en nuestro acuerdo societario las fórmulas eran parte del capital del

negocio, por lo tanto, correspondían a todos. Luego nos hizo ver su peso como accionista mayoritario.

Nosotros nos negamos y pedimos la asesoría de una abogada que aseguró que René estaba en lo cierto, que en rigor estábamos obligados a pasarle las fórmulas, pero nos dio una salida: entregar las fórmulas que existían al momento de formar la sociedad en 1988 y no las que año tras año Juan José había ido optimizando y haciendo más competitivas.

En junio de 1991 acordamos reunirnos en la oficina de Ecoworld que teníamos en Pozuelo de Alarcón. René viajó desde París y en ese encuentro también estuvo presente Rodrigo Silva, primo de Ramiro y nuestro cuarto socio, a quien no habíamos visto en todo ese tiempo. Recuerdo que yo estaba muy nervioso, pero argumenté que la petición que hacía René estaba atentando contra el negocio, que nos obligaría a pasarles a los cubanos algo que nos había costado mucho construir. No llegamos a acuerdo y con Juan José anunciamos nuestro retiro. Les entregamos las fórmulas viejas y hasta ahí quedó nuestra sociedad. Fue la última vez que tuve noticias de René hasta que un año más tarde, en 1992, llegaron a detenerme y en los interrogatorios me preguntaban por él.

En 1993 logré salir en libertad tras pagar la fianza y cada 15 días debía presentarme a firmar en la Audiencia Nacional. Yo ya llevaba más de un año fuera cuando René, Alexis y Ramiro pudieron dejar la prisión, también con un régimen de firma quincenal.

Un día, mientras andaba en ese trámite, me encontré con René; quedamos de acuerdo para juntarnos con Alexis para la próxima vez que fuéramos a firmar y así lo hicimos.

Llegamos a un café y de repente Alexis le dijo a René: «Cuéntaselo, que tiene

derecho a saberlo».

René me dijo que hacía un tiempo él había tenido una conversación muy larga con Ramiro, que este se había «quebrado» al confesarle que a él lo detuvieron primero y que él nos había inculpado. No se explayó en detalles, dijo que no sabía más que eso. Con esta versión yo me formé la idea de que tal vez la policía habría pillado a Ramiro en algún asunto de drogas y que posiblemente este conmutó beneficios por una delación.

Cualquier versión que entregara a la policía se hacía creíble porque a comienzos de los años ochenta, cuando el MIR aún existía, se habían pesquisado vinculaciones del MIR con ETA; entonces hallaron documentos de contabilidad de la banda vasca que decían «chilenos».

En esa misma reunión, Alexis me aseguró que en su primera declaración dijo haber hecho seguimientos al empresario Revilla solo porque en la comisaría le estaban pegando y dando duro, que nunca más volvió a decirlo.

Después de aquel café nunca volví a verlos. Para mí representaban el juicio que teníamos pendiente con la Justicia y no quería saber nada de ellos… si tenían algún lío, yo no me quería enterar.

Mi segunda hija nació el 4 de octubre de 1995. Estuve esa noche en la clínica y cerca de las seis de la mañana me fui de ahí para ir a recoger a mis suegros, que llegaban de visita a York. Pasé a desayunar a una estación de trenes, que era lo único abierto a esas horas. Cogí el diario El País y me encontré con una noticia que me dejó de una pieza: la fiscalía estaba pidiendo ciento y pico de años de prisión para los cuatro chilenos involucrados en el secuestro de Revilla.

Busqué un teléfono y de inmediato llamé a mi abogado para advertirle. Horas más tarde él se comunicó para decirme que la acusación ratificaba lo mismo del auto de procesamiento, pero que estuviera tranquilo porque, pese a los casi tres años que llevaba abierta la investigación, no habían logrado pruebas que me imputaran, no había nada en concreto.

La fiscalía había retirado de su acusación los cargos por el secuestro del banquero Diego Prado, pero se mantenía lo referente a Revilla.

La fecha del juicio se fijó para mayo de 1996 y cuando llegó la hora de presentarse solo llegamos René, Alexis y yo. Ramiro se había ido de España.

Los alegatos se iniciaron sin él y aquel día le dije a René y a Alexis: «Este tío no se presenta porque no tiene huevos de venir a darnos la cara».

En todo caso, al igual que nosotros, Ramiro nunca tuvo prohibición de salir del país.

Se inició el juicio y mi padre viajó desde Chile para acompañarme. También estuvo la mujer de Alexis, que era española, y a René lo acompañaron su hermano Manuel Valenzuela y su amigo Lenin Guardia.

El empresario Revilla fue llamado a declarar, pero no quiso participar; informó por escrito que él ya había declarado que durante su secuestro nunca nos había visto y que jamás oyó acentos sudamericanos mientras estuvo en cautiverio. A mi amigo científico Juan José también lo citaron y testificó en detalle sobre la forma en que habíamos gestado nuestro negocio y cómo nos vinculamos con René.

A medida que avanzaba el juicio yo estaba optimista, porque no se exponían hechos nuevos ni pruebas que nos inculparan. Además, yo esperaba que las declaraciones de Ramiro no fueran consideradas porque ni siquiera las podía ratificar en el juicio. Sin embargo, en el último de los cuatro días de alegatos, la fiscal Olga Sánchez ordenó nuestro ingreso en prisión, lo que hacía evidente que la sentencia no iba a ser favorable.

Entré en prisión nuevamente y mi vida volvió a quedar suspendida. René, Alexis y yo fuimos llevados a la cárcel de Carabanchel, nos pusieron en una galería de 800 personas. Al poco tiempo Alexis y yo fuimos trasladados a la prisión de Naval Carnero.

La sentencia se dictó un mes después de que terminó el juicio: «Por colaboración con ETA» a los tres nos condenaron a 14 años, ocho meses y un día de presidio. Yo recurrí al Tribunal Supremo con el convencimiento de que revocaría la decisión por la debilidad de los argumentos y la ausencia de pruebas. Pero no, se confirmó la sentencia que tomó la declaración de Ramiro como prueba suficiente para justificar mi condena. En los fundamentos jurídicos se dijo que Ecoworld permitió traspasar un equivalente de 18.000 euros a Cuba, dinero que —decía— había provenido del pago que habría hecho ETA por nuestra colaboración en el secuestro. En cualquier caso, esa suma se podía pasar en los bolsillos a Cuba y era una suma irrelevante frente a los millones que —se supone— René había obtenido de los vascos. A nuestra empresa no se le pudo acusar de ser una tapadera; tampoco se nos acusó de blanqueo de capital. Mis ingresos previos y posteriores a mi detención inicial fueron investigados hasta el último céntimo.

De la sentencia final se sacó hasta el nombre de Juan José, quien era el sustento de mi defensa. Hubo varias personas que habían trabajado con Juan José y que también declararon en mi favor, pero nada valió.

El fallo estableció como «hechos probados» que René —con jefatura dentro del MIR— había tomado contacto con miembros de ETA en 1987 para prestar servicios de inteligencia. Que luego habría encargado a Alexis y Ramiro que hicieran seguimientos a Revilla. El fallo aseguraba que en un allanamiento a Alexis encontraron un juego de llaves que pertenecían a la casa de calle Belisana donde Revilla estuvo secuestrado 249 días.

Respecto a mí, el fallo afirmó que no llegué a integrarme a la estructura del MIR en Europa, pero que había colaborado facilitando mi camioneta a Ramiro para hacer los seguimientos. De manos de Alexis, se dijo, yo habría recibido dinero de ETA en un café de Madrid como encargo para llevarlo a Cuba. Esto, a pesar de que durante el juicio oral aclaré que a Alexis lo había visto por primera vez estando en prisión y que mi vinculación con René solo tenía que ver con la asesoría que le había prestado en la administración de algunos de sus negocios y, luego, en la formación de Ecoworld.

Respecto a mi camioneta, reconocí que se la había prestado a Ramiro, al igual como a muchas otras personas que necesitaron trasladar muebles o bultos, por lo que eso no era prueba de que yo hubiese colaborado con un secuestro.

Pero ya estaba nuevamente encerrado y sabía que ahora sí iría para largo porque eran al menos ocho años de pena efectiva.

Para no volverme loco en prisión decidí organizarme una rutina. Empecé a hacer diariamente dos horas de deporte y me inscribí para estudiar Derecho en la Universidad de Educación a Distancia (UNED); varios de los presos políticos lo hacían. El sistema estaba bien organizado y al inicio del año académico enviaban los libros y el plan de estudios, luego la universidad llegaba a examinar una vez al año. Con dos vascos —que estudiaban Educación uno y Sociología el otro— implementamos una mesa de escritorio y le pusimos buena luz. De lunes a domingo nos encontrábamos ahí.

La mujer de un tío mío, que era asistente social y vivía en Alemania, supo de mi detención y con unas monjas me mandó una libretita con una larga carta que decía: «A partir de ahora debes apuntar todo lo que ocurra contigo, la memoria es muy frágil y habrá cosas que después te pueda hacer falta recordar».

Le hice caso, comencé a anotar todo, llevaba una especie de bitácora de lo que iba pasando conmigo y mi entorno. Con el tiempo esa agenda pasó a ser una especie de documento relevante del módulo, varias veces vinieron guardias a preguntarme por la fecha en que había ocurrido tal o cual suceso penitenciario. Cada fin de año volvía a llegarme una carta de mi tía con una libreta nueva que yo me encargaba de hacer durar. Escribía con letra muy pequeña y apretada, ejercicio caligráfico que también practicaba en la correspondencia que enviaba fuera de la cárcel. De ese modo se usaba poco papel y el correo resultaba más barato.

Además de las cartas, me comunicaba con mi gente por teléfono. Tenía permiso para dos llamadas a la semana: una la usaba con mi mujer e hijas y la otra con mis padres. Había unas cabinas que te daban cierta intimidad para conversar, aunque como yo era extranjero solía usar el teléfono a horas en que no había cola ni muchos reclusos por ahí cerca. Al llamar nunca me quebré ni me quejé de nada con mis familiares; tenía pocos minutos y mi objetivo era transmitirles que estaba bien. Jamás se me pasó por la cabeza ponerme a llorar con mi mujer al otro lado del teléfono o decirle que estaba triste. Tampoco con mis padres. De hecho, ni siquiera les manifesté el dolor que me produjo cuando en las distintas ocasiones me fueron comunicando las muertes de tres de mis abuelos, todos muy relevantes durante mi infancia. Mi abuelo paterno, el que pagó mi fianza, fue el último en morir. Había venido varias veces a España a visitarme y murió sin poder verme en libertad como tanto había deseado.

Estando en prisión tuve un cambio sustancial: me volví bastante insensible. En una cárcel la única forma de salir bien parado es tomando distancia de todo; esa es la forma que uno tiene para defenderse, porque si te ven débil, te aplastan.

Hasta hoy, me cuesta conectarme con el dolor.

Al comienzo de mi encierro estaba todo el tiempo esperando que llegara el día de visita para ver a mi gente… pero siempre llegaron mucho menos de lo que yo hubiese querido. Al principio te duele, pero después comienza a darte lo mismo, te das cuenta que esa es tu realidad y punto. Mi familia estaba toda fuera; mi mujer y las dos niñas vivían en Inglaterra y mis padres en Chile. Hubo muchos amigos que no se atrevieron a ir a verme, pero también conté con varios muy leales, como Andrés Fischer, que hacía un doctorado en Madrid y, cada vez que podía, me visitaba.

Alexis se convirtió en un puntal para mí. Yo no le conocía de nada y supo estar conmigo, sabía de mis rabias y cabreos; si bien era contenedor, también era un hombre muy duro que sabía cortarme cuando comenzaba a putear contra todo: «Basta —me decía—, déjate de huevadas y céntrate en lo esencial, en lo que te sirve».

Tuve otros amigos dentro de la cárcel, todos vascos, todos etarras, porque era la gente de mi nivel sociocultural. Entre los llamados «presos sociales» estreché vínculo solo con uno, que era un banquero mexicano que estaba siendo reclamado por estafa en su país.

Con René solo coincidí un par de veces en prisión y en esas oportunidades nunca quise preguntarle si efectivamente había habido algo de cierto en lo que afirmaba la Justicia. Para protegerme y mantener mi neutralidad, opté por no preguntar ni saber nada. Ni siquiera le di ocasión para que él mencionara nada; si tenía algo que contar, pues debió haberlo dicho en su momento. En este largo período de encierro, pensé que podía ser posible que hubiese habido conexiones entre los cubanos y ETA, entre ETA y el MIR o entre todos a la vez, pero no me constaba. Con la información que circulaba en 1996, era dable creer que la caída de René y por ende la mía hubiese respondido a un problema interno de Cuba. Por esos años, el Departamento América del Gobierno cubano estaba dirigido por Manuel

Barbarroja Piñeiro; él había tenido todos los contactos con los movimientos de izquierda latinoamericanos como el MIR, los tupamaros uruguayos, el MRTA peruano y el M19 de Colombia, entre otros. Raúl Castro había tenido muchos enfrentamientos con Barbarroja y este había ido perdiendo su poder paulatinamente.

Raúl buscó hacerlo a un lado debilitando la estructura internacional que tenía Barbarroja, que era donde radicaba su fuerza al interior del aparato cubano. En esa línea, René, como hombre cercano a Barbarroja, podría haber caído y con él nosotros detrás. Quizá la pieza clave, quien ayudó en que eso fuera posible, fue Ramiro.

Esto no es una idea desquiciada: era posible, ya que, por aquellos años, de a poco fueron cayendo muchas piezas de la estructura de Barbarroja en América Latina, como el líder de Tupac Amaru, Víctor Polay Campos, o la gente de Sendero Luminoso. A eso se le suma que Barbarroja murió en un extraño accidente de coche en 1998 en La Habana, ciudad donde hay poquísimos accidentes de tránsito. Días previos a su muerte, el Gobierno cubano había ordenado al chofer de Barbarroja tomarse unos días libres. Debido a eso, Piñeiro iba conduciendo él mismo su automóvil el día que chocó. Y lo hizo solo, es decir, no chocó contra ningún otro auto, y a pesar de que tuvo heridas leves, luego murió de un paro cardíaco en el hospital. En los años siguientes se produjeron las caídas en desgracia del vicepresidente Carlos Lage y del canciller Roberto Robaina, todos hombres de Barbarroja, a quienes yo conocí en la isla porque René me los presentó.

Alguien podría pensar que es una locura lo que digo, pero basta ver lo que hizo Cuba con el Che Guevara, que lo mandó a combatir a un lugar que se sabía era una ratonera y donde era evidente que lo iban a matar. Eso fue simplemente porque los Castro quisieron quitarse del camino a un líder tan carismático.

Uno va cambiando en el encierro: primero empiezas a contar el tiempo en días,

luego en meses y después en años. En prisión se piensa mucho, y yo tampoco descartaba que la trama que nos involucró hubiese estado orquestada desde Chile.

La primera vez que nosotros caímos presos fue en 1992. Un año antes, tras el asesinato del senador Jaime Guzmán, el Gobierno de Aylwin había desplegado un sistema de inteligencia con informantes que se dedicaban a infiltrar a grupos de izquierda como el Lautaro, el MIR y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez a cambio de dinero. Quizá alguien informó que René estaba manejando gente por su cuenta desde París y se buscó la forma de que no pudiese seguir actuando, la forma de neutralizarlo. Esto llegué a pensarlo también por aquello que me había señalado mi padre cuando me visitó por primera vez en prisión y me dijo que comprendiera que había «asuntos de Estado» detrás de todo. Cuando caímos detenidos por primera vez, apareció en la prensa española el ministro del Interior español, José Córcuera, diciendo que en nuestra detención se había trabajado en conjunto con el Ministerio del Interior chileno (entonces a cargo de Enrique Krauss).

Pero nunca pude saber a ciencia cierta qué estuvo detrás de mi detención, que para mí fue, a todas luces, injusta.

Pasaron los años y en prisión yo continuaba con mi rutina de estudio y deporte, dejando cada vez menos espacio para pensar en cómo era que había llegado hasta ahí.

Durante mucho tiempo se me negó todo tipo de beneficios carcelarios, como la libertad condicional. Esto, porque yo nunca quise «asumir la responsabilidad criminal», pero para mí era imposible reconocer algo que no había hecho. Cuando cumplimos cinco años en prisión, a René, Alexis y a mí nos ofrecieron aceptar «conformidad con la pena» a cambio de la libertad condicional con expulsión de España; eso significaba no poder volver de por vida. René y Alexis aceptaron y se fueron. Yo rechacé el ofrecimiento porque significaba renunciar

también de por vida a la posibilidad de pedir aclarar mi inocencia. Opté por quedarme encerrado a cambio de no salir por la puerta de atrás. Mi mujer no logró entender esa decisión.

Pasaron dos años más hasta que me clasificaron en tercer grado y me otorgaron la libertad condicional; en cualquier caso, eso llegó cuando quedaba ya muy poco para completar mi condena.

Si entrar en prisión fue horroroso, salir me resultó extrañísimo. España había cambiado mucho en esos siete años; tenía carreteras y edificaciones nuevas por todas partes. Madrid me resultaba conocido pero ajeno a la vez. Yo caminaba por las calles con la sensación permanente de que en cualquier momento alguien me volvería a caer por la espalda para tomarme detenido. Desde Chile, mi familia me envió un pasaje y me fui a pasar la Navidad a Viña. Mis excompañeros del Mackay estaban organizando una fiesta de exalumnos y la aplazaron para esperar mi regreso. Pasé un par de meses en Chile; quise estar junto a mi padre, que tenía declarada una enfermedad y no se le auguraba demasiado tiempo de vida.

Luego quise volver y radicarme en España para estar más cerca de mis hijas, que vivían con su madre en Inglaterra. Me puse a trabajar los fines de semana repartiendo hielo en un camión por los bares; tenía un turno de seis de la tarde a cinco de la mañana y me pagaban cada domingo al finalizar la jornada. Ese curro me vino fenomenal porque me daba dinero para subsistir.

Yo había terminado mis estudios de Derecho en la cárcel y estaba titulado de abogado, pero necesitaba colegiarme para empezar a ejercer.

Reuní mis papeles y los presenté en el colegio de abogados de Madrid. No me admitieron porque —según decía la carta— no reunía los requisitos de idoneidad moral para ejercer la profesión. Me contacté con un vasco que también había

estudiado Derecho en la cárcel y lo fui a visitar a Pamplona. Él me ayudó con los trámites para presentarme ante el colegio de su ciudad. Ahí me aceptaron y con 36 años empecé a ejercer de abogado. Había pensado dedicarme al derecho civil, no quería saber nada de lo penal; pero la realidad era que necesitaba dinero y en los juicios civiles tardas mucho tiempo en poder cobrar. Como tenía bastante experiencia en cárceles, me animé a visitar a algunos presos para ofrecerles ayuda gratuita en acortar el presidio aplicando diferentes normativas que había estudiado. Me resultaron bien, de a poco empezaron a pedirme de muchas partes y comencé a cobrar.

Vivía solo en Madrid, llevaba una vida extremadamente tranquila. Estuve un año o más trabajando como abogado en la semana y repartiendo hielo los fines de semana, para que me alcanzara para vivir y enviar algo a mis hijas.

Llevaba poco más de un año ejerciendo de abogado, en un anonimato total, aunque tenía claro que lo de mi detención había aparecido en los medios españoles y chilenos y de seguro que se murmuraba sobre mí entre los abogados. Lo tenía asumido y no me importaba demasiado.

En eso estaba el 11 de marzo de 2004, cuando tres días antes de las elecciones presidenciales se produjeron los atentados en los trenes en las cercanías de Atocha. Esa precisa mañana yo estaba viajando a ver una causa a Ciudad Real. Recibí de repente una llamada a mi celular; era el embajador de Chile en España, Enrique Krauss, para preguntarme mi opinión respecto a los hechos: que si era posible que la explosión hubiese sido realizada por ETA, como aseguraba al país el Gobierno del entonces presidente José María Aznar. Esto, porque los medios en el extranjero ya atribuían el atentado a Al Qaeda.

Con Krauss tenía una relación porque había sido amigo de mi padre y de un tío embajador. Le comenté que, con la información que se conocía, ya me parecía poco probable que ETA estuviera detrás, por el tipo de explosivo usado, la masividad de la masacre y el modus operandi, entre otras cosas.

Recuerdo que al otro día Krauss me volvió a llamar y me propuso que representara a la viuda de Héctor Figueroa, el único chileno que había entre los 191 muertos que dejó el atentado. Sin tener demasiada perspectiva de lo que significaría, decidí aceptar, porque me pareció un desafío profesional enorme.

El proceso por el 11-M se inició y yo me personé como acusador; si bien yo seguía con otros clientes, comencé a dedicarle la mayor parte de mi tiempo a ese asunto. Había miles de antecedentes y con el transcurso de los días el caso fue complejizándose más, como cuando —a casi un mes del atentado— un grupo de islamistas que estaba siendo perseguido por la policía se suicidó haciendo estallar el piso que ocupaban en la localidad madrileña de Leganés.

La investigación permaneció un año bajo secreto de sumario y después de la Semana Santa de 2005 se levantó esa medida. Comencé a tomar conocimiento global del caso, pero tardé un mes y medio en solamente leer los antecedentes que se habían acumulado.

Entretanto, yo no había reparado en el nombre del fiscal que llevaba el caso y solicité formalmente una reunión. La vida tiene unas vueltas curiosas. Me informaron que se me concedió la cita y yo asistí: Al entrar al despacho lo primero que veo es un gran crucifijo en la mitad de la pared; bajo él estaba sentada la fiscal Olga Sánchez, la misma que hacía casi 10 años me había acusado y logrado mi condena.

La miré, me hizo pasar, entré y me senté. Entablamos un diálogo respecto de cómo veíamos el juicio por el 11-M y estábamos de acuerdo en la forma de mirar el caso. Terminó esa reunión sin que ninguno dijera nada respecto a si nos conocíamos de antes. Acordamos hacer reuniones semanales para trabajar coordinados y así lo estuvimos haciendo por un par de meses.

Un día ella me preguntó: «¿A ti no te importa trabajar conmigo?».

«No», le respondí, y le pregunté si a ella le importaba trabajar conmigo.

«No», fue también su respuesta, y nunca más volvimos sobre el tema.

La etapa de investigación se cerró y el 15 de febrero de 2007 se inició el juicio oral, que dicho sea de paso fue el más grande de la historia de España.

Se habilitó un recinto que pudiera albergar al inusitado despliegue judicial con 59 abogados representantes de las víctimas mortales y de los 1856 heridos, con 650 testigos y cerca de 100 peritos. También había medios de comunicación de todas partes del mundo.

Los tres años que habían durado las indagatorias no habían logrado aquietar la guerra política que se había librado en España frente a los hechos. El Partido Popular, de derecha, aún insistía en la autoría de ETA en el atentado; decían que ETA había actuado en connivencia con el Partido Socialista para sacar del gobierno a la derecha. Tenían toda una teoría de conspiración. El aparato del Partido Popular no quería asumir que los atentados de Atocha se debieron en gran parte a que el Gobierno de José María Aznar aceptó ir a la guerra de Iraq en alianza con Estados Unidos.

Pero la fiscalía acusaba a 29 sujetos, todos musulmanes islamistas, con excepción de los españoles que facilitaron el explosivo para las bombas y que ninguno de ellos era vasco.

Días antes de que partieran los alegatos, el diario El Mundo (pro Partido Popular) había publicado un perfil breve de los abogados que participaríamos en el litigio. Sobre mí solo pusieron una nota que hablaba de mi relación con la embajada de Chile y poco más. Pero luego, con mis primeros interrogatorios, quedó claro que yo estaba en la línea de considerar culpables a los islamistas y no a ETA; ese mismo diario hizo público lo de mi condena en una crónica que aseguraba que yo había sido un exmilitante de la izquierda chilena y había cooperado con ETA. Esto dejaba entrever que —por ende— yo estaba aliado con los socialistas.

La mala leche de El Mundo produjo una respuesta inmediata en su archirrival, el diario El País (aliado del Partido Socialista Obrero Español), que salió en mi defensa. En medio de todo este atolladero, lo único que tenía claro era que este sería el juicio de mi vida, mi gran oportunidad profesional que no iba a desperdiciar. Me preparé mucho y paralelamente le pedí asesoría comunicacional a una chica chilena para afrontar los ataques en mi contra. Ella me sugirió no esconder nada y acceder a la prensa tanto como me solicitaran. Así lo hice y cada día en los intermedios me acercaba a hablar con los periodistas, les comentaba lo esencial de la jornada y antes de irme les entregaba un resumen de lo que vendría al día siguiente.

Recuerdo que estábamos en la séptima vista oral cuando me tocó interrogar al marroquí Rafa Zouhier, uno de los 29 imputados. Este era un personaje bastante esencial, porque había contactado a los islamistas con uno de los españoles que les vendió los explosivos para hacer las bombas con que hicieron estallar los trenes.

Comencé mi alegato a Zouhier con una pregunta de rigor; le dije algo así como: «Señor Zouhier, ¿usted ha colaborado con la organización terrorista Al Qaeda?».

El tipo me miró, entre desafiante y displicente, y me contestó: «Usted sabrá más que yo de colaboración con banda terrorista».

No sé si los segundos de silencio total que percibí fueron reales o se produjeron en mi cabeza, pero ese impasse se interrumpió cuando el presidente del tribunal, Francisco Gómez Bermúdez, ordenó que se suspendiera la sesión y el magistrado mandó a llamar al abogado de Zouhier a su despacho. Era evidente que lo que había dicho fue una respuesta orquestada por su defensa.

Ese día el juicio se reanudó por la tarde con mi nuevo intento de interrogatorio a Zouhier. No recuerdo qué fue lo que le dije, pero este afirmó: «Me niego a responder cualquier pregunta que venga de ese señor».

Él estaba en su derecho de negarse a contestar, pero yo seguí preguntando como si nada, sin dejarme amilanar, para dejar constancia en el acta de mi interrogatorio. Le hice varias preguntas bien incisivas y —como se iba picando— finalmente conseguí que Zouhier entrara en diálogo.

Con este sujeto desarrollamos una seudo-relación de altercados y mensajitos. Yo a veces lo miraba hacia el sitio donde se ubicaban los acusados, que estaban detrás de un cristal, y le hacía un gesto enseñándole cuatro dedos de mi mano. Era una señal de que iba a pedir para él 40 años de prisión efectiva, el máximo que permite la ley española.

Zouhier me acusó al tribunal de que lo molestaba y me pasaron el dato de que una cámara comenzaría a grabarme y dejé de hacerle señas. Cuando ya había pasado más de la mitad del juicio, un día me llegó un recado de Zouhier, de que estaba arrepentido de cómo me había tratado y quería que lo visitara. Nunca fui. Con su actuación Zouhier se ganó muchos enemigos. Por mi parte, al hacer el informe final me esforcé en dejar clara su participación en los hechos, pero no le

cayeron demasiados años porque, a la vez que colaboraba con los islamistas, Zouhier también era un colaborador de los servicios de seguridad españoles. Actualmente lleva ocho años en prisión y yo he pedido que los dos años que le restan se los conmuten por su expulsión de por vida del territorio español.

La situación que se produjo con los dichos de Zouhier no fue fácil de enfrentar; el juicio estaba siendo televisado en todo el país, pero yo estaba preparado para eso y más. Siento que salí muy reforzado en lo personal y en lo profesional con ese caso. Alcancé bastante protagonismo y fue por algo mucho más relevante que lo ocurrido con Zouhier. Logré que el Estado español indemnizara a cada familia de las víctimas fatales del atentado con casi un millón de euros, gracias a que impuse una tesis que a ningún otro abogado ni a la fiscalía se le ocurrió: si el atentado se había realizado con explosivos que están bajo control exclusivo de la Guardia Civil, era el Estado el responsable, por fallar en la custodia de ese material.

El abogado del Estado accedió a llegar a acuerdo y otorgaron el dinero.

Con ese juicio salí del armario, mi historia se hizo pública y comencé a estar todos los días en la televisión y en los diarios.

A pesar de que mi vida dio un vuelco en 1992 y me tocó vivir situaciones muy complejas de ahí en adelante, con este juicio pude comprobar que no guardo rencor ni odio a nadie. Me tocó interrogar como testigos a varios policías que habían participado en mi detención y lo hice sin resentimiento alguno.

Soy de la idea de que uno no puede pasar la vida cabreado por lo que le ha ocurrido; si no, se daña a los hijos y a quienes te rodean. Estuve cerca de ocho años en un encierro que no merecía, pero durante ese tiempo hice una revisión profunda y decidí que eso no iba a fastidiar mi vida entera. Eso es lo que haría

un derrotado y yo no lo soy; a todo el mundo le gusta ganar, pero a mí —además — no me gusta perder.

Hay gente que se extraña conmigo, que me dice que vivo como si no me importara lo que me ocurrió y no es así. Sé que me hizo mucho daño, pero tomé la decisión personal de no amargarme y —con esfuerzo— asumí que eso sería solo un capítulo de mi vida.

Me siento orgulloso de lo que hice conmigo antes de caer preso, durante mi detención y con lo que he hecho desde que estoy en libertad. Me da satisfacción saber que me convertí en abogado estando en preso. Eso fue porque yo tomé la decisión de no dejar que el sistema escribiera mi historia. Fue una decisión personal obligarme a hacer algo, incluso en esas condiciones. No obstante, estar en la cárcel fue tiempo perdido, que me privó de un período importante de mi juventud, de vivir la infancia de mis hijas y de estar con quien era mi mujer. Nunca podría decir que estar preso tuvo algo de positivo; es solo que yo busqué la forma de sacar provecho de ese tiempo de mierda.

Todo lo que me ocurrió he podido verlo con frialdad porque yo decidí distanciarme de los hechos, que era la única forma de salir bien parado. Con esa frialdad decidí quedarme en prisión con tal de no reconocer algo que no había hecho. En su momento hubo gente muy querida por mí que no lo pudo comprender, como mi exmujer, pero supongo que con el tiempo lo han ido entendiendo.

Gracias a eso hoy no tengo que bajar la vista ante nadie y puedo dar clases de derecho penal en el mismo colegio de abogados que me negó la colegiatura por no tener idoneidad moral.

Actualmente soy abogado de Human Rights en España y llevo casos de

Guantánamo ante la Audiencia Nacional. Hace un tiempo, cuando la Universidad de Educación a Distancia cumplió 50 años, me nombró su mejor egresado.

Al día de hoy, aún creo que Ramiro me traicionó, que me metió en un lío que no merecía. Punto, eso es todo. Con René no siento que haya saldos pendientes; él nunca me habría metido en esto por las diferencias que tuvimos con Ecoworld. Hubiese esperado, eso sí, que fuera más enfático en exculparme, pero quizá para eso tendría que haber contado más sobre él y hubiese ido en desmedro de su propia situación. En el juicio, René dijo que yo nada tenía que ver con el MIR. Hizo lo que pudo. Nunca más he vuelto a saber de él, pero tampoco me interesaría demasiado verle.

A quien sí quisiera ver y abrazar es a Alexis. Durante los años de prisión fue un puntal, sabía marcarme los límites y aconsejarme. No teníamos nada que ver el uno con el otro, pero en mis momentos más jodidos él supo estar a mi lado. Lo dejé de ver en 1998 porque me cambiaron de prisión, y por mucho tiempo continuamos escribiéndonos cartas. Cada septiembre, Alexis me mandaba unas pinturas pequeñitas que él hacía para que yo se las enviara de regalo a mis hijas para la Navidad.

La vida te juega malas pasadas. Conocí a Ramiro de forma fortuita y si no hubiese sido por el azar, nunca me habría visto metido en esto. Yo no digo que no sé por qué caí preso, lo entiendo perfectamente: estuve preso porque Ramiro me culpó y la Justicia no supo investigar.

Hace unos años, el empresario Emiliano Revilla se reunió con sus secuestradores y salió en la prensa que ellos se han reconciliado. He pedido autorización para visitarlos en su prisión porque quiero pedirles que aclaren ante la Justicia si tuve o no participación en ese secuestro. También estoy pidiendo a la Comisión de Verdad y Reconciliación del País Vasco que me consideren una víctima de la batalla política y judicial que por aquellos años se libraba con ETA.

Salí de prisión con la claridad de saber que no buscaría vengar nada, lo que no significa que no me interese poner las cosas en su sitio. Cuando reúna los antecedentes necesarios, solicitaré a la Justicia que revise mi sentencia. Por escrito demandaré al Estado español por una indemnización de un euro. No quiero que haya dudas de que solo estaré pidiendo que se restituya mi honor, y para eso solo necesito un euro que lo simbolice. Todo lo que la cárcel me quitó no tiene precio. ¿Qué valor podría darle a no haber visto crecer a mis hijas?

Gonzalo Boye nunca dejó de vivir en España. Para este trabajo lo entrevisté en Madrid durante una semana de junio de 2012. Tuvimos largas conversaciones en su oficina. Actualmente es abogado penalista con cierta participación en la escena política española. Tras la crisis financiera de ese país fundó una revista satírica llamada Mongolia.

El objetivo

Erika Hennings Zepeda

(Santiago, 1951)

Estaba participando de una toma de un colegio cuando se realizó la gran huelga del magisterio, en abril de 1968, y vi a Alfonso porque era el jefe de esa toma. Su pinta me llamó la atención; era un flaco alto y desgarbado, con la piel mate y los ojos color turquesa. Era llamativo.

Ahí lo conocí; yo tenía 17 años y él, 18. Los dos militábamos en la Juventud Comunista (en la Jota) y nos pusimos a pololear al poco tiempo. Nuestra relación era muy independiente, eso sí; pasábamos períodos en que dejábamos de vernos y luego retomábamos.

Cuando empezamos a salir, Alfonso ya empezaba a alejarse de la Jota y el MIR lo estaba llamando para que se incorporara. Era un dirigente estudiantil con buena oratoria e inteligente, entonces tenía mucha llegada. A fines de 1968, Alfonso ya había entrado al MIR y dio la Prueba de Aptitud Académica; obtuvo súper buen puntaje y casi podía elegir qué entrar a estudiar, pero se inscribió en Filosofía en la Universidad de Chile por —prácticamente— mandato del MIR. En el verano de 1969, Alfonso se fue a hacer trabajos de verano a Nahuelbuta y de vuelta empezó las clases, pero con el objetivo principal de hacer trabajo político, no de estudiar. A pesar de eso, le iba bien, porque Alfonso era un gran lector; sobre todo, leía mucho de economía.

Yo di la prueba ese año y no me fue tan bien; postulé para irme a estudiar Castellano a Arica, porque ahí tenía una tía que me podía facilitar la llegada. Me fui de Santiago con un quiebre político interno con la Jota, porque no me gustaba su estilo de dirección ni su estructura. Llegué al norte siendo todavía comunista, pero allá empecé a relacionarme con gente ligada al Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), que era uno de los varios frentes de masa que tenía el MIR. Me alejé de la Jota.

Por entonces mi relación con Alfonso estaba… suspendida, por llamarla de alguna forma; yo tuve otros pololos y él también tenía lo suyo. Pero en las vacaciones nos poníamos de acuerdo para encontrarnos si yo viajaba a Santiago. En esos intertantos que tuvimos, Alfonso tuvo una relación con una dirigente del MIR, Marcia Merino, la Flaca Alejandra.

Creo que en 1971 nosotros retomamos el pololeo; él viajó a verme a Arica en un par de ocasiones y al tiempo quedé embarazada. Decidimos casarnos, que no era algo que se usara en nuestro círculo de amistades. Nosotros lo quisimos y supongo que habrá sido porque nuestras familias eran conservadoras; de izquierda, pero conservadoras.

Pedí el traslado de mi expediente universitario a Santiago y cuando llegué nos fuimos a vivir con mis suegros, que tenían una casa grande y bonita, tipo chalet, en la Gran Avenida. Nosotros éramos estudiantes y no teníamos plata, pero mi papá tenía buena situación y, además, era generoso, así que nos ayudaba. A mis papás les gustaba Alfonso y para ellos lo más importante era que nosotros siguiéramos estudiando.

Llegué a Santiago con varios meses de embarazo y fui a hablar con un compañero del MIR, recomendada por Alfonso. Mi intención era integrarme al partido, pero el compañero me dijo: «No me importa de quién sea usted compañera, aquí no es llegar y entrar al MIR, debe haber un proceso». Entonces quedé aceptada solo como simpatizante.

Alfonso en poco tiempo empezó a ascender dentro del partido; pasó a ser parte de la dirigencia regional del MIR en Santiago y se convirtió en miembro volante del comité central. Cuando eso ocurrió, le pidieron que se profesionalizara, que era el concepto que usaban para describir la dedicación completa al partido. No recibía un sueldo, pero le daban una especie de canasta con tarros de chancho chino y de porotos chinos para ayudar en la mantención. No eran malos productos, más bien me acuerdo que eran ricos.

Alfonso tenía un análisis crítico sobre las formas de participación que estaba desarrollando el MIR, porque era muy vertical. En ese tiempo empezó a haber grupos, que no alcanzaban a ser fracciones, que buscaban que los análisis políticos y las estrategias pudieran discutirse en distintos estamentos del partido, porque había muy pocas posibilidades de ser escuchado.

En mayo de 1973 nació nuestra hija, Natalia. Yo no seguí estudiando y de vez en cuando participaba en reuniones políticas. En septiembre de ese año, el día del golpe de Estado, nosotros estábamos en la casa y nos despertamos cerca de las ocho de la mañana con gritos del papá de Alfonso, que era muy exagerado, y que decía que estaba habiendo una revolución. Nos levantamos asustados, Alfonso se vistió a toda prisa, sin ni siquiera bañarse, que era algo que hacía todas las mañanas impajaritablemente. Antes de despedirse, me dijo que iba a una reunión en una casa en San Miguel, que —según entendí— era donde iban a ir llegando los del comité central e incluso los miembros de la comisión política del MIR. Le pidió el auto prestado al papá y se fue.

Todos estábamos muy desconcertados, sin saber qué iba a pasar. Mi suegra me pidió que la acompañara al supermercado a comprar comida. Salimos a la Gran Avenida y fue impactante ver a un montón de gente, trabajadores, que caminaban en dirección al norte. Me dio la impresión de que iban hacia la zona industrial de Vicuña Mackenna.

Pasó una hora y media y Alfonso volvió con unos compañeros miembros del comité central: Álvaro Vallejos (Loro Matías), Germán Cortez (el Cura), Igor Cantillana y Dagoberto Pérez. La casa de mis suegros tenía un sótano, en donde no recuerdo bien si estaban sacando o metiendo armas para esconderlas. El ambiente era de caos absoluto. A mí me preocupaba Natalia, que todavía no cumplía cuatro meses.

Alfonso había sido un dirigente «abierto» del MIR, es decir, se le conocía la cara, su rol y todo. Entonces, se nos instaló la preocupación de que fueran a buscarlo. Con la vecina de atrás acordamos que en caso de que llegara alguien, él podía saltar la pandereta y refugiarse en su casa. Esa noche se quedaron Dagoberto Pérez y el Cura Germán. Entre los cuatro ideamos un plan de turnos de vigilancia para poder dormir unos mientras otros estaban en alerta en caso de que aparecieran los militares. Primero durmieron Dagoberto y Germán y después lo hicimos Alfonso y yo.

Al día siguiente Alfonso y Dagoberto se fueron. Germán se quedó, no sé por qué, pero en cualquier caso ya se habían decretado tres días de toque de queda total; es decir, la gente no podía salir a la calle. Pasaron esos días y yo me fui con Natalia en una micro a la casa de mis papás. El plan era que después Alfonso se fuera para allá.

La casa de mis padres no era el lugar más seguro. Ellos vivían ahí de toda la vida, en un sector que se podría decir que era de pequeña burguesía, de gente acomodada de Independencia. Muchos de nuestros antiguos vecinos ya habían emigrado a Providencia y Las Condes y los nuevos que habían llegado nosotros no los conocíamos ni sabíamos quiénes eran.

A los pocos días del Golpe comenzamos a enterarnos de que la represión del régimen militar estaba siendo durísima sobre los partidos de izquierda, así es que el MIR hizo un repliegue importante y no era fácil saber dónde acudir para tomar contacto. Alfonso comenzó a salir todos los días a darse vueltas por las calles

para tratar de encontrarse con miristas.

Un día los padres de Alfonso nos contaron que unos militares habían llegado a la casa preguntando por él, que lo andaban buscando. Ellos se asustaron mucho con esa situación y nos dijeron que se irían a vivir a París; dos de sus cuatro hijos ya habían partido también a Europa. El abuelo paterno de Alfonso era francés y todos en la familia tenían la nacionalidad. El partido ya había acuñado la consigna «el MIR no se asila» y con Alfonso conversamos qué hacer; podíamos irnos a Francia sin problemas, pero acordamos dos cosas: que no saldríamos de Chile y que tampoco íbamos a separarnos.

Seguimos en la casa de mis padres, pero viendo dónde irnos a vivir. En mi familia la situación era compleja. Mi hermana estaba casada con un comunista y lo andaban buscando; ellos dejaron su departamento. Pero, además, mi mamá era comunista y había estado muy metida en la Unidad Popular, entonces sabíamos que en cualquier momento la represión se podía dejar caer, como efectivamente fue.

Un día llegaron unos agentes a la casa de mis papás preguntando por Alfonso; él no estaba y yo los recibí. Hablé con ellos, que ya sabían mi nombre completo; les aseguré que estaba separada y hacía tiempo que no tenía noticias de él. Se fueron y yo subí al segundo piso de la casa, que era una especie de castillito con varias ventanas y balcones. Por uno de ellos colgué un pañal, que era lo que teníamos acordado hacer en caso de que llegara la policía. Dejé la señal puesta y nos repartimos para salir a buscar a Alfonso. Por suerte logramos recuperarlo en la calle antes de que se acercara al entorno de la casa.

Por unos días, él se trasladó a la casa en que vivía su hermana Denise con su marido en la calle Juan Palau, en Las Condes, y por mientras nos pusimos a buscar algo para arrendar. En El Arrayán encontramos una casa que nos gustó, pero al conversar con el dueño vimos que este se refería a la gente de izquierda en términos muy despectivos y preferimos no arrendarla.

Alfonso ya había logrado reconectarse con el partido y empezó a trabajar. Nos fuimos a vivir al departamento que había dejado mi hermana en Independencia; a Natalia la metimos a una sala cuna que se llamaba Infant College y quedaba por Ñuñoa. La elegimos porque se ubicaba cerca de los lugares donde se hacía contacto con otros miristas. Ante cualquier cosa, daba una coartada para poder andar por ese sector.

En ese tiempo el MIR le daba una especie de sueldo a Alfonso, porque recuerdo que con esa plata alcanzábamos a pagar el jardín de Natalia.

En diciembre de 1973 detuvieron a uno de los líderes más relevantes y carismáticos del MIR, Bautista van Schouwen. Los agentes del Régimen lo hicieron desaparecer y fue a partir de ese hecho que comenzamos a saber de la forma en que estaba actuando la DINA; sus agentes andaban siempre vestidos de civil, tomaban a la gente y la llevaban a centros de detención clandestinos, no a regimientos ni a cárceles reconocidas.

En mayo de 1974 el MIR nombró a Alfonso y a otros dos compañeros como coordinadores regionales metropolitanos y yo empecé a servir de enlace de Alfonso con esos otros dos compañeros, de nombres políticos Renato y Nicolás. Cuando lo nombraron, recuerdo que Alfonso lamentó su nuevo rol, porque le restaría posibilidades de contactarse con las bases del partido y eso le impedía mantener su postura crítica frente a la verticalidad del MIR. Por esos días, y a pesar de la situación que se vivía, igual se daban discusiones al interior del partido. En las noches en el departamento, yo le ayudaba a Alfonso a tipear en una máquina de escribir documentos que planteaban —por ejemplo— que como estrategia de sobrevivencia del partido la alta dirigencia debía salir del país y resguardarse, solo los bandos medios debían permanecer. Estos papeles, después de escribirlos, los metíamos en unos barretines que luego yo como enlace se los hacía llegar a la enlace de Renato. Alfonso era trotskista y tenía hartas diferencias con Dagoberto Pérez, principalmente, que era quien estaba a cargo de todo el MIR en Santiago.

El 15 de julio de 1974, se dio por hecho que a Renato lo habían detenido. No llegó a un punto de contacto que había acordado. Pero a los días de eso, Alfonso tenía un punto de rescate con Renato; esto se trataba de una segunda opción que había para encontrarse con algún compañero en caso de que —por cualquier eventualidad— alguien no lograra llegar al punto original. Este punto de rescate era en el «Quitapena» del Cementerio General y Alfonso me lo reveló solo porque necesitaba advertirme que efectivamente a Renato lo habían detenido; cabía la posibilidad de que al punto de rescate llegaran agentes en vez de Renato, y que lo detuvieran también a él.

Recuerdo que pasé horas con Natalia en el jardín del edificio donde estábamos viviendo. Era invierno y hacía frío, pero el día estaba completamente despejado y había sol. Yo estaba muy preocupada y esperando verlo aparecer.

De repente lo veo que viene caminado y sentí un tremendo alivio, pero me contó que Renato no había llegado y eso significaba que la represión estaba fuerte sobre el MIR, pisándonos los talones.

Deben haber pasado unos tres o cuatro días de eso, cuando una noche, cerca de las once y media, tocaron la puerta del departamento. Nosotros estábamos durmiendo y, obviamente, nos despertamos muy sobresaltados. Era raro que alguien llegara a golpear, porque el recinto tenía rejas y quedaba cerrado en la noche; no se podía subir a los departamentos a menos que se tuviera la llave. Alfonso miró por la orilla de la ventana de la pieza y vio que en la calle había un despliegue de agentes y camionetas por todas partes.

«Quédate aquí, negra, yo voy», me dijo.

Alfonso abrió la puerta desde la pieza yo oí a un hombre que le preguntó:

«¿Alfonso René Chanfreau Oyarce?».

En unos segundos el departamento se llenó de agentes que entraron hasta mi pieza. Eran Osvaldo Romo (exmilitante de izquierda que conocía mucho sobre el MIR), el capitán de Ejército Miguel Krassnoff y el subteniente de Carabineros Gerardo Godoy, entre otros. Estaban todos de civil.

Godoy identificó a Alfonso por su nombre político:

«Sí, este es el Emilio», afirmó, y luego dijo: «Revisen hasta debajo de los colchones».

Los sujetos empezaron a dar vuelta todo. Un mes antes, la Comisión Política del MIR había sacado un documento de 60 páginas que se hacía circular en un microfilme. En ese momento justo lo teníamos nosotros, días antes lo habíamos escondido en una muñeca de porcelana que mi mamá tenía de adorno. Y cuando estos tipos llegaron, en lo único que yo pensaba era en que pudieran encontrarlo. Nunca supe si eso pasó.

Los tipos me pidieron una frazada y se llevaron a Alfonso. Pero antes de que se fueran les preguntamos si podían ir a dejarme con Natalia a la casa de mis padres. Accedieron. Nos hicieron bajar y varios tipos se quedaron revisando el departamento. A Alfonso lo metieron a un auto y a nosotras nos llevaron en una camioneta.

Llegué a la casa de mis papás y los agentes se fueron, pero desde ese minuto tuve la certeza de que volverían por mí. De inmediato llamé a Denise, la hermana de Alfonso, para contarle lo que había pasado. Mis padres me dijeron que la situación era muy peligrosa y debía salir del país, pero hacer eso con Alfonso preso era sencillamente imposible.

A la mañana siguiente llegó mi cuñada Denise muy temprano. Me dijo que había hablado en la embajada de Francia y que estaba todo listo para que Natalia y yo viajáramos ese mismo día. Le expliqué lo mismo que a mis padres, que no podía hacerlo.

Cuando Denise se fue, yo subí a la pieza y me saqué unos aros gruesos de oro que andaba trayendo y también mi argolla de matrimonio; los guardé pensando que no quería tenerlos puestos cuando me detuvieran. Pasó media hora o 45 minutos de eso y me fui a prepararle una leche a mi hija; cuando iba subiendo la escalera de vuelta con la mamadera, oí que golpearon la puerta.

Mi mamá fue a abrir y un hombre le dijo:

«Venimos a buscar a la señora que anoche trajimos aquí».

Yo bajé con la mamadera todavía en la mano; los tipos me pidieron que los acompañara y mi mamá les dijo que ella también iría. Pero no la dejaron.

«No hace falta, señora, solo la vamos a llevar a su departamento para que nos entregue unas cosas para su marido. La traeremos al tiro de vuelta», mintieron.

Le pasé la mamadera a mi mamá para que se la diera a Natalia. Me subieron a una camioneta; en cuanto empezamos a andar, los agentes me dijeron que Alfonso no había querido hablar en el interrogatorio, así es que iban a probar si podían hacerlo hablar conmigo.

Me llevaron a una casona antigua en el centro de Santiago, la que más tarde supe era Londres 38. Me entraron y quedé en el hall central, donde había mucha gente tirada en el suelo, todos con los ojos vendados. Pasó un rato y llegó a buscarme el agente Osvaldo Romo, me vendó los ojos y me hizo subir al segundo piso.

Llegamos a una pieza en donde había un militar —creo, por su forma de hablar— que me ordenó decir mi nombre completo.

«Erika Cecilia Hennings Cepeda», contesté, y por debajo de la venda vi a Alfonso tendido sobre una camilla, con los brazos y las piernas totalmente abiertos. Lo habían estado torturando.

Al oír mi voz Alfonso se alteró, se puso nervioso y empezó a decir que me dejaran tranquila, que a mí no me hicieran nada. Alguien me tomó bruscamente de un brazo y me empezó a bajar por la escalera; yo gritaba hacia arriba:

«Tranquilo, Alfonso, yo estoy bien, no me han hecho nada».

Los primeros días, efectivamente, no me hicieron nada, hasta que empezaron a llevarme a la sala de tortura y me ponían sobre una camilla, me amarraban y luego subían a Alfonso. Le quitaban la venda de los ojos y empezaban a hacerme todo tipo de cosas delante de él. Le decían:

«Mírala como está, si quieres que la dejemos tranquila, habla».

Él les decía que no tenía información, que no tenía nada que decir, etc. Muchas veces, después de las sesiones de tortura, los agentes nos dejaban a los dos solos en la sala. Después volvían y me hacían más brutalidades. Con eso, ellos buscaban que yo presionara a Alfonso, que le pidiera hablar para que me dejaran en paz. Pero, afortunadamente, nunca lo hice. Estuve lúcida en eso y, en parte, mi actitud se debió a que por esos días me tocaba compartir con compañeras que estaban colaborando con la DINA; su estado sicológico era mucho peor que el del resto de los que estábamos ahí. La Flaca Alejandra y Luz Arce estaban con la DINA, se habían quebrado en la tortura. A ellas las hacían vivir entre nosotros; la angustia que tenían esas mujeres, la desesperación y hasta la forma en que lloraban hacía evidente que ellas estaban colaborando. Y yo no quería eso para Alfonso.

Fue intuitivo, no había certeza, pero había una diferencia perceptible entre ellas y el resto. Por suerte pude darme cuenta de que era peor hablar que soportar la tortura. Entonces, lo único que podía hacer para apoyar a Alfonso era ayudarlo a que se mantuviera firme. Yo le decía que cuando me oyera gritar, no creyera que era porque me dolía mucho; que yo hacía show para que me dejaran tranquila, que exageraba, que era teatro. Otra cosa que hacía para darle ánimo era recordarle que nos habíamos conocido en el trabajo político y que yo estaba ahí porque ambos habíamos decidido quedarnos en Chile y que, por lo tanto, no era su culpa que yo estuviera ahí.

Los agentes me torturaban sin pedirme información a cambio; me utilizaban como un instrumento de tortura. Hasta ahora no sé si fue así porque lo decidieron, o porque nunca supieron de mi rol de enlace. En Londres 38, por ejemplo, también estaba detenida la enlace de Renato, con la que yo me comunicaba para pasarle los barretines. A ella la tenían por su rol; quizá nunca nadie les contó que yo también tenía el mío.

En el MIR, por conformación y estructura, la información se mantenía bajo reserva o compartimentada. Entonces, los agentes de la DINA iban armando su esquema según los datos que obtenían en las sesiones de tortura, más los documentos que encontraban y la colaboración directa que les prestaba gente como la Flaca Alejandra. Alfonso —por ejemplo— les decía que no pertenecía al comité central del MIR, pero la Flaca, por su lado, les confirmaba que sí era parte y que lo sabía porque se lo había contado poco antes del Golpe. Por eso los agentes le pedían más información; le preguntaban mucho, según me contó, por Sergio Pérez, un miembro del comité central y padre de Dagoberto Pérez.

Los agentes en varias ocasiones sacaban de Londres 38 a algunos de los presos para —intentar— que fueran a reconocer lugares o chequear información; después los regresaban. Con el paso de los días supimos que también salían con los que colaboraban para ir a detener gente que ellos identificaran; a eso se le llamaba salir a «porotear».

Un día la Flaca Alejandra llevó a los agentes hasta la casa de la mirista Muriel Dockendorf. La detuvieron y quedó en el hall con nosotros; nos hicimos bien amigas. Al principio, como no podíamos vernos, nos preguntábamos de qué color teníamos el pelo, los ojos, la piel, etc. Ella me contó que era la segunda vez que caía detenida, que antes había estado en el Academia de Guerra Aérea (AGA). Cuando la tomó la DINA, la pillaron «conectada» con el partido, por eso Muriel estaba segura de que esta vez no la iban a soltar.

A mí nunca me sacaron de Londres 38 y yo lo único que quería era salir. Un día les ofrecí a los agentes mostrarles un lugar donde vivía un compañero, del cual sabía fehacientemente que ya se había ido. Yo quería que me llevaran ahí porque quedaba cerca de la casa de mis papás. Mi fantasía era tener la posibilidad de que alguien conocido me viera y pudiera avisarle a mi familia que estaba detenida. Pero nunca me resultó salir.

Más tarde supe que a mis padres les dijeron que yo podía estar en una casa en la calle Londres. Y mi mamá un día llegó hasta ahí y golpeó la puerta. Le abrió un civil:

«¿Qué quiere, señora?», le preguntó con un grito.

«Me dijeron que aquí vendían lanas», le contestó mi mamá, aterrada. El tipo le dijo que ahí no vendían nada, que se fuera y no volviera.

A Alfonso lo sacaban. Había días en que lo llevaban a la Brigada de Inteligencia Metropolitana, que era «el asiento» de la DINA —como dirían los milicos— y que quedaba en Villa Grimaldi. De ahí siempre volvía en un estado deplorable. Mal. Cuando llegaba, dependiendo del guardia que estuviera, nos las arreglábamos para ponernos juntos y conversar un poco. Una de esas veces, estábamos juntos —siempre con los ojos vendados— y se acercó caminando la Flaca Alejandra. Llegó llorando, ella siempre estaba llorando, y le dijo:

«Alfonso, te pasaron el camión por las piernas».

Recuerdo que casi me morí de la impresión al imaginarme cómo estaría. Él no me había contado nada y al parecer tenía las piernas destrozadas, le habían pasado una camioneta por encima. Era muy desesperante pensar que estaba así y yo no podía darle ni un vaso de agua.

En otra ocasión que sacaron en la mañana a Alfonso para llevarlo a Villa Grimaldi, yo le guardé el pedazo de pan que nos daban de comer al día, que era media marraqueta. Quise guardárselo para que tuviera algo que comer cuando volviera. Mantuve el pedazo de pan todo el día entre las manos, como quien

acurruca un pajarito. De repente sentí que llegó; tanto tiempo con los ojos tapados, yo había aguzado mucho el oído, reconocía fácilmente sus carrasperas y su respiración.

Al entrar, lo dejaron separado de mí por dos personas hacia mi izquierda. Yo lo distinguí entonces por sus gemidos, lo oía quejarse. Le hice llegar el pedazo de pan y al poco rato me llegó de vuelta. No pudo comer de lo mal que estaba.

Por su nacionalidad francesa, la embajada de ese país lo estaba reclamando; los agentes se referían a él como «el francesito». En los ratos en que estábamos juntos conversábamos de nuestra hija y de cosas de amor, de que cuando nos expulsaran aprenderíamos francés. Él me decía que se iría por un tiempo de Chile, pero que iba a regresar sí o sí. Alfonso no pensaba que se iba a morir, no creyó que lo iban a matar.

Pasé 18 días en la casa de Londres 38. El 2 de agosto de 1974 a mí y a Muriel Dockendorf nos sacaron en una camioneta tipo frigorífico. Como no nos dijeron qué pasaba, yo pensé que nos iban a liberar. Pero anduvimos un trayecto no muy largo y nos bajaron: estábamos en Vicuña Mackenna, en el centro Cuatro Álamos. Ese lugar era de tránsito; ahí se pasaba a ser un preso oficialmente y te dejaban en Tres Álamos, o bien, desde ahí te hacían desaparecer. Yo pasé a Tres Álamos; mi amiga Muriel partió a otra parte y hasta hoy no se conoce su paradero.

Entrar a Tres Álamos para mí fue como llegar al paraíso comparado con Londres 38. Se trataba de un lugar con régimen penitenciario de libre plática, como se le llama. No había tortura, no andaba con los ojos vendados, podía ir al baño cuando quisiera. Cuando llegué a Tres Álamos aún andaba con la ropa que tenía puesta el día que me detuvieron; ahí ya me pude bañar y poner la ropa limpia que me prestó una compañera. Había un carro con comida rica, tenía una cama para dormir e incluso podíamos oír radio. Nos permitían visitas de 15 minutos los sábados; entonces pude saber de mi hija y enterarme de cómo iban las cosas

afuera.

Un día alguien que me fue a ver me contó que ya estaba todo listo para que ocho compañeros con nacionalidad francesa fuéramos repatriados a Francia, entre ellos Alfonso y yo. La fecha exacta no se conocía aún, pero sería pronto y aseguraban que solo había que esperar. Como éramos reclamados por la embajada, esto se hizo público. En los medios de comunicación algo se habló, y recuerdo que una noche que estábamos escuchando la radio Moscú —que la sintonizábamos bajito, en onda corta— se informó que el general Pinochet ya había firmado la autorización para la libertad de los siete franceses. A mí me llamó la atención que dijeran siete y no ocho; me quedé pensando y deduje que eran siete porque yo no era francesa, sino que la mujer de un francés, y que posiblemente era a mí a la que no habían contabilizado. En Tres Álamos estaba un compañero que también partía, Juan Carlos Caballero, y le pregunté.

«Entiendo que Alfonso no va», me contestó.

Esa fue la primera vez que pensé en que Alfonso podía estar muerto. Me fui a mi pieza y lloré, lloré mucho.

La presión que había habido sobre el Gobierno para procurar nuestra salida había sido enorme; un diputado francés había visitado Santiago y al enterarse de que había ocho franceses presos, pidió en la Asamblea Nacional en París que se bloqueara un crédito a Chile que se estaba tramitando. Pensé que si a pesar de todo eso Alfonso no iba, tendría que ser porque lo habían matado. Pasaron los días y yo me convencí sola de que de seguro había otra razón para que él no viajara. Reviví a Alfonso en mi cabeza y seguí así.

Estuve en total tres meses en Tres Álamos. El 7 de noviembre de 1974, temprano en la mañana, llegó a buscarnos un representante del embajador de Francia. Yo

tenía mi maleta armada, puesto que sabía que nos iríamos directo al aeropuerto, pero nuestra salida del recinto se retrasó porque tenía que revisarnos un médico antes partir. El diplomático se enojó y le dio un par de gritos al encargado. El tipo trajo a un practicante para que nos examinara y ese nos dejó salir. Pasamos por la embajada, que nos había preparado una recepción para despedirnos de nuestros familiares. Ahí pude ver a mi hija, después de bastante tiempo. Había empanadas y vino.

Estuvimos cerca de una hora y nos fuimos en auto al aeropuerto. Cuando me despedí de mis papás, Natalia lloraba por dejarlos; había estado meses con ellos. No hicimos ninguna fila para embarcarnos, pasamos por un costado directo a un avión de Air France. Veinte horas duraba el viaje hasta París, con una escala en Dakar. Estuve durante todo el vuelo en un estado catatónico, creo que no fui ni siquiera al baño y no le cambié de pañales en todas esas horas a mi pobre hija.

En París nos estaba esperando Denise, la hermana de Alfonso, que también ya se había ido de Chile. Toda la familia de Alfonso estaba allá y nos relacionamos bastante, pero la búsqueda de Alfonso no hacía fácil nuestra relación porque teníamos diferencias respecto de lo que había que hacer.

Me instalé en una residencia universitaria, en unos departamentos para familias. Llegué sin nada, solo tenía algo de dinero que me habían pasado mis papás. No sabía francés y, como con Alfonso habíamos hablado de aprenderlo juntos, me resistí un poco a aprenderlo porque tenía esperanza de que él llegara y lo hiciéramos juntos. De todos modos, a los seis u ocho meses ya lo estaba hablando, era imprescindible para desenvolverse.

A Natalia la puse en una sala cuna que quedaba justo al lado de la casa. Ella era una niña gordita que jugaba mucho, se le veía bien. Aprendió francés como su primera lengua, pero entre nosotras, a diferencia de la mayoría de los chilenos, siempre hablamos en castellano.

Pasaron unos meses, y a París —en especial a la zona donde yo vivía— empezaron a llegar más miristas, varios de ellos también con hijos. En un departamento justo abajo del mío llegó a vivir Ruth; su marido había sido detenido, tenían dos hijos y ella era muy militante. Sabía que yo no iba a las reuniones del partido porque me quedaba con Natalia, entonces me pedía que viera a sus niños para ella poder ir. Considerando lo que habíamos vivido, yo no iba a dejar de estar con Natalia por esas actividades. La maternidad estuvo por sobre la militancia para mí.

Si bien en París no me integré cien por ciento como militante, de todos modos el partido me asignó —lo digo entre comillas— «un rol». Pasé a ser testigo de la represión y, más tarde, viuda de un desaparecido; mi trabajo consistía en viajar para contar lo que ocurría en Chile representando al MIR.

En julio de 1975 apareció publicada en un diario en Brasil y en una revista en Argentina una lista con 119 personas que supuestamente habían muerto en enfrentamientos con la DINA o por ajustes de cuentas entre gente de la izquierda, según decían. En ese listado figuraban Alfonso y varios otros miristas, como Muriel. A mí me constaba que en ambos casos eso no era cierto. Esa información, que fue reproducida en Chile por el diario La Segunda, a todas luces era falsa, era una justificación que me hizo pensar que Alfonso podía estar muerto.

Pasé años sin tener noticias del destino de Alfonso. En 1978 el MIR empezó a organizar en Europa lo que llamó la Operación Retorno. Hubo muchas amigas —como Ruth y Verónica Silva, hermana de la Esperanza Silva— que ingresaron clandestinas para hacer resistencia al régimen militar. La persona que estaba a cargo de eso en París, René Valenzuela (Gato), a mí nunca me pidió ser parte. En cualquier caso, yo no lo habría aceptado. Siempre tuve en mente volver a Chile, pero jamás pensé hacerlo como clandestina ni menos sin mi hija. A ella no iba a dejarla bajo ningún punto de vista.

Como tenía prohibición de entrar a Chile, en 1979 comencé a ir a la embajada chilena en París sistemáticamente, cada 15 días, para pedir autorización. Fui proactiva e insistente, cada vez que me negaban el permiso volvía a solicitarlo. En agosto de 1983, un día llamé y me informaron que tenía permiso para entrar. La noticia me sorprendió y estuve tan entusiasmada con el proyecto de la vuelta que sin pensarlo le mandé una tarjeta a Natalia, de 10 años, que se encontraba en un campamento de verano, y le conté por esa vía que cuando volviera nos iríamos de París. Fui totalmente desatinada; eso no era una buena noticia para ella, que tenía todo su mundo en Francia. Lo hice todo muy mal; cuando Natalia volvió de su campamento yo tenía la casa desmantelada, me había deshecho de todo y solo dejé un colchón en el suelo.

Llegamos a Chile el 31 de octubre de ese año a vivir a la casa de mis padres. A Natalia la metí a estudiar en la Alianza Francesa. Yo venía decidida a cumplir mi rol de testigo y denunciante y al segundo día de estar en Santiago tomé contacto con la Vicaría de la Solidaridad, que daba asistencia a víctimas del Régimen, y con la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, que estaba conformada mayoritariamente por madres de desaparecidos. Esas señoras se volvieron locas conmigo porque yo era una testigo sobreviviente del período más duro de la represión al MIR, agosto de 1974. Todas querían hablar conmigo para saber algo sobre sus hijos. A comienzos de los años ochenta la información que había era poca, ellas intentaban desesperadamente tener pistas de sus hijos, saber si los había visto, cuándo había sido la última vez. En total logré reconocer y dar testimonio de la prisión de 25 desaparecidos con los que me había tocado estar en Londres 38. Otra organización con la que empecé a relacionarme fue la Corporación de los Derechos del Pueblo (Codepu), que tenía una casa en calle Brasil. El Codepu era en la práctica la sede del MIR y el ambiente que había era muy estimulante; estaban comenzando las protestas contra el Régimen y ahí había mucho movimiento y gente joven en una ebullición de actividades. En el subterráneo de esa casa se pintaban los lienzos para las marchas, también había ahí un mimeógrafo donde se imprimían panfletos.

Pasé poco tiempo y con Natalia nos cambiamos a vivir solas porque conseguí

trabajo en un proyecto de investigación y tratamiento al torturado y su grupo familiar. Por este trabajo y por colaborar con el Codepu empecé a visitar las cárceles para recoger testimonios sobre la represión. En esos años la CNI tomaba detenidos, pero pronto los pasaba a recintos penitenciarios legales; ya no había centros ocultos como en la época de la DINA. Yo iba los días de visita y aprovechaba de conversar para obtener información que pudiera aportar a la Justicia. También entregaba apoyo terapéutico a los que habían sido víctimas de violencia física.

Todo lo que yo hacía se centraba en actividades en contra del Régimen. Me ofrecía para encabezar las filas en las manifestaciones, llevar los lienzos. No sentía miedo, mi conexión era con la rabia y el odio. Yo estaba en guerra con la dictadura.

Nunca pensé que pudieran estar siguiéndome; tomé conciencia de eso una vez que supe que un par de tipos habían llegado a la casa de mis papás preguntando por mí. Cuando eso ocurrió, lo comentamos con algunos compañeros y nos planteamos que había dos opciones: dejarse atemorizar y en consecuencia alejarse de las actividades, o bien, ignorar el miedo y seguir adelante. Opté por lo segundo.

En marzo de 1984 fui al centro de Santiago a comprarle a Natalia su uniforme para el colegio. Íbamos pasando por la Plaza de Armas y había una manifestación de mujeres. Un policía estaba deteniendo y golpeando a alguien y yo cometí la imprudencia de irme hasta ahí y meterme a pelear con los policías. De repente miré a mi hija y vi su carita aterrorizada observando la escena. Hasta ese momento ella había vivido en París, en una realidad completamente distinta y ajena a toda esa agresividad. Me di cuenta del desatino y procuré no volver a hacerlo, pero de alguna forma era inevitable que ella tuviera que ir incorporando la realidad que nos había tocado vivir.

Yo participaba en tantas marchas que con el tiempo la policía me reconocía y

donde me veían me tomaban presa. Me llevaban a la Primera Comisaría de Santo Domingo, pero solo por el día, y luego me soltaban y yo volvía a mi casa. Me di cuenta de que había una dinámica que se repetía y no me daba temor.

En varias ocasiones me entrevistaba la prensa de oposición; aparecía siempre con fotos, dando la cara. En la revista Hoy una vez aparecí relatando lo que pasaba en Londres 38; esa vez salí en una foto en la puerta de esa casona que entonces era la sede del Instituto O'Higginiano. En otra oportunidad aparecí denunciando al agente Osvaldo Romo en la revista Análisis. Cuando apareció esa entrevista, acusándolo, yo iba sentada en una micro y de repente vi colgada en un kiosco la portada con la cara de ese sujeto; me dio una especie de fatiga, creo que mi cuerpo resintió el miedo que yo no reconocía conscientemente que tenía. Pero me reafirmé pensando en que denunciar era parte de mi tarea y que había que atreverse.

Así pasé cerca de tres años en Chile y a mediados de 1986 me fui con mi hija a París para hacer una formación de educadora especializada en asuntos de salud mental. Volvimos a Santiago en 1989, cuando el plebiscito ya había aprobado que Pinochet dejara el poder.

Hasta ese momento la Justicia había sido evasiva con los que habíamos sufrido la desaparición de familiares y además existía la Ley de Amnistía, que daba impunidad a los crímenes cometidos entre 1973 y 1978. La mayoría de las denuncias que habíamos presentado por gente desaparecida se encontraban con sobreseimiento temporal. Los abogados de derechos humanos recomendaban no mover las causas para no correr el riesgo de que los jueces aplicaran la Ley de Amnistía y las cerraran definitivamente, como habían hecho ya con varias. La idea era esperar un mejor momento.

Al llegar de esa segunda residencia en París, me di cuenta de que, hasta la fecha, en la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos habíamos estado bien desconectadas de las gestiones ante la Justicia, nos habíamos abocado

principalmente a denunciar y a apoyar la salida del Régimen. «Abajo la dictadura» y ese tipo de cosas.

Entonces ocurrió que la familia Chanfreau pidió al abogado Fernando Oyarce Chanfreau, un primo de Alfonso, que tomara el caso para ver cómo podía avanzar. Fernando, que no era un abogado del mundo de los derechos humanos, empezó a trabajar ajeno a cualquier consideración política o cuestiones que no fueran estrictamente judiciales y presentó una nueva querella por la desaparición de Alfonso; solicitó la reapertura del caso, que estaba con cierre temporal desde 1979. La Justicia concedió la reapertura y dejó el caso a cargo de la jueza Dobra Lusic. Fernando pidió una serie de diligencias, como llamar a declarar a la gente que había estado detenida con Alfonso, entre ellas la Flaca Alejandra, que a esas alturas ya todos sabíamos había colaborado con la DINA, pero no en qué magnitud. De hecho, se desconocía que ella había colaborado con la DINA y luego también con la CNI, y que mantuvo relaciones labores contractuales, con protección social, sueldo y vacaciones incluso. La familia Chanfreau tenía la idea de que la Flaca —que había sido polola de Alfonso— podría haberlo entregado. Yo sabía que no, que ella había cooperado con los agentes mientras nosotros habíamos estado presos, no antes. Cuando la jueza Lusic me llamó a declarar, leí entre los papeles del expediente el relato que hacía de la Flaca ante las preguntas que le había formulado la Justicia y sus respuestas del tipo «no me acuerdo», que hacían evidente que ella podía tener más información. Y como junto a sus declaraciones aparecía una dirección, yo la anoté en un papel y me lo guardé. Pasaron los meses y la jueza Lusic tuvo que poner el caso Chanfreau a disposición de la Corte de Apelaciones porque se dio cuenta de que cuando habían cerrado temporalmente esa causa, en 1979, tenía un ministro en visita asignado. La Corte de Apelaciones debió entonces nombrar nuevamente un ministro en visita y la tarea recayó en la jueza Gloria Olivares. La magistrada era profesional y trabajadora, y el caso empezó a movilizarse. Yo me encontraba trabajando en Médicos del Mundo y ahí me dieron permiso para ausentarme de mis labores y dedicarme al juicio. Con mi amiga Viviana Uribe —cuya hermana también estaba desaparecida— comenzamos a analizar la forma de aportar a la investigación que llevaba la Justicia. Vimos que por parte de las víctimas y testigos ya estaban todos los antecedentes puestos sobre la mesa. Y por parte de los agentes de seguridad, lo único que había era una negativa a colaborar. Su silencio no permitía avanzar.

De hecho, nosotras mismas habíamos aportado mucha de la información de los detenidos en las cárceles, pero lo que hacía falta en ese momento eran datos respecto de los aparatos de la represión. Fue con ese objetivo que se me ocurrió contactar a la Flaca Alejandra, como la única posibilidad de acercarnos a ese otro mundo al que no teníamos por dónde llegar. Hasta ese momento nadie, menos exmiristas, había intentado tomar contacto con ella; claro, era una traidora. Me propuse obtener información sin detenerme a pensar en eso; solo veía en ella una posibilidad para sacar información, como los nombres de los agentes, sus cargos y las responsabilidades de mando. Se lo planteé a Viviana y decidimos hacerle una carta. Nos instalamos en mi departamento y la escribimos a máquina, le pusimos escuetamente que yo quería hablar con ella y le dejamos mi teléfono. La carta la firmé solo yo. La pusimos en un sobre y nos fuimos caminando hasta la dirección que yo había sacado del expediente. Llegamos a un edificio en Agustinas cerca de San Martín; tratamos de entrar, pero había una reja que no pudimos abrir. Nos estábamos yendo, cuando vimos que un hombre iba a salir, y alcanzamos a meternos. Llegamos al departamento y nos quedamos en silencio junto a la puerta. Oímos que había gente adentro y golpeamos. Pero nadie abrió; tiramos la carta por debajo y nos fuimos. Los días que siguieron, casi no salí de mi casa esperando que llamara. Pero eso nunca ocurrió y le hicimos una segunda carta. De nuevo se la fuimos a dejar a esa dirección, que más tarde supimos era la casa de su madre. Esta insistencia nuestra dio resultados, porque a los pocos días sonó el teléfono y era ella. La verdad es que me quedé helada al oír su voz. Escucharla, para mí, fue como estar tomando contacto con la DINA misma. Ninguna de las dos habló demasiado; ella me dijo que nos juntáramos y quedamos de vernos al día siguiente, en la Alameda con Teatinos. Supongo que ni yo ni ella queríamos decir mucho; en ese tiempo se vivía con paranoia de que los teléfonos estuvieran intervenidos por los militares. Me sentí asustada, fui a la Vicaría de la Solidaridad y le pedí a mi abogado, Nelson Caucoto, que me acompañara y que me mirara de lejos. Él no me dio mucha bola, así es que finalmente fui sola. De repente la vi, llegó al bandejón central de la Alameda y yo estaba en la vereda norte de la Alameda, entonces pude mirarla de lejos yo primero. Recuerdo que me llamó la atención lo mal que estaba, se había operado la nariz y estaba muy fea, como a maltraer. También me llamó la atención que anduviera sin cartera. En eso, ella me vio y me hizo una señal para que cruzara. Nos saludamos y empecé a hablar. Le hice una pequeña introducción sobre algunas cosas que había logrado saber de los últimos días de Alfonso. Le expliqué que estaba intentando aportar más antecedentes a la

Justicia y que me daba la impresión que ella podría saber algo. Yo tenía un objetivo racional y concreto: obtener información. Por eso, en todo momento fui empática con ella, intenté acercarme desde la humanidad. Solamente le expliqué que, como ella había estado presa con nosotros, creía que podía acordarse de algún detalle que nos pudiera ayudar. No me detuve a pensar si la enjuiciaba; me inspiró lástima, porque mientras duró nuestro encuentro ella estuvo todo el tiempo tiritando. No tenía certeza de qué era lo que ella había hecho, pero en cualquier caso no la podía despreciar. Yo había estado detenida igual que ella y sabía que tuvo que ser víctima antes de pasarse al otro lado. No hubo aporte, la conversación no sirvió para nada. La Flaca me relató, básicamente, lo mismo que yo había leído en el expediente; que no se acordaba de nada. Lo único provechoso fue que dejó la puerta abierta para volver a vernos. Ella quedó en llamarme. Tiempo después supe que en ese momento ella aún estaba vinculada a los militares. De hecho, la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE) le pasaba el departamento en que vivía con su marido, un rapanui.

Pasaron cerca de dos semanas y un día me llamó para vernos de nuevo. Nos juntamos en un café en Providencia cerca de Salvador. Yo fui con una compañera chileno-francesa de Médicos del Mundo. Pedimos café y algo para comer, empezamos a conversar y la Flaca insistió en que no sabía quiénes eran los agentes ni nada sobre la organización. Estuvo muy cerrada, manteniendo su postura. Recuerdo que la miraba hablar y no le creía nada de lo que me estaba diciendo, pero ahí en vez de pena me dio rabia con ella, porque más encima empezó a victimizarse. La jueza Olivares seguía trabajando en el caso y dictando diligencias. Entre esas cosas decidió llamar a declarar a otra de las detenidas que había estado con nosotros en Londres 38 y que también tenía antecedentes de haber colaborado con la DINA: Luz Arce. Antes de ir, Luz le pidió a un abogado que me contactara porque quería hablar conmigo. Ella había sido socialista, solo la conocí una vez que caímos juntas detenidas. Nos juntamos y de mutuo propio Luz me reconoció que había colaborado con la DINA y dijo que quería ayudarme con información. Le ofrecí que nos reuniéramos en mi departamento a trabajar. Aceptó. En 1990 la Comisión Rettig ya comenzaba a recoger testimonios para reconstruir y establecer los casos de desapariciones y muertes en Chile durante la dictadura. Por eso, con Viviana decidimos enfocar el trabajo con Luz en armar el organigrama de la DINA e individualizar a los agentes y sus funciones. Cada tarde, Luz llegaba a mi casa a eso de las seis y nos quedábamos hablando y escribiendo hasta las tres o cuatro de la madrugada. La información

que ella entregó fue valiosísima, su testimonio fue clave, pero hubo mucha gente que no se lo reconoció. Hubo gente que esperaba que ella contara sobre el destino de los cuerpos de los desaparecidos y datos de ese tipo, pero ella no los manejaba. Era ilógico que la inteligencia militar hubiese confidenciado información tan sensible a ella, que los militares sabían era una persona vulnerable, susceptible de hablar o pasarse de un bando a otro.

La jueza Olivares se involucró mucho en la investigación por la desaparición de Alfonso. Era inagotable, trabajaba siempre hasta muy tarde y tuvo el coraje de ir llamando a los agentes a declarar a medida que se iba armando el cuadro de la DINA. Gracias a la labor de la jueza Olivares se pudieron establecer muchas cosas hasta ese momento desconocidas, como las instalaciones y funcionamiento de Londres 38. El caso de Alfonso estuvo haciendo noticia desde marzo de 1990 en los tribunales, es decir, desde los primeros meses de vuelta a la democracia, y con mi amiga Viviana pasábamos todos los días en los tribunales. Nos instalábamos en sus pasillos y desde temprano estábamos hablando con los periodistas que casi dormían en ese lugar. Los conocíamos a todos y ellos a nosotras. Lo mismo ocurría con el personal que trabajaba en el lugar, todos estaban completamente familiarizados con el caso Chanfreau. La jueza Olivares empezó a carearnos a mí y a Miguel Ángel Rebolledo —otro mirista que había sobrevivido a Londres 38— con agentes de la DINA. A comienzos de 1991, la magistrada realizó la primera reconstitución de escena con uniformados por casos de derechos humanos. Esa fue en el departamento de mi hermana, donde detuvieron a Alfonso.

Fernando Oyarce, el abogado de la familia Chanfreau, pidió que se llamara a declarar al agente Osvaldo Romo, al jefe de la DINA Manuel Contreras y al entonces coronel Miguel Krasnoff, jefe de la unidad que perseguía al MIR. Romo se encontraba fuera del país y la jueza pidió ubicarlo; cuando se supo que también iba a pedir que Krasnoff se presentara a declarar, la justicia militar pidió que el caso Chanfreau pasara a su competencia, ya que estaba afectando a uniformados. Pero la magistrada no aceptó y se declaró una contienda de competencias: una sala de la Corte Suprema debería dirimir. Antes de que se tomara esa decisión, yo fui a hablar con los ministros para pedirles que no pasaran el caso a la justicia militar. No sé si mi gestión habrá tenido efecto, pero

dieron orden de no innovar, es decir, la causa permaneció en poder de la jueza Olivares. Miguel Krasnoff tuvo que presentarse a declarar y llegó de uniforme. Fue todo un revuelo. Dos días después me tocó carearme con él. Enfrenté esa situación con bastante fuerza, me preocupé de ser exacta y precisa en cada cosa que decía. Él sabía que yo no estaba mintiendo ni en lo más leve.

Después de eso, el presidente Patricio Aylwin me pidió una reunión con él en La Moneda. Llegué y la prensa nos hizo muchas fotos. Luego entramos a una oficina y, cuando estuvimos solos, Aylwin me explicó que había querido invitarme para dar una señal de que el Gobierno respaldaba que el caso Chanfreau se siguiera investigando en la justicia ordinaria, pero que ese gesto era lo único que él podía hacer.

La jueza Olivares le tomó declaración a la Flaca Alejandra en varias ocasiones, pero nunca logró sacarla de su negativa, de su eventual mala memoria. Esto ocurría mientras la justicia militar no dejaba de pedir que el caso pasara a sus manos. Finalmente lo logró, en noviembre de 1992. La jueza Olivares había dedicado mucho de ella y estuvo tremendamente afectada cuando supo la noticia. Yo casi me morí de la ira.

El traspaso fue posible porque la tercera sala de la Corte Suprema lo permitió. Y como consecuencia, un grupo de diputados socialistas acusó ante el Congreso, por abandono de deberes, a los jueces que integraron esa sala. Esa fue la primera acusación constitucional que hubo en democracia. Las acusaciones de esos magistrados se votaron por separado y en ambas cámaras. En general, la derecha —que era mayoría— las rechazó. Pero en el caso de un juez, Hernán Cereceda, se le agregaron otros antecedentes vinculados a conductas corruptas y por ello tres senadores de derecha —entre ellos, Sebastián Piñera— se alinearon con la izquierda y votaron para que Cereceda fuera destituido. La salida de ese juez no fue por su actuación en el caso Chanfreau, pero ese fue el detonante.

Por ese tiempo yo estaba casi a diario en la prensa. En los lugares públicos la

gente solía ser bastante empática y amable conmigo, se acercaban, me respaldaban. Pero ocurrió todo lo contrario en el edificio donde yo vivía; hubo vecinos que dejaron de saludarme e incluso alguien pidió que cancelaran el contrato de arriendo, porque consideraba peligroso vivir cerca de mí.

El caso Chanfreau estaba en la justicia militar, pero ya se había logrado ubicar a Osvaldo Romo en Brasil; la jueza Olivares lo descubrió por una carta que él había enviado a una tía. Romo fue traído a Chile y fue puesto a disposición de la justicia. Él creyó que iba a recibir apoyo de los militares y al parecer no tuvo todo lo que él quería, se picó y entregó una suerte de mapa de la DINA, dio nombres de militares, reconoció la detención de muchos desaparecidos e incluso dijo a manos de quiénes habían muerto.

Además, Luz Arce estaba colaborando proactivamente con la Justicia, cooperó mucho a pesar de que estaba siendo procesada también. Pasaba todo el tiempo en los tribunales y estaba sola; nosotras la acompañábamos por un asunto humano.

La información que entregaban Romo y Luz Arce llevó a que empezaran a moverse muchos otros casos, varios de estos en manos de la jueza Dobra Lusic. Un día, ella nos ubicó a Viviana y a mí en los tribunales y nos dijo que en la noche le iba a tomar declaración a la Flaca Alejandra, y que si ella nuevamente se negaba a hablar la iba a dejar detenida. La magistrada nos pidió quedarnos.

Y así ocurrió. Llegó la Flaca a declarar y una vez más no quiso reconocer su participación. La jueza Lusic le dijo que quedaría detenida y con eso se quebró. Empezó a declarar y estuvo hasta la madrugada. Nosotros esperábamos afuera, pero había funcionarios que salían a contarnos lo que estaba ocurriendo adentro. En eso sale la jueza y nos cuenta que la Flaca había asegurado que aún estaba vinculada al Ejército, específicamente a la Dirección Nacional de Inteligencia (DINE). De hecho, el departamento donde ella vivía con su marido, en calle República, se lo pasaba esa entidad, y ahora que había hablado necesitaba un lugar donde quedarse y ser protegida. El hermano de una mirista muerta, Lumy

Videla, junto a otros compañeros salieron de los tribunales con la Flaca y la acompañaron a su departamento a recoger algunas cosas y a avisarle a su marido que tenían que huir.

Al tiempo, ella hizo una conferencia de prensa para entregar su versión. Muchos estuvimos ahí mirando, pero cuando ella terminó de hablar salió y saludó a alguna gente. Yo estaba entremedio y, como había estado apareciendo mucho en la prensa, obviamente las imágenes que aparecieron al otro día en los medios fueron las de la Flaca Alejandra saludándome a mí, la viuda de Chanfreau. Esto molestó a mucha gente que había sufrido la represión, tomaron muy mal el acercamiento que había propiciado con la Flaca. Consideraban inaceptable que hablara con una «traidora».

Un grupo de exdetenidos, miristas especialmente, realizó una especie de asamblea para tratar este asunto. La gente habló, contó cómo se sentían con mi actitud y con la de Viviana, porque andábamos siempre juntas en todo. Las exdetenidas se sintieron muy conmovidas, incluso muchas lloraron. Hicieron su catarsis, hubo compañeras que decían que la Flaca o Luz Arce las habían torturado. Nosotros explicamos nuestra posición y nuestro objetivo, pero no las defendimos ni justificamos a nadie. Recibimos el repudio de muchos, aunque también hubo otra gente que no estuvo de acuerdo con lo que hicimos, pero al menos no nos rechazó y aceptaron las motivaciones que tuvimos. En 1994, la excompañera de Miguel Enríquez, Carmen Castillo, supo lo de las confesiones de la Flaca Alejandra y tomó contacto conmigo para que trabajáramos en un documental con ella. Carmen fue muy práctica y tuvo el objetivo concreto de recoger esa historia.

Cuando me preguntan si he perdonado, respondo que no sé. El perdón es un afecto y no es permanente en el tiempo.

Yo hago una diferencia enorme y bajo ningún punto de vista puedo poner lo que hizo la Flaca en el mismo saco con los agentes de seguridad de la DINA. No

están en el mismo plano personas que accionaron ideológicamente para torturar y exterminar, con alguien que no resistió la tortura y por fragilidad física o ideológica llegó a colaborar y luego se metió en una espiral que no le permitió echar pie atrás. Yo estuve presa con la Flaca Alejandra y con Luz Arce, sé lo que fue y entonces no las puedo culpar. Esto no quiere decir que yo las perdone, solo que entiendo qué elementos de su biografía las hicieron llegar hasta ahí. De hecho, varios de los que estuvimos detenidos en Londres 38 vivimos el proceso de cuando ellas se quebraron; nos dimos cuenta, y nunca hubo entre nosotros alguien que las tratara mal por eso. Había un entendimiento.

Es muy distinto hacer algo por propia voluntad que hacerlo ante el padecimiento de un dolor físico extremo. Sé lo que es la tortura y es imposible no hablar bajo esas circunstancias, por eso no hago ningún juicio de valor. Sé que prácticamente todo el que estuvo sometido a los apremios algo tuvo que decir. Hay mitos instalados, como que Loro Matías nunca habló, pero en la ficha de Alfonso que se encontró en Colonia Dignidad aparecían reproducidos extractos de un interrogatorio que le hicieron a Loro Matías y algunas cosas que él había comentado sobre Alfonso. Pero eso para mí eso no significa nada, valoro el arrojo y la valentía de él y de todos los que estuvimos presos, porque era inaguantable.

En el caso de la Flaca también hubo responsabilidades partidarias. Es sabido que ella fue detenida una vez (antes de que cayéramos Alfonso y yo), y que en esa ocasión ella le pidió al MIR que la dejara salir del país, porque no iba a resistir si la volvían a torturar. El partido no se lo permitió, entonces hubo ahí un error en no saber entender, en no prevenir.

A los que yo no he perdonado es a los agentes de la DINA, a los que, en concreto, nos detuvieron a Alfonso y a mí. Yo la mayoría de las veces estoy bien, pero hay otras en que siento rabia y odiosidad. Me parece que no es posible que ellos hayan hecho lo que quisieran con nuestra vida; que nos hayan dañado tanto e influido de tal manera en nuestros destinos, y que todavía sigan imponiendo su mentira. Yo tengo un vínculo que es de por vida con Miguel Krasnoff, Marcelo

Moren, Basclay Zapata, Osvaldo Romo y Gerardo Godoy. Lo mío es una guerra personal contra ellos y yo —simplemente— los persigo, los busco de todas las formas posibles y los enfrento. Esto va a durar mientras estemos vivos.

Cada vez que me careo con ellos, yo me paro con la fuerza que me da el estar con la verdad. Y ellos saben, fehacientemente, que no miento ni un ápice en lo que digo, mientras que ellos están mandatados para mentir y solo tratar de salvarse. Yo vivo en la verdad, ellos no.

Las entrevistas a Erika Hennings se las realicé durante una semana de mediados de 2013, en la casa-museo Londres 38, donde hace años ella ha sido presidenta. Además de haber abierto causas en los tribunales chilenos por la desaparición de su marido, ella también es parte del juicio que actualmente existe en Francia por la desaparición de Alfonso Chanfreau durante la dictadura.

La vehemencia y la duda

Roberto Moreno Burgos

(Santiago, 1938)

Habían pasado cinco años de la llegada de Fidel Castro al poder cuando me fui a vivir a Cuba. Llegué a trabajar al Ministerio de Comercio, a una unidad que estudiaba la aplicación de métodos matemáticos en la planificación del país. Me instalé en La Habana y me interesé mucho por ese tema, pero a la vez quise conocer los fundamentos teóricos de la Revolución y en mi tiempo libre me dediqué a leer a Marx, a Engels y a Lenin, para empezar. En Cuba leí lo que no había leído en mi vida.

Meses antes de llegar a La Habana, en Chile, yo estaba sin trabajo. Había egresado de Ingeniería Comercial y, pese a haber repartido currículum por todas partes, no había logrado emplearme. Y lo necesitaba, porque a los 25 años ya estaba casado y tenía tres hijos.

De niño fui buen alumno en el colegio. Con el puntaje que obtuve en el bachillerato pude elegir estudiar cualquiera de las ingenierías, pero opté por comercial porque unos amigos mayores me la recomendaron como una carrera nueva que tendría buen mercado.

Mi padre era obrero. Yo pude estudiar en la universidad gracias a que mi hermano mayor, Mario, entró a jugar a Colo-Colo y empezó a ganar plata. Él era

futbolista de primer nivel, lo llamaban «el Superclase». Desde chico siempre fui conocido como «el hermano de Mario»; él era muy popular en el barrio y en el Liceo Amunátegui, donde estudiábamos. Mario era de izquierda, él formó el primer sindicato de futbolistas y peleó mucho por los derechos laborales de su gremio.

Mi padre, en cambio, hasta que murió, votó siempre y sistemáticamente por los candidatos de la derecha. Era un hombre trabajador, de grandes valores, muy honesto y de derecha. Mi madre también lo fue, aunque ella nunca habló de política.

Me educaron en la religión católica, me bautizaron e hice la primera comunión. Mi madre nos obligaba a ir a misa, pero ella nunca lo hacía. Como a los 17 años me di cuenta de que no creía en Dios, que cuando escuchaba hablar al cura, nada de lo que decía me llegaba. Pero cuando me casé, lo hice por la iglesia.

Mi adolescencia fue como la de un chico cualquiera: fútbol, fiestas y pololas. Fue en segundo año de universidad recién cuando me empezó a interesar la política; en la Escuela de Economía se daba harto la discusión y me llegó mucho la clase de un profesor de sociología que nos hablaba sobre las problemáticas de la pobreza. Junto con eso se dio que empecé a trabajar haciendo encuestas en zonas muy deprimidas de Santiago y vi una realidad de escasez que hasta entonces yo no conocía.

Entré a militar en la Juventud Comunista (la Jota) y me promovieron bastante, pese a haber sabido poco de política; de hecho, en ese momento no había leído casi nada. Pero ingresé al partido y me convertí en miembro de la dirección de estudiantes. Luego, cuando yo estaba en el último año de carrera, me ofrecieron postularme a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, pero yo no acepté. Estaba peligrando en varios ramos y no iba a arriesgarme a atrasar mi egreso de la universidad.

Además, la postura del Partido Comunista ya no me interpretaba del todo. Yo pensaba que era necesario un cambio radical en el sistema y los comunistas estaban por las elecciones y la vía pacífica al socialismo. Yo había estado observando la llegada de la Revolución cubana al poder y me parecía que la única posibilidad de cambio era tomarse el poder.

En 1964, cuando llegué a vivir a Cuba, eran los primeros años del Régimen y el sistema era más abierto. Existían cuatro diarios de las cuatro fuerzas que participaron en la Revolución. Esos periódicos expresaban líneas editoriales distintas y generaban cierto grado de discusión aunque toda del mismo lado y al final de todo siempre estaba la figura de Fidel Castro. Pero era menos cerrada, la isla tenía una relación incipiente con la Unión Soviética y aún no estaba tomada por el Partido Comunista cubano.

En La Habana me hice amigo de otro chileno que también trabajaba en el Ministerio de Comercio. Un día fuimos a pedir formalmente ante una autoridad que nos inscribieran para recibir instrucción militar compleja, de esa que sirve para integrar una guerrilla. Nos dijeron que no, así es que nos metimos a las milicias, que era instrucción militar elemental y en donde lo único que enseñaban era a disparar con unos fusiles viejos de la Primera Guerra Mundial.

Después de pasar dos años y medio en Cuba, volví a Chile, encontré trabajo como profesor en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile en Temuco. Me fui a esa ciudad con mi familia. Un día llegó a verme Juan Saavedra Gorriateguy (Patula), que sabía que yo había estado en Cuba, y me preguntó en qué andaba, políticamente hablando. Le expliqué que no militaba en ningún partido, pero que estaba explorando opciones y que no creía que la política tradicional pudiera llevarnos a ninguna parte. Patula me pasó un documento y me dijo: «Léelo y después conversamos».

Era la tesis político-militar del MIR que Miguel Enríquez elaboró y presentó al asumir como secretario general del partido, en 1967. Hablaba de crear una fuerza popular que permitiera luchar por el poder, ganarlo, y construir el socialismo. Los mecanismos irían más allá que los tradicionales de la política; contemplaba las expropiaciones, las tomas y otras acciones directas, como los robos a bancos para proveerse de financiamiento. Decía que llegado a cierto punto, se contaría con apoyo internacional en lo político, económico y, por supuesto, en lo militar.

Ese planteamiento me representó bastante y decidí entrar a militar en el MIR.

Aunque el partido llevaba solo un par de años de existencia, Miguel Enríquez y el resto del secretariado general tenían relativa popularidad, pero a mí no me atrajo la figura de esos personajes sino las ideas que representaban. A los pocos meses de estar militando, se hizo un congreso del partido en Concepción y ahí estuve por primera vez con los líderes, eran todos entre cuatro y seis años menores que yo.

Miguel era un jefe indiscutido, carismático y con un liderazgo natural pese a no ser buen orador. Tenía que leer los discursos. A primera vista no me cayó bien, lo encontré petulante, pero con el tiempo lo conocí y vi que esa pedantería era más bien timidez. Después nos hicimos amigos, lo que no significó que no peleáramos (y mucho). Miguel tenía demasiado carácter, pero también mucho sentido del humor, era bueno para reírse.

En el secretariado, a Miguel lo acompañaban Luciano Cruz, que era un tipo simpático, cálido e inteligente; y Bautista van Schouwen, que también era culto e inteligente, tenía una personalidad calmada y de verlo se notaba lo buena persona que era. Los dos eran muy buenos hablando en asambleas, no tenían que leer.

Ellos tres eran los principales en el MIR.

En ese congreso conversé con gente, en su mayoría estudiantes universitarios y me sentí cómodo. Se trataron varios temas y se informó que harían un cambio organizacional: de Concepción al sur el MIR tendría una jefatura aparte. Me ofrecieron hacerme cargo de esa zona, principalmente campesina.

Me empecé a involucrar mucho en el partido, viajaba para hablar con la gente y recoger sus inquietudes. El MIR buscaba llegar a distintos sectores de la sociedad chilena con propuestas específicas para grupos determinados, hechas en base a su historia y a su realidad.

En Temuco, por ejemplo, vimos que los mapuche vivían en las llamadas reducciones que el Estado les había concedido por el fin de la Guerra de Arauco. Ellos explotaban su tierra para la subsistencia, para comer, y no con fines comerciales. Esto era criticado por los terratenientes, y en general por harta gente que los calificaba de flojos por no tener espíritu ganancial. Había un discurso que imperaba en Chile en cuanto a la propiedad de la tierra y su uso. Por esos años se estaba llevando a cabo la reforma agraria, que buscaba modernizar el negocio del campo y, en el fondo, expandir el capitalismo en el agro.

Las reducciones estaban situadas entre propiedades de empresarios agrícolas y los mapuche alegaban que estos les corrían las delimitaciones, les mermaban su propiedad, cuyos deslindes ellos conocían con precisión geológica. Hasta ese momento, la respuesta de los mapuche era solo institucional: ponían una denuncia en el Instituto Indígena, pedían mapas con los trazados y se iban con eso a los tribunales. La Justicia pocas veces les daba la razón y cuando ganaban, los empresarios les ofrecían plata y ellos solían aceptarla como una manera de no perder tanto, porque sentían que —a la larga— la tierra se la quitarían igual, pero no quedaban conformes.

Cuando llegamos con el MIR a esa zona, tras analizar la situación, les ofrecimos a los mapuche ayudarlos a recuperar lo perdido sin meternos con el uso que ellos daban a sus tierras. Les planteamos hacer acciones directas —como las llamábamos—, que eran justo lo contrario a esperar sentado que el Estado resolviera algo.

Pedimos que trajeran los mapas del Instituto Indígena para correr los cercos de vuelta exactamente a sus límites originales. A los mapuche les pareció que esto era legal e irreprochable. Menos entusiasmo les provocó saber que cuando hiciéramos las corridas contaríamos con un cuadro militar para intervenir en caso de que fuera necesario. Pero eso no era real, porque no se contaba con las armas necesarias. Les explicamos que en el MIR los jefes no estaban sentados en una oficina mandando a otros a hacer las cosas; les dije que yo estaría entre ellos en las corridas, al igual como Miguel, Bautista y Luciano hacían ellos mismos los asaltos a los bancos. En el MIR los jefes arriesgaban su propio pellejo.

Teníamos esa manera de vivir la política, la gente iba porque sabía que nosotros también estaríamos. Los mapuche se dejaron convencer y empezamos. Cuando caía la noche, un grupo salía y quitaba las estacas, otro las reubicaba y luego enlazábamos alambres de púas, mientras —en una lomita— el supuesto grupo militar vigilaba, armado con un par de escopetas, palos y piedras por si venía una contraofensiva. Cada vez que íbamos a hacer una de estas acciones a mí me costaba mucho dormir, sabía que al día siguiente iba a estar en primera línea y que los terratenientes podían responder con armas. Mi preocupación nunca fue porque pudiera morir un mapuche, lo que yo sentía era un miedo profundo ante la posibilidad de mi propia muerte.

Organizamos corridas solo en los fundos grandes, a los pequeños y medianos agricultores no los tocamos aun cuando varios de ellos también habían usurpado tierras a los mapuche. La idea era dividir a la clase dominante. Mao Zedong en su forma más pura. Esto nos dio resultados en varias partes, como en Cautín, en donde los fundos chicos no se vieron afectados, pero sí los grandes. Hubo otras

zonas, como en Chillán, donde se actuó sobre todo tipo de tierras y se dieron tomas y retomas, una serie de pugnas entre minifundistas y miristas.

Llevábamos varias recuperaciones hechas cuando unos funcionarios de la Corporación de la Reforma Agraria (Cora) me pidieron transmitirle a los mapuche que se les ofrecía un salario mensual a cambio de que hicieran plantaciones de frutillas. Ellos vivían en condiciones muy precarias y yo se los planteé como una forma de generar ingresos. Varios se enojaron conmigo y me dijeron que no les interesaba vivir de esa forma. Pero hubo otros que aceptaron la oferta. Esto ocurría mientras el demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva estaba en el poder.

En el MIR todo lo escribíamos, contábamos con un montón de documentos sobre nuestras tesis, discusiones y lineamientos, pero el trabajo en las zonas rurales era inminentemente oral. Se hacía casi todo hablando con la gente. Había interés y buen trabajo político y no fue complicado que los campesinos hicieran suyos conceptos como la expansión del capitalismo sobre la agricultura. En un lapso corto el MIR creció en ese mundo.

Con el paso del tiempo, los mapuche maduraron la conciencia y vieron como algo posible y legítimo tomarse fundos completos para recuperar tierras que ancestralmente les habían pertenecido.

Por aquella época a la directiva nacional se le ocurrió ir a recorrer zonas rurales vestida de uniforme de combate, con botas y una cantidad de tonterías más. Los trotskos —casi todos de Santiago— creyeron que en el partido estaban organizando una guerrilla y decidieron largarse. En 1968 se fueron en masa del MIR y dejaron la mitad del comité central vacío y la directiva llamó a los secretarios regionales y a otros dirigentes a llenar esos cupos. Así pasé a formar parte del comité central, que integraban entre 45 y 50 miembros.

Llegué a esa instancia junto con el hermano de Miguel, Edgardo Enríquez (Pollo), Andrés Pascal Allende (Pituto), Nelson Gutiérrez y Arturo Villabela, entre otros. Toda esta gente era muy valiosa. Arturo era serio pero cercano en el trabajo con la gente, metódico, tenía capacidad de discriminar y saber para dónde iba la cosa. Edgardo era culto, inteligente, de pensamiento profundo.

Una vez al mes, el comité central se juntaba en Santiago. Las reuniones partían con un análisis de la situación política nacional e internacional, después la directiva presentaba sus propios temas de interés, se veía la línea de acción que tomaríamos y se abría el debate. Con nuestro ingreso al comité tras la salida de los trotskistas, las propuestas eran sometidas a un análisis más exhaustivo, a veces le ganábamos discusiones al secretariado.

Debido a esa contestación que se estaba dando, al poco tiempo a Miguel se le ocurrió crear una instancia que estuviera sobre el comité central. Así nació la comisión política del MIR, y Miguel pidió que estuviera integrada por la directiva nacional más Arturo Villabela, Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez, su hermano Edgardo y yo. Nelson y Edgardo eran muy argumentativos y buenos en el debate, entonces, lo que —en el fondo— hizo Miguel fue cooptar a los que podíamos enriquecer sus propuestas antes de exponerlas en el comité central.

Junto con pedirme pasar a la comisión política, Miguel me pidió profesionalizarme, es decir, que dejara mi trabajo en la universidad y también la jefatura de la zona sur del MIR. El partido empezó a pagarme un sueldo equivalente. Eso también me exigía trasladarme a vivir a Santiago y me vine ya entonces con mi segunda esposa y nuestros hijos en común. Junto con Nelson Gutiérrez y su mujer arrendamos una casa en Vitacura, cerca del anfiteatro Lo Castillo. Para el entorno figuramos como unos profesionales jóvenes que salían a trabajar todas las mañanas y volvían por la noche. Nos montábamos esa vida porque necesitábamos tener cierta protección; teníamos una empleada en la casa y compartíamos un Austin Mini, aunque al poco tiempo tuvimos un auto para cada uno.

Todas las mañanas íbamos a una oficina que tenía el partido, leíamos la prensa y hacíamos análisis de la situación del país según las informaciones que recibíamos. Preparábamos discursos, organizábamos los actos. En lo específico, yo además estaba a cargo de la comisión nacional campesina del partido, la guiaba para que se cumpliera la línea fijada.

La estructura del MIR iba creciendo porque se incrementaban sus adherentes. Por eso se crearon cuerpos intermedios que, en lo formal, no pertenecían al partido, como el Movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR) o el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), que fueron levantados para ser una fachada en caso de que el MIR fuera ilegalizado, como de hecho ocurrió en junio de 1969 luego de que en Concepción un grupo secuestrara por unas horas a un periodista que denostaba al MIR.

A esos grupos no podrían perseguirlos, no pertenecían al partido, aunque en los hechos sí; eran organizaciones muy numerosas, pero sus integrantes no se perdían, sabían que era el MIR quien les daba las directrices. El MCR, que era uno de esos grupos, quedó a mi cargo.

Además, durante todo el gobierno de Frei Montalva, el MIR había estado desarrollando acciones directas, como tomas de terrenos y asaltos de bancos y supermercados, porque queríamos mostrar que había otras formas de actuar en política por fuera de los cauces electorales.

Pero al iniciarse la campaña presidencial de 1970, el candidato Salvador Allende nos convocó a una reunión y nos pidió detener esas actividades, especialmente los asaltos a bancos. Miguel aceptó bajo el entendido de que esas acciones se estaban utilizando para ensuciar la imagen de Allende y que si este perdía la elección la derrota sería atribuida al MIR.

Le planteamos a Allende, eso sí, que el partido se financiaba con los asaltos y que no podíamos quedarnos sin recursos. Él se puso con plata.

El MIR siempre tuvo gente adinerada que le daba recursos; nos pasaban casas, autos. El primer vehículo que tuvo el partido fue donado por un médico. En ese tiempo Cuba no nos pasaba plata, recién empezó a hacerlo en octubre de 1970, después de que asesinaran al comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, y de que el MIR formara el Grupo de Amigos Personales (GAP) de Allende para resguardar su seguridad.

Las platas grandes siempre las manejó Miguel con Humberto Sotomayor (Tito); las menores, que se conseguían a nivel regional, se administraban en cada zona. Nunca supimos de compañeros que usaran platas para beneficio personal, habría sido inaceptable, totalmente antirrevolucionario. Y si eso ocurrió, nunca nos enteramos.

Durante la campaña de Allende, el MIR estaba por no participar de las elecciones; lo nuestro era andar otro camino, no enredarse en lo legal, porque la derecha tenía los medios para impedir que la izquierda llegara al poder, al poder total. Pero ese no fue un tema que nos quitara el sueño, de hecho, faltando poco para las elecciones, el MIR dejó en libertad de acción a sus militantes, que votara el que quisiera. Yo no lo hice y según comentaron los dirigentes nacionales, ellos tampoco.

Allende ganó la elección y toda la comisión política fue invitada a La Habana para tener una conversación con Fidel Castro. Pasamos varios días encerrados en una casa del barrio El Vedado esperando que apareciera, hasta que un día llegó. Empezó a meternos su idea sobre el rol que le cabía al MIR tras el triunfo de Allende: que debíamos desarrollar fuerzas para ser la alternativa de recambio, la que saliera a la palestra una vez que ocurriera el golpe de Estado inminente de la derecha. Fidel nos aseguró que, llegado ese momento, íbamos a contar con armas.

Pero las únicas armas que recibimos de Cuba fueron unas que nos llegaron a los pocos días de regresar de ese viaje a La Habana; a través de su embajada, Fidel nos envió a cada uno de los participantes del encuentro una subametralladora UZI y una pistola Browning con sus respectivas municiones. Nunca envió nada más que eso.

A mediados de agosto de 1971, Luciano Cruz había andado un par de días desaparecido; él estaba a cargo de las tareas de inteligencia en el partido. Una tarde me encontraba de turno en el teléfono del partido y recibí un llamado de Antonio Llorca: me dijo que había ocurrido «lo peor». Antonio Llorca y René Valenzuela trabajaban con Luciano y, extrañados por no tener noticias de él en un par de días, entraron a su departamento y lo encontraron muerto. Me tocó dar la noticia al resto. Miguel se fue hasta el lugar e intentó reanimarlo, pero Luciano no tenía signos vitales. El informe de autopsia estableció que la muerte fue por inhalación de monóxido de carbono de una estufa a gas que había en su departamento. El funeral fue muy masivo, mucha gente salió a la calle a despedirlo.

Por ese mismo tiempo, Miguel invitó a Max Marambio para que expusiera en el comité central. Max no era dirigente, pero sí un cuadro importante, su padre era un diputado socialista y varias veces lo había llevado a Cuba. Fidel Castro le tenía simpatía.

En la reunión Max nos presentó una tesis que venía trabajando, según la cual la derecha —sí o sí— buscaría derrocar a Allende. De acuerdo a eso, y para cuando ese momento llegara, el MIR debía tener preparada una guerrilla.

Entonces el MIR tenía un aparato encargado de tareas militares que dirigía Arturo Villabela, pero aún no existía la Fuerza Central (o «la Efe», como se llamó más tarde a ese grupo).

El partido tenía diseñada una estrategia para crear una fuerza social que pudiera hacer frente al inminente Golpe que iba a venir, pero para llevarla a cabo necesitábamos del apoyo de Allende y de los partidos de la Unidad Popular, a quienes nunca logramos convencerlos. Allende nunca quiso darnos armas ni dejó que nos las dieran; a Fidel Castro se lo prohibió. Los miristas cada tanto viajábamos a Cuba para pedírselas, pero se negaba sistemáticamente: «El compañero Allende no quiere», decía.

Durante la Unidad Popular tuvimos una relación compleja con el Gobierno, le dimos «apoyo crítico», como lo llamábamos. El MIR compartía gran parte del programa del Gobierno, pero teníamos diferencias en lo táctico. Nosotros no creíamos en la vía institucional y emprendíamos acciones que iban por otro cauce.

Dentro de la comisión política, Arturo Villabela estaba a cargo de las tareas militares, que incluían los asaltos y otras acciones por el estilo. Hernán Aguiló (Nancho) desarrollaba un trabajo de inteligencia al interior de las Fuerzas Armadas; marinos y militares, principalmente. Buscaba uniformados adeptos y saber con quiénes se podría contar para defender al Gobierno ante un posible golpe de Estado. Recuerdo que pegábamos afiches en las calles con la consigna: «Soldado, no tomes las armas». Esta acción nos mantuvo en una discusión permanente con Allende, porque él decía que «por ningún motivo» debíamos hacer política con las Fuerzas Armadas, que había que dejarlas aparte.

Allende operaba con absoluta ingenuidad —«lealtad», la llamaba— al no procurarse un alto mando que le fuera proclive. Hablaba del espíritu cívico y todas esas cosas en las que creía.

A decir verdad, nosotros teníamos una visión muy extremista, encontrábamos malo todo lo que hacía el Gobierno. Frente a la política económica estimábamos

una estupidez que el Ejecutivo se preocupara de la inflación mientras había una derecha aliada con la Democracia Cristiana, saboteando cualquier propuesta en el Congreso. A Allende lo tenían sin plata, sin fondos, era evidente que estaban generando las condiciones para un golpe de Estado, entonces ¿qué sentido tenía preocuparse de la inflación?

Por eso, para el MIR lo importante era acelerar los cambios sociales; expropiar más empresas, hacer la mayor cantidad de reivindicaciones posibles antes de que llegara el Golpe. Pero el propósito no era echar leña al fuego sino acumular fuerza política y social para que, llegado el momento, la gente sintiera que había algo que defender. El análisis nunca fue que revertiríamos el Golpe porque sabíamos que sería victorioso, pero aspirábamos a hacer una resistencia fuerte que generara condiciones anímicas en la gente lo que más tarde nos permitiría instalar una política militar, incluyendo una guerrilla en el campo, para arremeter.

Durante el gobierno de la Unidad Popular pusimos nuestro grano de arena en la agudización del conflicto social, contribuimos a empeorar el clima, pero a veces también nos sentamos a negociar. El MIR no era el provocador del enfrentamiento que había con la derecha; de hecho, lo que más complicaba al Gobierno eran sus propias medidas, como la política expropiatoria. El Partido Comunista se tomó las industrias textiles para lograr eso que llamaban «el área social de la economía», que era parte del programa de Allende porque los partidos de la Unidad Popular así lo quisieron, no por el MIR, más allá de que nosotros también estuviéramos de acuerdo en ello.

En el país había un problema político instalado, pero el Gobierno seguía creciendo en respaldo. Allende llegó al poder en septiembre de 1970 con 33% de la votación y en la elección municipal de abril del año siguiente, la Unidad Popular alcanzó el 50% de las adhesiones. Luego, en la parlamentaria de marzo de 1973, la izquierda obtuvo casi el 45% de los votos. La mitad del país estaba respaldando al Gobierno; era un apoyo que lo legitimaba, pero de todos modos la situación se iba deteriorando cada vez más.

Durante todo el periodo de la Unidad Popular tuvimos la certeza de que el golpe de Estado venía y nos acuartelamos en infinidad de ocasiones. Pero justo no fue el caso de la mañana del 29 de junio de 1973, cuando una columna de tanques del Ejército llegó al centro de Santiago a rodear La Moneda.

Esa mañana, al enterarnos del Tanquetazo, intentamos comunicarnos para disponer las fuerzas, las escasas fuerzas que teníamos: unos fusiles y un par de lanzacohetes. Era armamento muy precario, que además estaba repartido y escondido en barretines en distintas partes; se trataba de armas que nos habíamos llevado a la mala cuando el Partido Socialista quedó a cargo el GAP y el MIR se retiró. (Allende tenía una pelea interminable con nosotros para que se las devolviéramos).

Por eso fue difícil reaccionar ante el Tanquetazo. En cuanto a recursos humanos, el MIR tenía entre 300 y 400 personas con instrucción militar en Cuba. Sabían de todo y, si hubiesen tenido las armas al momento de la escaramuza, posiblemente hubiésemos dado una pelea buena, pero buena, buena. Al menos les habríamos incendiado varios vehículos y muerto a mucha de su gente. Pero no alcanzamos a hacer nada.

Con el Tanquetazo se nos hizo patente que al Gobierno se le estaba acabando el tiempo y que nosotros teníamos varias falencias. Arturo Villabela, como jefe militar, había hecho sus cálculos y esperaba que los cubanos nos hicieran llegar el armamento que les habíamos solicitado antes del Golpe. Solo con eso podíamos ejecutar el plan de levantar una resistencia. El esquema era contar con gente capaz de usar —con ventaja— fusiles AK-47 y lanzacohetes RPG7. Tendríamos cuatro o cinco grupos en Santiago; lo mismo en Valparaíso, en Concepción y en la zona de la cordillera del sur, y cuando viniera el Golpe, nuestra fuerza actuaría a todo dar y luego se replegaría. La resistencia no iba a terminar ahí, sino que se empezaría a desarrollar lo que llamamos «una guerra larga y prolongada», como lo habían hecho otros países en América Latina. Sabíamos que no iba a ser posible derrotar a los golpistas; lo que pensábamos era

hacer una resistencia que rompiera con el mito de que el Ejército era invencible. Teníamos todo organizado, pero el esquema se veía improbable, cada vez más, porque el tiempo transcurría y nosotros seguíamos sin recibir armas.

A pesar de lo complejo de la situación que vivíamos, en mi rutina diaria yo seguía haciendo lo que consideraba que había que hacer. Viajaba frecuentemente al sur para tener establecidos los canales y saber con qué contábamos allá. Recuerdo que uno de esos viajes los hice con Max Marambio; llevábamos explosivos, detonadores y otros materiales para entregarle a la gente. Fuimos en un auto que le había pasado la secretaria de Allende, Miria Contreras (Paya). Max era buen tipo y muy divertido, manejaba a toda velocidad. Nosotros andábamos con las pistolas Browning que nos había mandado Fidel Castro de regalo y en el camino parábamos para que Max hiciera puntería a unos patos.

En las reuniones que tuvimos en el sur apreciamos que había cierto cuestionamiento en la gente, ellos tenían la sensación de que no íbamos a ninguna parte. De hecho, nos manifestaron desazón por la línea de acción que teníamos trazada.

La mañana del 11 de septiembre de 1973 salí temprano para ir a dejar a mi mujer a su trabajo; ella era enfermera en una fábrica electrónica en Vicuña Mackenna. La estaba dejando cuando nos enteramos que había golpe de Estado. Ambos teníamos acordado que frente a esa circunstancia ella se resguardaría y se haría cargo de los niños. Yo andaría mi camino. Ella sabía con quien estaba casada y no iba a pretender que me quedara a su lado ni mucho menos.

Para esa mañana teníamos programada una reunión de la comisión política y me fui al lugar donde nos juntábamos: era una casa grande que nos prestaba una familia acomodada en la comuna de San Miguel. De a pocos fuimos llegando todos a ese lugar y empezamos a intentar comunicarnos para citar a los miembros del comité central y, obviamente, a lo que más nos dedicamos fue a tratar de contactarnos con Allende. Cuando se puso al teléfono nos dijo: «Hagan

lo que tengan que hacer». Le informamos que iríamos a rescatarlo y él se negó, nos aseguró que no se movería de La Moneda. Nos comunicamos con los otros partidos de izquierda y acordamos una reunión en la fábrica Indumet, que era donde los socialistas tenían reunida a su gente con armas. Partimos hacia allá en un auto Miguel Enríquez, Tito Sotomayor y yo. Nos recibieron el socialista Rolando Calderón y el comunista Orlando Millas. Intentamos hablar sobre qué hacer, pero no avanzamos mucho. Quedamos de volver a juntarnos dos horas más tarde.

Nos devolvimos a la casa en San Miguel y, mientras ahí seguían llegando dirigentes, recuerdo que vi a Dagoberto Pérez y al entonces jefe de la recientemente creada Fuerza Central, Mario Méndez (Juancho), entre varios otros. Pensamos en reunir las pocas armas que teníamos escondidas de nuestro paso por el GAP, mientras Andrés Pascal y Arturo Villabela se fueron a la embajada de Cuba a tratar de que les entregaran las armas que Fidel Castro había prometido darnos «cuando llegara el momento». Un guardia los atendió desde el otro lado de la reja, le explicaron a lo que iban, pero él les informó que nada había para ellos. El tipo, como los conocía, les pasó las dos pistolas que tenía.

Ya a esa hora no era nada fácil moverse por Santiago; Andrés y Arturo volvieron con bastante desazón por la respuesta de la embajada. Al rato, Miguel les pidió que lo acompañaran para volver a Indumet a juntarse con los socialistas y el aparato militar que tenían reunido en ese lugar. Pero una vez en la fábrica, se produjo un asalto de Carabineros y hubo un enfrentamiento donde murió un compañero mirista que —entiendo— se les había sumado en el camino. Miguel pidió a Arturo y Andrés que lo parapetaran para huir; pudo salir y corrió mucho para llegar de vuelta a la casa donde estábamos y poder informarnos de la situación. Recuerdo que lo vi llegar pálido, estaba exhausto. Miguel era el típico intelectual que no hacía deporte, no tenía condición física.

En ese momento y en esa casa en San Miguel nuestro tema era cómo organizar una resistencia con lo que teníamos. Previo al Golpe habíamos hecho innumerables esfuerzos por coordinarnos con los socialistas, el Movimiento de

Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana. Ese día se intentó levantar un ataque contra los que rodeaban La Moneda, pero sin armas no era posible; además, a esa hora las calles del centro de Santiago estaban llenas de militares. Y Miguel insistía en que había que ir a buscar a Allende.

Estábamos todos en ese lugar cuando oímos el discurso de Allende por la radio. Seguimos la línea que él marcó: dijo que no había que sacrificarse en vano y eso fue lo que transmitimos a los militantes en todo el país, les ordenamos que no salieran a las calles y que se hiciera un repliegue ordenado. Teníamos a la gente contactada, pero no podíamos irnos a las fábricas ni a las poblaciones como mandaba el plan original, no sin antes entregarles armas.

A los tres o cuatro días del Golpe empezó a saberse de mucha gente de izquierda que estaba buscando asilo en las embajadas para salir del país. Frente a esa situación, el MIR marcó una diferencia con el resto de los partidos y ordenó que ningún mirista debía abandonar Chile, o perdería su militancia. Así se acuñó la consigna «el MIR no se asila». Esa decisión la tomó Miguel solo, sin consultarla con la comisión política, pero yo estuve de acuerdo cuando la oí, porque para la gente iba a ser desmoralizante ver que los dirigentes empezaban a resguardarse a sí mismos.

A pesar de que el partido dio esa orden, hubo un grupo importante de miristas, entre 200 y 300, que se fueron del país comprándose un pasaje o asilándose en recintos diplomáticos. Max Marambio, por ejemplo, se metió en la embajada cubana y se fue para allá.

A los que permanecimos en Chile, no nos cabía en la cabeza hacer otra cosa más que una resistencia; era un deber intentarlo y si era posible o no, para nosotros no era parte del problema. Ninguna fuerza de izquierda estuvo en la idea de seguir dentro del país y de luchar por la vía armada contra la dictadura. El MIR sentía que la violencia del Golpe legitimaba todo tipo de acciones.

Los días que siguieron fueron complicados. Evidentemente, yo no podía volver a mi casa de Vitacura, y lo mismo ocurría con el resto de los dirigentes y militantes. Previo al 11 de septiembre, Tito Sotomayor había elaborado un plan y tenía una casa de seguridad para que —llegado el momento de pasar a la clandestinidad— los dirigentes tuvieran un lugar. Pero en cuanto los militares se tomaron el poder, ese sitio fue allanado. Como ocurrió de manera muy temprana y no comprendimos cómo era posible, empezamos a sospechar que podía tratarse de una infiltración.

Por ahí surgió la poco genial idea de refugiarnos en las casas de los extranjeros que conocíamos y que el Golpe los había pillado en Santiago. Se trataba de miembros de otros grupos revolucionarios de América Latina; eran tupamaros uruguayos, argentinos del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y otros grupos de la guerrilla brasileña.

Como ellos no eran ningunos santitos tampoco, pronto nos dimos cuenta de que también estaban siendo buscados y que no era factible irse donde ellos.

Nos quedamos sin lugar y cada uno tuvo que buscar qué hacer, dónde pasar cada noche. Yo me fui unos días donde mi hermano Mario y luego me cambié donde otro pariente.

Yo había leído mucho sobre la tortura, sobre lo que había pasado en Brasil, y tenía claro que era horrorosa. Tenía miedo, muchísimo miedo por lo que me podían hacer y eso me paralizaba un poco, pero como no quedaba otra que sobreponerse, todas las mañanas metía una plancha en una bolsa y partía al centro simulando que la llevaba a arreglar. Salía especialmente a dar vueltas por los lugares en que sabía que me podía encontrar con gente del partido. Pasaba los días mirando, esperando para reconectarme. Yo había intentado cambiar un poco mi apariencia, me había cortado harto el pelo y me ponía traje y corbata,

que no era la ropa que usábamos los miristas. En todo caso, no había logrado verme muy diferente; de hecho, una vez me crucé con Faride Zerán y ella me reconoció al tiro. En esos paseos sin destino casualmente también me crucé en dos ocaciones con Miguel Enríquez, una arriba de una micro y la otra, de auto a auto. Aquellas fueron las últimas veces que lo vi.

En uno de esos paseos por el centro de Santiago, finalmente me topé con alguien y pude mandarle un recado a Miguel para que me conectara. Recibí respuesta después de un par de semanas, creo que fue a comienzos de octubre que un miembro del comité central, Luis Retamal (el Reta), se comunicó conmigo y me dijo que ya se habían dado las condiciones para empezar a trabajar de nuevo. También me dijo que había una casa en una parcela de La Reina donde podía irme a vivir.

Empecé a trabajar de nuevo para el partido; la labor que me asignaron fue cambiar de regiones a los dirigentes para que, en ciudades donde ellos no eran conocidos, pudieran armarse una vida como fachada y más tarde empezar a desarrollar la resistencia armada al Régimen, sumergidos en cierto anonimato. Si los militantes tenían que estar clandestinos o sumergidos no podían buscarse un trabajo y la idea era que lo hicieran, si no, el MIR les daba recursos para que pudieran mantenerse mientras hacían un curso o algo que les permitiera reinventarse una vida.

En el MIR plata nunca nos faltó, en parte porque después del Golpe los tupamaros y el PRT de Mario Santucho nos dieron recursos. Ellos secuestraban personas y luego cobraban por el rescate y de ahí nos pasaban. Había solidaridad entre la izquierda latinoamericana y esta se daba bajo la Junta de Coordinación Revolucionaria hasta 1976 más o menos. Soy malo con las fechas.

Con mi trabajo de reconectar y reubicar personas tuve información de primera fuente respecto de cómo estaba la militancia y, conforme pasaron los días, me fui enterando de que estábamos teniendo demaciadas pérdidas. A partir del Golpe

habían muerto muchos compañeros; por ejemplo, en Valdivia, fusilaron a 12 compañeros por un asalto —que creo que ni se cometió— a un cuartel en la zona precordillerana de Neltume. A mediados de diciembre de 1973 supimos de la detención de Bautista van Schouwen, que estaba refugiado en la casa de un cura que al parecer lo delató, y nunca más se volvió a saber de él. Y así siguieron muchos más.

Estuve unos meses viviendo en la parcela que me facilitó el partido en la calle Simón Bolívar; yo estaba en una de las dos casas que tenía ese sitio, que —hasta antes del Golpe— había sido un lugar destinado al almacenamiento de combustible. En esa parcela había unos depósitos enormes donde se guardaba bencina. Es que, si íbamos a hacer la revolución, íbamos a necesitar tener cómo movilizarnos.

Casi todas las mañanas, el Reta me pasaba a buscar en un Fiat blanco y nos desplazábamos por Santiago según el programa de puntos de contacto que teníamos. Trabajábamos todo el día juntos y al final de la tarde él me iba a dejar de vuelta.

El Reta vivía en Pedro de Valdivia con Bilbao, en un departamento que compartía con nuestra enlace. Ella era una mujer bonita, rubia y bien llamativa, que nos conectaba con Miguel a través de su enlace.

Un día de marzo de 1974, salimos con el Reta en la mañana y llevamos el Fiat al taller mecánico porque tenía un problema. En la noche volvimos a la parcela en otro auto que nos habíamos conseguido, un Volvo azul. Veníamos haciendo la payasada de siempre: el Reta iba de chofer y yo sentado atrás como todo un señor. Cuando nos acercábamos, vi que dos chicos que vivían en otra casa de la parcela venían caminando en sentido contrario al nuestro con una cara extraña. Le dije al Reta que siguiera de largo, pero no me oyó y dobló para entrar. De inmediato me di cuenta de que estábamos en una ratonera. Los chicos —supe después— habían salido para avisarnos que un grupo de agentes estaba en el

lugar, pero no pudieron hacerlo porque no reconocieron el auto.

«Identifíquense», fue lo primero que nos dijeron al bajarnos.

Yo les di el nombre que tenía el carnet de identidad falso que andaba trayendo y que les mostré, pero el Reta —que andaba con su carné real— dijo su nombre (Luis Retamal). Luego los agentes fueron a preguntar nuestros nombres a los vecinos y ellos dijeron nuestras chapas: la mía coincidió pero no la del Reta. Ante esa inconsistencia, a ambos nos subieron en una especie de camioneta y nos llevaron a la Academia de Guerra Aérea (AGA), que quedaba cerca, también en La Reina.

Llegamos al lugar y nos separaron; después de un rato, a la sala donde yo estaba llegaron tres o cuatro tipos y uno me dijo que habían comprobado que mi carné era fulero:

«Diga cuál es su nombre real y su ocupación», me ordenaron.

Yo tenía claro que lo que se venía era la tortura. Me mantuve un tiempo en silencio intentando pensar qué decir; si insistía en que era el del carné falso, me iban a empezar a dar duro solo para que reconociera y corría el riesgo de quebrarme. Decidí no enfrentarme a ellos, me demoré un poco y luego les dije:

«Soy Roberto Moreno Burgos y era el encargado campesino del MIR en el sur».

«¿Qué hacía ahí?», me contrapreguntaron, y yo les aseguré que hasta antes del

Golpe me dedicaba a reclutar campesinos en el sur, pero que después del Golpe había quedado desconectado y sin trabajo y que estaba en Santiago esperando saber del partido.

Antes de caer detenidos, Miguel nos había hecho llegar un papel con una indicación escrita que advertía que —en caso de ser detenidos— no había que decir nada, ni una sola palabra, «resistir hasta morir» fue lo que puso exactamente. Pero nosotros sabíamos que eso era una completa ridiculez, que era imposible. Con el Reta habíamos acordado que, si nos detenían, intentaríamos ganar tiempo para que los puntos de contacto que íbamos a tener en los días siguientes pudieran darse cuenta de nuestra ausencia, huir, etcétera. Eso lo habíamos aprendido de los tupamaros: lo importante era aguantar lo más posible para dar tiempo a los compañeros.

En la sala de interrogatorio comencé a pensar cómo iba a hacer para resistir. Intenté construirme un esquema en la cabeza con todo lo que era importante y que bajo ningún punto de vista podía entregar; eso era el contacto que llevaba hasta Miguel, tampoco la plata ni las armas. Porque en ese tiempo ya teníamos armas. Resulta que después del Golpe los socialistas se comunicaron con el MIR y nos llenaron de AK-47 que les habían pasado los cubanos con anterioridad al Golpe. Los socialistas se las ofrecieron a Miguel y este las recibió; fue el único que estuvo dispuesto. ¿Con qué sentido? Yo no lo sé, porque nunca llegamos a hablarlo. Hubiese sido estupendo contar con ellas unos tres meses antes del Golpe, porque algo habríamos podido hacer, pero a esas alturas para nosotros era solo una complicación tenerlas y más aún, esconderlas.

Mientras estaba en las sesiones de tortura, yo lo único que hacía era pensar en cómo zafar de esa situación sin cagarla. Me mantuve todo el tiempo diciendo que yo era del sur y que como encargado campesino me tocaba integrar la comisión política, pero como trabajábamos con información compartimentada, no conocía a nadie en Santiago y me encontraba desconectado de la dirigencia.

Por suerte para mí, los agentes eran del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile (SIFA) y en ese momento tenían la colaboración de un socialista que conocía a la izquierda chilena, sabía quién era yo hasta antes del Golpe y les confirmó mi versión. Ese tipo no sabía que a esas alturas yo estaba a cargo de la reorganización del partido.

Ese socialista —que fue perdonado por su partido y yo opté por olvidar su nombre— estuvo presente en varios interrogatorios y me decía, haciéndose el buena gente:

«Pero ¿cómo no les vas a dar nada? Entrégales algo para que te dejen tranquilo».

Era evidente que buscaban que metiera la pata, que diera una señal de que tenía información para luego aumentar la presión y pedir más. Al principio las sesiones de tortura me parecían terribles; era por lejos la situación más extrema que había vivido. Yo intentaba pensar en el Che Guevara y gente que había pasado por eso, luego buscaba fuerzas pensando en la gente que yo quería, como mis hijos y mi hermano Mario, a quienes no podía defraudar haciendo algo de lo que después pudieran avergonzarse. No podía cagarla, entonces yo les decía pequeñas cosas para calmarlos, pero sin entregar personas, la plata ni las armas que yo manejaba.

Cada día era lo mismo: me sacaban de la pieza, me colgaban pilucho de un palo, me ponían electricidad, me pegaban y me preguntaban quién era mi contacto, si tenía armas y dónde estaba la plata. Me decían que a ellos no les interesaba saber de las bases, que querían a la dirigencia.

En esa situación, lo que me ayudaba a guiarme era pensar en qué era lo que correspondía hacer, en cuál tenía que ser mi comportamiento para no dejarme llevar por lo que estaba sintiendo físicamente. El deber ser era lo que me

permitía seguir adelante.

La tortura era fuerte pero no me hacían reventar, y de repente pude reconocer que había cierta dinámica en las sesiones, que era cosa de evadirse lo más posible y resistir, porque al final siempre llegaba un momento en que todo terminaba y que me llevaban de vuelta a la pieza.

Uno de esos días, en el baño, me di cuenta de que habían tomado a otros dirigentes. Me encontré con Miguel Cabrera (Paine) y lo único que atiné a decirle fue:

«Yo no fui, hueón, yo no he cagado a nadie. Parece que fue el Reta el que se quebró».

Para mí era tremendamente importante aclararle que yo había resistido y pensé que, si habían tomado a más gente y yo no había hablado, la única posibilidad era que el Reta lo hubiese hecho. Eso me dio bastante angustia, porque imaginé que, si le habían dado tan duro como para hacerlo hablar, era posible que no se detuvieran conmigo hasta conseguir quebrarme. Y como yo no estaba dispuesto a correr ese riesgo, decidí que lo mejor sería morir. Cerca de un mes antes de que nos tomaran, Miguel nos había hecho llegar un sobrecito con cianuro y lo andábamos trayendo siempre en el bolsillo de la camisa. Cuando nos detuvieron, me quitaron los cigarros y el encendedor, pero ese sobrecito flaco y pequeñito permaneció en el bolsillo. El asunto es que un día me tomé el polvo y me puse a esperar. Aparte de unos espasmos en la guata y un dolor de cabeza enorme, no me pasó nada.

Siguieron pasando los días en el AGA y continuaron llegando compañeros. No supe cómo caímos nosotros, pero sí supe luego lo que pasó después de nuestra detención: el Reta resistió toda la noche las torturas para dar tiempo a que la

compañera con que él vivía notara su ausencia y se fuera del departamento con las armas, la plata y la información, como era lo acordado.

El Reta resistió y recién a la mañana entregó su dirección. El problema fue que la compañera no abandonó el departamento porque una vez, antes, el Reta se quedó a pasar la noche fuera, no le avisó y ella con gran esfuerzo había salido en la madrugada, con estado de sitio y cargando armas, plata y bultos. La noche que nos detuvieron, ella creyó que se trataba del mismo asunto; al otro día salió temprano y cuando llegaron los agentes a allanar el departamento encontraron de todo. Lo peor fue que dieron con el calendario que tenía anotados los días y horas de los puntos de contacto de las próximas semanas.

Los agentes fueron acudiendo a las citas y lograron detener a varios compañeros. Así fue como llegaron cuadros muy importantes del MIR al AGA, entre ellos Arturo Villabela, encargado militar del partido, y Miguel Cabrera, el miembro de la comisión política que yo me había encontrado en el baño.

El AGA era una academia de instrucción y a nosotros nos tenían en unas habitaciones grandes que de seguro deben haber sido salas. En mi pieza había seis camarotes; dormíamos 12 personas que yo no sabía muy bien quiénes eran porque estábamos siempre con los ojos vendados y esposados al catre.

La comida en un comienzo fue bastante buena, buenísima, porque nos daban lo que preparaba el casino de esa institución. Eso me generó la idea de que en sus planes no estaba matarnos… Era raro que nos estuvieran alimentando tan bien para luego eliminarnos.

Pero eso cambió a medida que fueron llegando más presos; la calidad empeoró considerablemente, pero igual nos llevaban unas bandejas con comida. Empezó a ocurrir también que algunos guardias nos dejaban quitarnos la venda de los ojos

para comer y nosotros aprovechábamos de mirarnos y cruzar algunas palabras antes de que nos hicieran callar.

Nuestra rutina consistía en un desayuno, un almuerzo y una comida. El régimen era bien estricto, no existían salidas al patio, ni se podía leer. Lo único que se podía hacer era pensar.

Los guardias que nos custodiaban eran más jóvenes que nosotros y de seguro ellos se aburrían mucho de estar haciendo nada, parados junto a la puerta. Al principio llegaban muy rígidos, pero con el pasar de las horas se iban ablandando un poco, por eso los rotaban bastante.

Los presos estábamos en una situación deplorable, muy pocas veces nos dejaron bañarnos. Pero es curioso cómo de una u otra manera uno se va habituando y a pesar de todo en ocasiones se hacían bromas. Una vez, en medio del silencio de la habitación, se oyeron a lo lejos unas campanadas y unos de los presos preguntó: «Guardia, ¿se puede ir a misa?», y se escucharon carcajadas hasta del vigilante.

En otra ocasión, uno de los detenidos preguntó: «¿Qué día es?». «Domingo», le respondió el guardia, y el compañero le dijo «ahora entiendo por qué estoy tan aburrido».

Pasaron entre tres y cuatro meses de mi detención —lo sé porque ya era invierno — y un día me sacaron de la pieza como siempre, con los ojos cubiertos y esposado. Pero en vez de llevarme a la sala de tortura, terminé en la oficina de un tipo que era jefe del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea en el AGA, el coronel Edgardo Ceballos. Me había mandado a buscar porque quería hablar conmigo.

Muy serio, pero de buen modo, me explicó que era política de su servicio informar a los familiares de los detenidos para evitar que luego nos hicieran desaparecer. No explicó si era para que no se les pasara la mano con la tortura, porque antes de marzo de 1974 hubo varias personas murieron mientras estuvieron en el AGA.

Ceballos me ofreció comunicarme con mi familia y yo pedí llamar a mi hermano Mario. Hablé con él y le dije que estaba bien; qué más le podía decir, no lo iba a atormentar.

A los días me autorizaron la visita de mi esposa. Ella estuvo yendo durante un tiempo a verme, pero un día no llegó y en su lugar apareció una amiga. Al verla yo me asusté, y más cuando me empezó a contar que la DINA había tomado detenida a mi mujer, pero no por mí sino por un cuñado de ella que también era mirista. El relato siguió en que los tipos se dieron cuenta de que solo había un vínculo familiar entre ellos y la soltaron. Su amiga me explicó que después de eso, ella había partido a vivir a Bremen, Alemania, con nuestros hijos. La noticia me dio alivio, obviamente.

La DINA estaba actuando por separado de la Fuerza Aérea.

Por esos mismos días Ceballos me volvió a llamar a su oficina; esta vez fue para decirme que el Servicio de Inteligencia no tenía nada en contra el MIR ni el Partido Socialista, que su problema era con el Partido Comunista. Eso recuerdo que me extrañó, porque era público y sabido que los únicos que nunca habían estado por la lucha armada fueron precisamente los comunistas. Con el tiempo pensé que posiblemente vieron que poner el foco sobre ellos les permitía encajar mejor el discurso del «cáncer marxista» que propagaba el Gobierno.

Ceballos me explicó que su grupo estaba buscando contactarse con la dirigencia del MIR, sobre todo con Miguel, porque la Fuerza Aérea quería que los miristas les entregaran las armas que tenían y a cambio permitirles salir del país sin correr riesgo; si el MIR aceptaba, no se iba a perseguir ni tomar detenido a ningún miembro más.

«¿Qué te parece esta propuesta?», me preguntó el coronel.

«Me parece que jamás la van a aceptar», le contesté.

«¿Pero tú estarías dispuesto a hacérsela llegar a la dirigencia?», me contrapreguntó, y yo le dije que podía transmitirla, pero le adelantaba que no la iban a aceptar.

«Ya, pero yo no te estoy preguntando eso. Si estás de acuerdo en transmitirla, hagamos una carta y se la hacemos llegar a Miguel Enríquez», propuso.

En paralelo, Ceballos estaba sosteniendo esta misma conversación con Arturo Villabela, que también estaba preso debido al calendario con los puntos de contacto que habían encontrado en el departamento del Reta.

Supe que cuando llegaron los agentes para pillar a Arturo, él se enfrentó y le dieron dos balazos en el estómago. Gracias a eso pasó grave cinco días en el hospital y, como no pudieron interrogarlo hasta que se recuperó, hubo tiempo para que se activaran todos los dispositivos de seguridad que tenía el partido y no cayó más gente.

La carta se hizo para hacérsela llegar a Miguel. En un comienzo, Ceballos planteó que debíamos firmarla todos los del comité central que estábamos presos en el AGA, además de Arturo y yo, que éramos de la comisión política. Pero yo me negué, porque no sabía quiénes más estaban en ese lugar y si los que estaban habían reconocido ser del comité central.

Por suerte Arturo también se negó a meter más gente al baile y Ceballos finalmente accedió a que solo nosotros firmáramos la carta. Yo la redacté según lo que habíamos hablado, no me extendí en ningún detalle, solo decía la propuesta que tenía la Fuerza Aérea para el MIR. Y a Arturo —que por suerte era muy intuitivo y práctico— se le ocurrió que también pusiéramos que, desde ya, nosotros adelantábamos nuestro categórico desacuerdo. Y así la escribí. Pero cuando Ceballos la vio, se molestó mucho y dijo que así no podía salir, pero como para nosotros era irrelevante enviarla, le dijimos que entonces no mandáramos la carta. El tipo se retractó y aceptó que saliera como estaba.

Durante esos días, en varias ocasiones me llevaron con los ojos vendados a unas salas donde había gente, supongo que autoridades militares, porque me sentaban y me pedían que les dijera de qué se trataba la propuesta, que diera mi opinión sobre ella, que les dijera qué respuesta se podía esperar de Miguel. Frente a esas preguntas siempre señalé estar en desacuerdo y que Miguel también lo estaría.

Finalmente, la carta se mandó en junio de 1974. A los días, con el rostro descubierto me llevaron a una oficina en donde estaba Laura Allende, hermana de Salvador Allende y madre de Andrés Pascal, y el entonces obispo de Linares, Carlos Camus; Arturo también estaba sentado ahí. Me tuvieron poco rato, me preguntaron cómo estaba y poco más. Creo que se trataba solo de demostrarles que yo —uno de los firmantes de la carta— existía.

Pasaron cerca de dos meses hasta que un día entró Ceballos indignado a mi habitación y me tiró un papel encima. Se trataba de una fotografía grande tomada a la carta pública por la que Miguel respondía a la Fuerza Aérea, en la

que, básicamente, los mandaba a buena parte: decía que el ofrecimiento de Ceballos era una rendición que buscaba la derrota política del MIR y —de paso— posicionar mejor a la Fuerza Aérea en la Junta de Gobierno en desmedro de la DINA, que dirigía Manuel Contreras. Miguel, en esa respuesta, destacaba que Arturo y yo habíamos manifestado nuestro desacuerdo, pero al interior del partido, entiendo que él hizo saber que creía que nosotros sí queríamos la negociación para lograr nuestra libertad. Miguel no entendió nada.

La oferta de Ceballos de dejar salir del país a nuestros dirigentes no era atractiva ni significativa, porque nosotros sabíamos que el MIR podía sacar a quien quisiera de Chile. Con menor o mayor esfuerzo, pero podíamos hacerlo y estaba comprobado, porque meses antes de que Ceballos hiciera su propuesta, habíamos hecho salir hacia Argentina a Edgardo Enríquez, hermano de Miguel, cuyo rostro era conocido públicamente. Y si no hicimos salir a más gente fue porque estaba instaurada la orden de que el MIR no se iba a asilar; es decir, porque no tuvimos la capacidad de entender que era necesario resguardar a nuestra gente. Eso no pudimos verlo.

Tras el episodio de la respuesta de Miguel, todo siguió igual en el AGA. El trato no empeoró, el régimen siguió siendo el mismo: hacer nada durante todo el día. Pasó un mes y en octubre de 1974 se produjo la muerte de Miguel. Alguien lo entregó, alguien dio su dirección y un grupo enorme de agentes de la DINA llegó a buscarlo; fueron específicamente a la casa donde él vivía clandestino junto a su pareja, Carmen Castillo, que estaba embarazada.

El día que se dejaron caer también estaban Tito Sotomayor y José Bordaz; se presentaron decenas de agentes en el frontis de la casa y —según supe— fue Miguel el que abrió la balacera y el resto de los compañeros, también Carmen, se pusieron a dispararles y desde afuera respondieron. Carmen cayó herida. Los otros tres intentaron huir por una pandereta trasera; José saltó, y cuando Tito iba a hacerlo, vio que a Miguel le había llegado un balazo y Tito —que era médico— se devolvió para chequear su estado. Creyó que estaba muerto, porque estaba inmóvil, así es que también se fue. Pero Miguel no estaba muerto y cuando

recuperó la conciencia trató de salir por la pandereta y lo mataron mientras iba huyendo. Emprender la retirada es algo que existe en la actividad militar, no la inventó Miguel, y en ese momento el deber que él tenía era retirarse porque era el jefe máximo del MIR, es decir, el cuadro más importante para el partido. Eso es algo que todos teníamos y tenemos claro. Carmen, que también era mirista y muy comprometida, lo instó a irse, jamás iba a decirle una cosa telenovelesca del tipo «no me abandones ahora», eso no era algo que estuviera contemplado en nuestra forma de actuar.

Más tarde, a Tito el partido lo enjuició por haber dejado a Miguel herido. Desde el Golpe, Miguel había estado bastante solo y con la única persona que se hacía acompañar e iba para todas partes era con Tito. Ellos dos se tenían gran afecto.

Al morir Miguel, Andrés Pascal asumió como secretario general del partido.

Recuerdo que, a pesar de todas las muertes que íbamos sabiendo, yo seguía convencido de que el MIR tenía que armar una resistencia contra la dictadura. Es posible que el encierro no me permitiera ver que afuera nuestra gente estaba sufriendo mucho, tenían cada vez más temor y lo único que querían era salir de Chile.

Un día de marzo de 1975, 11 o 12 prisioneros fuimos llevados a una sala donde ya se encontraban nuestros abogados y creo que cinco militares vestidos con uniforme. En ese momento nos informaron que era nuestra primera comparecencia ante el Consejo de Guerra que nos iba a enjuiciar. Mi defensor era Jaime Castillo Velasco (tío de Carmen Castillo).

Recuerdo que no hubo mucha introducción, solo nos preguntaron algunas cosas respecto del MIR y los objetivos que buscaba nuestro partido. Yo simplemente les respondí con todo lo que era de conocimiento público, y en cuanto

terminaron con la ronda de preguntas, nos mandaron de vuelta a nuestras habitaciones.

Pasaron pocos días de eso y nos avisaron que seríamos trasladados a la Penitenciaría de Santiago, que estaríamos ahí hasta que el Consejo de Guerra emitiera su dictamen.

En un jeep nos llevaron a varios a la cárcel. Entrar ahí fue casi como recuperar la libertad, me produjo una felicidad máxima poder vivir bajo un régimen carcelario común, donde ya no estaba con los ojos tapados ni esposado y podía ir al baño sin tener que pedir que me llevaran. Una vez al día se salía al patio, yo jugaba fútbol, podía comprar el diario y leer todo lo que quisiera. Incluso había un cine al que los presos comunes iban poco y nosotros —los políticos— empezábamos a influir a los gendarmes sobre qué películas pasar. Además, me dieron una celda entera para mí solo y me puse a estudiar inglés.

Con los reos comunes nos relacionábamos de buena forma; ellos no se metían con nosotros porque nos tenían mucho respeto, sabían que los miristas éramos pistoleros y que asaltábamos bancos.

En la Penitenciaría recibíamos visitas y nos mantenían informados de lo que estaba pasando afuera; también quincenalmente nos hacían llegar El Rebelde, que era el diario del MIR. Bajo ese régimen penitenciario también era posible hablar con la gente, y el contacto con otros compañeros me permitió saber cómo había sido que caí preso en la parcela de La Reina: tras el golpe de Estado, la casa de Simón Bolívar había sido deshabilitada por el MIR y me la asignaron bajo el supuesto de que estaba «limpia». Pero un mirista que colaboraba con los agentes de Inteligencia de la Fuerza Aérea, Leonardo Schneider (Barba), dio esa dirección porque la conocía desde antes del Golpe y dijo que posiblemente algún mirista podría estar ahí. Por eso habían llegado a buscar sin nombres específicos.

Estando en prisión, en diciembre de 1975 supe que agentes de la DINA habían asaltado la parcela en Malloco donde vivían Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez y Dagoberto Pérez. Es decir, lograron llegar donde estaba toda la dirigencia nacional del MIR de ese momento, con excepción de Nancho Aguiló, que era otro de los principales. Era un golpe fuerte; en el asalto hubo tiros de ambas partes y murió Dagoberto, pero Nelson y Andrés lograron huir junto a sus respectivas parejas. Los cuatro corrieron hasta la carretera y con las armas que llevaban hicieron detener un auto, bajaron a sus ocupantes y se fueron a proteger en dos sedes diplomáticas: Nelson a la Nunciatura y Andrés a la embajada de Costa Rica. Ese hecho molestó mucho a Edgardo Enríquez, que se encontraba en una misión en el exterior, le parecía inaceptable que altos dirigentes del partido se asilaran, contraviniendo una orden de su hermano fallecido. Quiso expulsarlos del partido.

Miguel había muerto dejando vigentes dos definiciones: una era que el MIR no se asilaba y la segunda era que debíamos seguir con la política de la resistencia popular, que fue el último de nuestros errores. Él murió y nos dejó atados con eso. Pero lo que había ocurrido con Andrés y Nelson comenzó a relativizar las cosas, especialmente lo alusivo a poder salir de Chile sin ser expulsados del partido.

Meses más tarde, en marzo o quizás abril de 1976, Arturo Villabela, Mario Méndez, Ricardo Ruz y varios otros miristas fuimos trasladados de prisión, pasamos a la Cárcel Pública. Y en ese lugar estábamos incluso mejor, porque teníamos un módulo especial para nosotros, con televisor, y la luz podíamos tenerla encendida hasta más tarde. Pero no estuve mucho tiempo ahí porque pronto el Consejo de Guerra me condenó a 10 años de prisión —a Arturo le dieron 12— y casi paralelamente se dictó un decreto que nos permitía conmutar pena por extrañamiento. La única condición que había era tener una visa de un país de destino.

A través de Nancho Aguiló, que era el jefe del MIR en Chile, le mandamos a pedir autorización para salir del país a Andrés Pascal, que era el secretario

general en el exterior y que en ese momento se encontraba viviendo en La Habana porque en Costa Rica la DINA había intentado matarlo. Pero la respuesta no llegó ni a favor ni en contra, así es que asumimos que el silencio concedía.

En Bremen se encontraban viviendo mi primera mujer, Sonia, y también la segunda, Anita, quien ya no estaba conmigo, sino que vivía con un alemán. Ambas, que eran madres de hijos míos, se organizaron y me consiguieron asilo en esa ciudad. En marzo de 1977, después de estar tres años preso, llegué allá. La Universidad de Bremen me dio una beca como profesor, aunque no podía hacer clases porque no sabía el idioma.

Irse a Cuba habría sido fácil, porque estaba prácticamente toda la dirección del MIR, pero resultaba más interesante lo que se podía hacer en los países del norte, ya que en Europa había muchos miristas y estaban trabajando para concitar rechazo internacional a la dictadura chilena.

Estuve unos meses en Bremen y luego me fui a vivir a Berlín. Nunca me interesó vivir en la República Democrática Alemana (RDA) ni en ninguno de los países de la órbita soviética: ¿qué sentido tenía irse a un país con limitaciones a la libertad y donde había que pedir permiso para entrar y salir? A diferencia de los comunistas chilenos, que eran estalinistas, en el MIR éramos críticos del socialismo burocrático de la Unión Soviética, que tenía un partido único, sin libertades y con culto a la personalidad. Nosotros, que éramos leninistas, creíamos en imponer la dictadura del proletariado, pero luego esa conducción fuerte tenía que ceder espacio para la discusión sobre el sistema y también sobre cómo perfeccionarlo.

A comienzos de 1978 el partido me pidió irme a vivir a Madrid. Me encomendó la tarea de buscar miristas dispuestos a regresar clandestinos a Chile, porque según la información que entregaba desde el interior Nancho Aguiló, el MIR aún tenía cierta presencia en el país y, si se lo fortalecía, sería posible organizar

acciones violentas o militares para contestar a la dictadura. En base a eso, la dirección, encabezada por Andrés Pascal y Nelson Gutiérrez, elaboró el llamado Plan Retorno del MIR a Chile.

Yo estaba totalmente convencido de que debíamos volver a Chile; tenía exceso de ganas, creencia moral, subjetividad y convencimiento. Todo eso, menos información objetiva sobre la situación del partido para saber si lo que planeábamos era realmente posible de hacer. Todo lo que nos llegaba respecto de lo que ocurría era a través de Nancho Aguiló.

Esta idea del Plan Retorno ya estaba en marcha cuando Arturo Villabela salió en libertad y en la conmutación de su pena llegó también a Cuba. Él recuperó e incluyó en el plan esa idea original que buscaba el MIR de vincularse con frentes de masas, todo bajo una estructura político-militar.

Desde mi nueva ubicación en España yo me trasladaba con facilidad a distintas ciudades europeas para contactar miristas y sostener reuniones con posibles candidatos y candidatas que quisieran volver a Chile clandestinos. A los que habían perdido su militancia por salir del país, les ofrecía devolvérselas y les explicaba que —de estar de acuerdo— debían pasar por un curso militar en La Habana, evidentemente con todo pagado.

Enganchaban fácilmente aquellos que no tenían hijos, pero a los que tenían les parecía más complicado. De algunos de ellos surgió la idea de buscar un lugar donde dejar bien resguardados a los niños y así poder irse a luchar a Chile. A mí no se me ocurrió, pero yo viajé a La Habana a transmitir que necesitábamos apoyo del Gobierno cubano para construir una especie de hogar colectivo donde unos padres guardadores, que fueran compañeras y compañeros, pudieran hacerse cargo.

Consulté a los cubanos si era posible que el Gobierno se pusiera con las casas y la subsistencia, y que el MIR estaría en la administración de eso. No pedíamos un trato especial para los niños chilenos, irían a los mismos colegios que los cubanos.

Recuerdo que me miraron con una cara bastante rara; yo les concedí que la propuesta era loca, pero les comenté que las más convencidas con la idea eran las propias compañeras que estaban en Europa.

Los cubanos aceptaron y el secretariado europeo del MIR hizo la selección de los que partirían a lo que se conoció como Proyecto Hogares. Los cubanos nos entregaron departamentos en el edificio D22, en el barrio de Alamar, a cuatro cuadras del llamado Edificio de los Chilenos, que era otro que desde el Golpe albergaba a viudas e hijos de miristas, principalmente.

El Partido Comunista de Cuba nos aportó bastante dinero y, teniendo ya a la gente disponible, a fines de los setenta empezamos a desarrollar la Operación Retorno del MIR. Fueron cerca de 300, la mayoría procedente de Europa y los menos, de América Latina. Desde París el jefe de información y logística del partido, René Valenzuela, consiguió los pasajes y los pasaportes falsos.

En el MIR siempre trabajamos la información compartimentada; era parte de nuestra naturaleza, y por eso yo mucho más tarde me enteré de que en paralelo con el plan de retorno Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez y Fidel Castro habían planeado levantar una columna guerrillera en el sur de Chile y que para este segundo objetivo se habían reclutado cerca de 30 personas. Ellos habían tenido una instrucción militar aparte, mucho más exigente que los que estaban bajo el otro plan, lógicamente. Estos compañeros entraron más tarde a Chile y se internaron en la cordillera de Valdivia, en Neltume; el jefe de esta operación fue Miguel Cabrera (Paine).

El retorno se empezó a producir pero de manera muy dramática, porque los organismos de seguridad de la dictadura daban con mucha facilidad con los compañeros que venían recién entrando. Incluso, en ocasiones había agentes que se presentaban a la hora y en los lugares donde se había planeado hacer una acción, y eso hizo que entre nosotros se levantara la sospecha de que estábamos infiltrados.

Una posibilidad era que estuviera actuando el exdirector de la DINA, Manuel Contreras, porque cuando ese aparato se cerró en 1977, él y su gente se llevaron toda la información que tenían. También existía la idea de que Contreras seguía manejando agentes, porque aun después del cierre de la DINA se reunía directamente con el general Pinochet y le ofrecía ayuda. De esta forma, Contreras seguía manejando una cuota de poder dentro del poder.

La sospecha de infiltración se nos agudizó más en julio de 1980, cuando por error el MIR mató al director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, Roger Vergara. El plan que se había hecho al interior del secretariado del MIR era para eliminar a un agente de la DINA, no recuerdo cuál, pero sí uno que había sido muy activo en la represión contra el MIR.

En ese tiempo yo era miembro del comité central y no supe que esa operación estaba en curso, ni yo ni ninguno de los que éramos miembros de esa instancia, porque ese tipo de asuntos delicados se manejaban solo arriba y con discreción total. Las operaciones militares como esas estaban a cargo de Nancho Aguiló.

El error se produjo por la información que le llegó al encargado de establecer la rutina del objetivo: Alguien le entregó los lugares y horarios en que, se suponía, el sujeto se movía. Segun eso se cometió el atentado y recién por la prensa los miristas nos enteramos de que se había matado al director de la Escuela de Inteligencia y no al exagente DINA.

En cualquier caso, la acción hizo subir por las nubes el prestigio del MIR en el exterior, porque se celebraba que en Chile un grupo de la resistencia fuera capaz de hacer una operación de tal magnitud.

Pero al interior del partido se investigó para saber cómo había llegado ese dato; también era extraño el error, porque se entendía que quienes estaban involucrados en la operación conocían el rostro del sujeto no solo por fotos sino también porque el agente había torturado y detenido a varios.

Lo único que se logró establecer fue que al compañero encargado de elaborar la rutina le llegó la información a través de un primo y a este se lo había dicho un tercero, etcétera.

Pero esa muerte por equivocación nos dio más fundamentos para pensar que el que había interferido era el exdirector de la DINA, porque supimos que mantenía algún tipo de rencilla con Roger Vergara.

Casi un año más tarde, a mediados de 1981, el MIR sufrió un golpe importante: un despliegue militar llegó a Neltume, al campamento donde se habían instalado los compañeros que querían instaurar una fuerza de guerrilla. Estaban en un lugar recóndito y un contingente de militares apareció allí y en un par de días terminaron matándolos a todos, incluso al jefe del grupo, Miguel Cabrera.

Por esos días el ambiente en el partido estaba devastado por las pérdidas de compañeros, pero de todos modos se siguieron haciendo acciones puntuales, como explosiones en torres de electricidad. Además, entre fines de los setenta y principios de los ochenta Andrés Pascal entró a Chile y continuamos también con los asaltos a los bancos y —como antes— él mismo formaba parte de esas acciones. El MIR necesitaba cubrir gastos y desde la Unión Soviética siempre se habló de que había que proveerse de los recursos para hacer operaciones; así se

hizo en Angola y varios otros países, como en Cuba, donde gente del aparato estatal se involucró con el paso de drogas hacia Estados Unidos para financiarse. Cuando años más tarde Estados Unidos lo detectó y amenazó con una intervención sobre la isla, Cuba decidió dejarse caer con rigor —para dar una muestra significativa— y ordenó el fusilamiento de dos figuras de la revolución, Arnaldo Ochoa y Tony de la Guarda, como responsables del hecho.

El MIR buscó detectar dónde podía estar ocurriendo la infiltración. Planeó dentro de un pequeño grupo hacer otro atentado a otro militar y sin confusión alguna. Sabiendo perfectamente bien de quién se trataba, se decidió liquidar al intendente de Santiago, el general Carol Urzúa, que en ese momento era responsable de la seguridad y, por ende, de la represión que había en las manifestaciones que ya habían empezado a darse en las calles de la capital.

No formé parte de este plan; solo me enteré más tarde, pero supe que la tarea se la encomendaron a cinco compañeros, sobre los que caía la sospecha de que pudieran estar infiltrando al partido. Se le dio curso con el objetivo de observar; si la operación se abortaba al momento de su ejecución porque se echaba a perder un auto o alguna cosa por el estilo, eso iba a ser indicio de que alguno de esos cinco compañeros había pasado el dato a Manuel Contreras o a algún organismo de seguridad del Régimen. Con este plan la idea era aislar a los elementos sospechosos para revelar dónde estaba el problema. A eso se le llama operación de contrainteligencia.

En agosto de 1983, el MIR mató efectivamente a Carol Urzúa, y si ese hecho disipó las dudas de la infiltración, no fue por mucho tiempo. En respuesta a la muerte del intendente de Santiago, los aparatos de seguridad respondieron con contundencia, se dejaron caer sobre las dos casas de seguridad que tenía el MIR: una en la calle Fuenteovejuna, en Las Condes, y la otra en Janequeo, en Quinta Normal. En esos asaltos los agentes de la CNI mataron a cinco miristas, entre ellos a Arturo Villabela, Lucía Vergara y Hugo Ratier. Que la CNI pudiera dar en pocos días con esos dos lugares nos demostró palmariamente que manejaban información sobre nosotros.

Yo ya no tenía ningún interés en volver al país, porque era claro que al que entraba se lo piteaban. Me quedé afuera.

A fines de 1983 en Chile había mucha discusión y la gente estaba cada vez más activa participando en las protestas callejeras; a esas alturas, el MIR estaba prácticamente en el suelo, aislado, reducido y apegado a los sectores más atrasados políticamente hablando. Los dirigentes miristas que había en Chile solo estaban en lo de la lucha militar.

Nancho Aguiló y los miembros del comité central en Santiago llegaban a La Habana diciendo que el MIR contaba con gente y que estaban dadas las condiciones para seguir en el camino de la lucha armada. Aguiló y los otros engrupían. Él no podía reconocer que el partido no existía en Chile, porque si no, ¿de qué era jefe entonces?

Yo estuve muchas veces en políticas completamente erradas en el MIR, pero sin haber estado en dolo. Tenía exceso de ganas, como cuando vino el periodo después del Golpe y yo andaba todo el día con la obsesión de que teníamos que hacer resistencia armada. Pero a mediados de los ochenta, cuando pude conversar con jóvenes miristas, me di cuenta de que la militancia consistía en recibir El Rebelde, repartir propaganda contra el Régimen y juntarse a conversar. Nada más. Se me aclaró la película, vi que el MIR estaba básicamente destruido y nosotros seguíamos hablando de derrocar la dictadura y constituir un Gobierno popular, mientras la gente había hecho de las protestas su forma de lucha y el centro de la discusión estaba en la incipiente posibilidad de llamar a un plebiscito para que Pinochet dejara el poder.

El MIR perdió la capacidad de entender la realidad cuando vino el Golpe de Estado y se desintegró su dirección. A Miguel Enríquez se le fue desarmando el partido y no fue capaz de darse cuenta por dónde tenía que ir la cosa. Él siguió

definiendo solo, y solo no iba a ninguna parte, al igual que ninguno de nosotros podría haberlo hecho.

Durante el gobierno de Allende, el MIR creció y logramos influir, llegamos a sentarnos de igual a igual con los partidos de la izquierda tradicional; eso fue posible porque ocho o nueve personas observábamos todo el tiempo al país y discutíamos en profundidad. Pero cuando todo eso se acabó, nosotros deberíamos haber sabido proteger a nuestra gente y más tarde habernos olvidado del partido, que —además— estaba infiltrado. Debimos habernos ido por otro lado. Políticamente estuvimos equivocados, y militarmente fuimos derrotados.

Para este trabajo, Roberto Moreno me recibió en cuatro ocasiones en su casa en La Reina, donde vive junto a su tercera mujer.

La distancia

Alexandra Benado Vergara

(Estocolmo, 1976)

Mi historia de niña la tengo construida con imágenes que he sacado de fotos, cosas que me han contado y algunos retazos de mi propia memoria. Igual como supongo que le debe pasar a todo el mundo.

El primer recuerdo real es en Ciudad de Guatemala; estoy con mi abuela paterna, que me tiene tomada en brazos y le dice a mi hermano David, dos años mayor que yo, que se apure y baje por la escalera de nuestro edificio. Llegamos abajo y estaba la escoba en la calle, había un incendio en la carnicería que quedaba justo al lado y estaba lleno de gente por todos lados. La abuela me sentó sobre el capó de un auto y justo aparecieron los bomberos y nos pusimos a mirar y a esperar que todo pasara.

Mis dos papás eran miristas y cuando vino el golpe de estado ellos se asilaron en la embajada de Suecia porque la situación estaba brígida en Chile y mi hermano estaba recién nacido. Por eso, yo nací en Estocolmo en 1976; ahí vivimos todos hasta que cumplí dos años y mis papás decidieron irse a Cuba para recibir instrucción militar y poder formar parte de la Operación Retorno del MIR, que consistía en reclutar a miristas y a exmiristas que estaban en el extranjero para que entraran a Chile a combatir contra la dictadura.

Llegamos a La Habana y solo mi papá empezó a ir a los cursos de instrucción; pasaba prácticamente todo el día afuera y —según él me contó— mi mamá, Lucía Vergara, no se bancaba mucho eso de estar en la casa con las labores domésticas, era heavy de feminista. La Piti, como la llamaban, no estaba contenta con tener que quedarse cuidándonos, pero vivir en Cuba tampoco era nada de fácil. Nosotros llegamos al barrio Alta Habana, en el cuarto piso de un edificio que no tenía agua potable, y ella tenía que ir varias veces al día a buscarla y subir con baldes pesados. En todo caso, mi hermano iba al jardín, pero a mí no me admitieron porque tenía algunos problemas de salud.

Al tiempo, entiendo, a mi mamá también la llamaron para recibir instrucción militar y —luego— cuando ya estuvieron los dos preparados para «irse a pelear al frente», como le decían a volver a Chile, hicieron todos los trámites para dejarnos —a mi hermano David y a mí— en el Proyecto Hogares, que era un programa especialmente habilitado para dejar en Cuba a los hijos de miristas que retornaban; nos íbamos a quedar en unos departamentos junto con un montón de niños, a cargo de unos «padres sociales» que iban a cuidarnos.

Según me ha contado mi papá, cuando ya tenían todo listo para mandarnos al Proyecto tuvieron una reunión con Andrés Pascal Allende, en ese momento secretario general del MIR en Cuba, y él les recomendó que no nos dejaran ahí, que trataran de encontrar a una persona de confianza porque eso sería mucho mejor.

Mi papá llamó a su mamá, Fanny Medvinsky Bronfman, y le preguntó si podía hacerse cargo de nosotros: mi hermano tenía cinco años y yo casi tres. La abuela vivía en Ciudad de Guatemala, tenía 54 años y trabajaba a tiempo completo, pero a pesar de eso aceptó. Aperrada, la vieja.

Ella se fue a La Habana a buscarnos y pidió que le dieran formalmente nuestra tuición. Mi abuela tenía harto carácter, era bien chora. Sus padres habían sido unos inmigrantes judío-rusos que habían llegado a Chile. Ella me contaba que

quiso estudiar Medicina, pero su papá le dijo que esa era una carrera para hombres, así es que entró a Economía.

En la universidad conoció a David Benado, mi abuelo, que era un economista seco, trotskista. Estuvieron casados 14 años y tuvieron tres hijos; mi padre era el menor de ellos. Cuando mis abuelos se separaron, la abuela recién ahí empezó a trabajar. No le costó mucho encontrar pega: ella era una mujer muy inteligente y hablaba inglés, francés, hebreo y creo que también alemán, además de castellano.

El 11 de septiembre de 1973, cuando fue el golpe de Estado, la abuela estaba trabajando para la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en Santiago. Ella, al igual que mis papás, militaba en el MIR; entiendo que mi papá la metió y ella quedó a cargo de administrar algunas platas.

Después el Golpe, un día de 1974, un cabro mirista fue detenido y al parecer entregó el nombre de la abuela. Así, cinco milicos de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) llegaron a su departamento que quedaba en la calle Suecia con Bilbao. Los tipos no se la llevaron, sino que se instalaron ahí. Fue bien terrible, porque tuvo que estar secuestrada y conviviendo con ellos. La obligaban a contestar el teléfono y hablar como si nada pasara, de esa forma lograron detener a varias personas que llegaban al departamento de la abuela. Entiendo que la tuvieron cerca de dos semanas y ella intentó suicidarse en ese período.

Cuando la sacaron de ahí la llevaron a Villa Grimaldi, y como pasó a ser una «detenida oficial», la OIT pudo empezar a reclamar su libertad en calidad de funcionaria internacional. Con esas gestiones se consiguió que los milicos le concedieran la salida y se fue a vivir a Ginebra, Suiza.

La abuela me contó que durante el viaje iba preocupada, porque pensaba que la

OIT la iba a despedir o sancionar por haberse metido en política y no haber mantenido la supuesta neutralidad que le correspondía como funcionaria internacional.

Pero no la despidieron, le dieron una charla no más y la destinaron a Ciudad de Guatemala como secretaria del representante de la OIT en ese país. Dos años más tarde, ella se encontraba todavía en eso cuando mi papá la llamó para preguntarle si podía hacerse cargo de nosotros.

Con la abuela viajamos desde La Habana y en cuanto llegamos a Guatemala metió a mi hermano en un colegio y a mí me puso en un jardín. Yo estoy segura de que para nosotros fue una estabilización en nuestras vidas empezar a vivir con ella. La abuela era súper cariñosa, dormía conmigo y no recuerdo haber pasado una noche sola en mi cama o con miedo; siempre estuvo cerca, se tomó súper en serio nuestra crianza y lo hizo bien. Más que bien en realidad, porque ella supo ser mamá y papá y siempre nos decía que nosotros habíamos sido un renacer en su vida.

A partir del día del incendio es cuando comienzo a acumular montones de recuerdos e imágenes con la abuela en Guatemala. La veo a ella siempre conmigo en brazos y con mi hermano David de la mano: en el zoológico, en los juegos, en un local de comida rápida que se llamaba «El Pollo Campero», donde nos llevaba a almorzar los fines de semana. Fue bacán la abuela con nosotros.

Recuerdo que en Guatemala estabamos bien y toda esa vida a mí me encantaba, pero la situación del país era compleja porque eran los años de la guerra civil y de los Gobiernos militares. El día que a mi papá lo detuvieron en Chile, el hecho apareció como noticia en la portada en un diario guatemalteco. En un titular decía: «Detienen al extremista chileno José Miguel Benado».

Ahí se acabó la tranquilidad para nosotros, porque a la abuela la empezaron a seguir unas camionetas que se paraban afuera de la casa y la vigilaban de manera de que ella se diera cuenta de que lo hacían.

Ella era amiga de Olof Palme, ex primer ministro de Suecia, y según entiendo él le dijo que tenía que irse de Guatemala porque era peligroso para todos nosotros quedarse. Y como uno de sus hijos vivía en un suburbio llamado Gradignan, en Burdeos, Francia, ella decidió irse y allá llegamos a mediados de 1980.

Teníamos un departamento chico en un sector más bien popular. La abuela nos metió al tiro a un colegio que quedaba cerca y que tenía un modelo educativo Freinet, que es una educación basada en el cumplimiento de metas según la capacidad de cada niño. Nuestra integración fue bastante buena, empezamos a hacer amigos, principalmente franceses. La abuela siempre buscó la forma de que nosotros fuéramos niños lo más normales posible. Pocas veces nos llevó a eventos de la comunidad chilena, pero cuando íbamos, ella misma preparaba empanadas y las llevaba para compartir.

Todo el entorno era muy tranquilo y la abuela nos daba mucha libertad a David y a mí; el único requisito que ella ponía era que siempre anduviéramos juntos. En el colegio también éramos amigos de los hijos de unos chilenos de apellido Rojo, unos niños muy morochos que la inspectora del colegio discriminaba, era mala onda con ellos y nosotros los defendíamos porque éramos criados en los valores de la igualdad, la justicia y la solidaridad. Obviamente.

Al segundo o tercer año que estábamos en Gradignan, la abuela recibió una herencia de una tía que había muerto y con esa plata compró un departamento bonito y grande que, en todo caso, quedaba cerca del que teníamos.

De este segundo hogar en Francia es de donde guardo la mayor cantidad de

recuerdos de mi infancia; todos recuerdos bonitos, creo que fui muy feliz cuando chica y todo fue gracias a la abuela. Ella nos proveyó de un ambiente afectivo, y las carencias que debo haber tenido, ella las supo suplir y con creces. Me pasaron tan inadvertidas que yo recuerdo mi infancia como un momento feliz… claro que eso fue mientras era chica, porque después, con la adolescencia, vino la toma de conciencia y todo fue muy distinto.

Ni a David ni a mí la abuela nos hablaba demasiado de los papás, pero cuando lo hacía, era sin eufemismos. Por ejemplo, nos decía que ellos estaban en Chile luchando contra el Gobierno, nunca nos inventó que estaban de viaje de negocios, por decir algo.

Mi papá fue de los primeros miristas que llegó a Chile en el contexto de la Operación Retorno del MIR. Él me contó que había entrado al país en 1978, pero no me ha dicho a qué se dedicaba exactamente. Imagino que formaba parte de una célula y ahí hacía sus cosas, porque un día de 1980 un grupo de la Central Nacional de Inteligencia (CNI) se dejó caer en su casa y lo pillaron con un montón de pasaportes falsos encima. Se lo llevaron al cuartel Borgoño y ahí le sacaron la cresta, continua y sistemáticamente, durante dos semanas. Después tuvo la suerte de pasar a una cárcel y ser un preso oficial, porque el trato mejoraba y eso hacía más difícil que lo mataran o que lo hicieran desaparecer.

Como el papá cayó preso y dejó de estar clandestino, nosotros por primera vez empezamos a recibir cartas de él. Nos llegaban muchas y la abuela nos las leía. Con David le hacíamos dibujitos y se los mandábamos de vuelta. Nosotros sabíamos que el papá estaba en la cárcel, pero no recuerdo exactamente qué era lo que ella nos decía respecto del porqué; sé que jamás creí ni pensé por un minuto que estuviera preso por haber hecho algo malo. Para mi hermano y para mí, sea donde fuera que estuviesen, tanto la mamá como el papá eran una especie de superhéroes, y su trabajo consistía en luchar por un mundo mejor, por el bienestar de los niños del mundo. Esa fue la visión bajo la cual fuimos criados.

El papá llevaba dos años en la cárcel cuando nos enteramos de que la mamá también había sido detenida. A ella la tomaron en 1982, en Madrid, junto con un grupo de varios otros chilenos que se habían vinculado con ETA (la organización vasca), pero en el contexto de su trabajo para el MIR. En esa época había un movimiento revolucionario internacional que se ayudaba entre sí y ellos eran parte. A mi mamá la tomaron por asalto de bancos, entiendo, y a los pocos meses la dejaron salir bajo fianza porque no le pudieron probar una vinculación directa con ETA, pero su libertad era provisional mientras esperaba que se iniciara el juicio.

En ese lapso, la abuela nos llevó a verla a Madrid. Habían pasado cuatro años de la última vez que habíamos estado con ella y yo no tengo ninguna imagen de ese reencuentro, no sé qué me habrá pasado al verla. Pero sé por relatos que nos alojamos en la casa de una tía abuela que vivía en Madrid y que fuimos al zoológico y algo más. Hay fotos de esos días y la mamá aparece con muy mala cara. Ya siendo grande la abuela me contó que ella venía saliendo destruida de la cárcel, que le habían sacado la chucha adentro, que incluso estaba coja. En ese tiempo, en España eran duros con todo lo que tuviera que ver con ETA.

La abuela me contó también que esa primera noche la mamá quiso dormir con nosotros y yo no quise porque quería dormir con la abuela, como era mi costumbre. Eso puso mal a la mamá.

Pasamos unos días en Madrid y luego volvimos a Francia, y nuestra vida siguió en la normalidad de siempre. No volvimos a tener noticias de la mamá hasta meses después, en la noche de Navidad o quizá la anterior. Era tarde, o una hora inesperada para que llegara nadie, y de repente sonó el timbre del departamento. Recuerdo que la abuela se levantó, fue a ver, miró por la puerta y nunca me voy a olvidar de su cara de asombro, quedó como paralizada. Abrió la puerta y entró la mamá, se había fugado de España antes de que empezara el juicio y venía —clandestina— a vernos.

Se quedó cerca de dos semanas con nosotros en Gradignan. Tengo imágenes fugaces de esos días: veo a la mamá tendida sobre una cama, también la recuerdo haciendo dibujos, o algo así, con nosotros. Mi hermano es mayor que yo y se acuerda más, dice que durante esas semanas la mamá le hacía clases de karate, le enseñaba a hacer volteretas y a dar patadas en el aire… Cosas que seguramente ella había aprendido en la instrucción militar en Cuba.

La mamá estuvo de paso por Francia, su destino final era Chile. Después de estar con nosotros se fue a París porque ahí vivía el encargado de información y logística del MIR, René Valenzuela, que le iba a dar un pasaporte falso y lo que fuera necesario para poder viajar sin que la pillaran.

Y se fue a Chile, ingresó; ella lo único que había querido era «irse al frente» y llevaba años preparándose para hacerlo, pero hasta ese momento aún no había tenido la oportunidad. Ella siempre quiso tener un rol importante, pelear, y volvió a Chile porque quiso pero también porque no tenía demasiadas alternativas. No podía quedarse en Europa, menos aún cerca de nosotros, porque sería el primer lugar donde irían a buscarla.

La mamá anduvo siempre clandestina, dando vueltas, por eso recibíamos pocas cartas de ella. Sin dirección, nosotros tampoco teníamos dónde mandarle nada. Pero en mayo de 1983, un día me llegó una carta de ella. Fue la última que recibí y fue por mi cumpleaños. Venía en un microfilm. Era una carta preciosa, súper larga, que partía diciéndome que yo iba a cumplir siete años y que estaba creciendo y cosas así. Contaba que estaba en Chile y que por la televisión daban una serie de monitos animados que se llaman Los Pitufos, unos enanitos que vivían en una aldea y que no tenían mamá, solo existía un papá Pitufo que los cuidaba. Mirando esa carta con la distancia del tiempo, siento como si ella instintivamente hubiese sabido que se iba a morir y que nos quedaríamos solo con el papá. En esa carta después me decía que estaba metida en la lucha contra la dictadura y me argumentaba por qué lo hacía. Me contaba que la gente en Chile estaba empezando a perder el miedo y que empezaba a salir a las calles, que estaban las protestas. Hablaba de la reacción de la policía, de los guanacos

en contra de ellos, de los guanacos.

La mamá sabía que estaba en una situación difícil, enfrentando o esperando la muerte. En esa época los milicos habían matado a cientos de miristas que habían entrado a Chile y pienso que ella tenía claro que era muy probable que también le pasara.

En septiembre de 1983 a mi papá lo liberaron después de tres años y medio preso. Eso fue posible por unas gestiones que hizo la abuela con ayuda de los organismos internacionales: por su ascendencia judía, consiguió que el Gobierno de Israel lo reclamara al Régimen chileno. Los israelíes ofrecieron canjear al papá por piezas de aviones que el Gobierno chileno quería comprar, y entonces aceptaron. El papá, por su parte, se comprometía a irse a vivir un tiempo a unos kibutz, como refugiado político.

Entonces al papá lo liberaron y desde Santiago voló a París para pasar unos días con nosotros. La abuela, que era bien cuidadosa, nos preparó mucho para ese encuentro, tenía que decirnos que el papá —después de un montón de años sin verlo— iba a llegar acompañado de una nueva pareja y un nuevo hijo que ellos habían tenido. Recuerdo que nos llevó a un parque grande y en un momento nos sentó y nos lo dijo, y desde ahí nos fuimos al aeropuerto, al Charles de Gaulle, a recibirlo.

Estuvimos un rato esperando que llegara el vuelo y de repente apareció caminando por un pasillo largo. Cuando llegó hasta donde estábamos nosotros, se agachó y nos abrazó intensamente. Había una cantidad enorme de gente que nos rodeaba, varios eran periodistas que nos sacaban fotos.

Después nos fuimos todos juntos, incluida su pareja y nuestro hermanito, que se llamaba Jose, al departamento de una tía que vivía en París. Estuvimos ahí

cuatro días y entraba y salía gente todo el rato. Cuando fui grande, la abuela me contó que en ese momento se daba una situación muy compleja; llegaban muchos amigos y familiares a saludar al papá, pero todo se daba en un ambiente de tristeza, porque tres días antes de que a él lo liberaran, el 7 de septiembre de 1983, en Santiago habían asesinado a nuestra mamá. La mataron, la acribillaron, en una casa de seguridad del MIR, en la calle Fuenteovejuna en Las Condes, junto a Arturo Villabela y otros miristas. Se decía que había sido en revancha porque el MIR había matado a un milico intendente de Santiago, Carol Urzúa. Todo esto lo supe después, obviamente, no durante esos días.

Siempre he oído decir que Arturo Villabela era pareja de la mamá en ese tiempo, pero yo no lo sé, porque nunca nadie me lo ha dicho a mí, nadie me lo ha confirmado.

El papá se fue de París a Israel, pero pasaron unos meses y volvió; no se había acostumbrado a los kibutz. Llegó a Gradignan con la pareja y el Jose; todos se instalaron en nuestro departamento y creo que fue al cuarto día de haber llegado cuando el papá nos dijo que tenía algo que contarnos. La abuela se preparó para salir y dejarnos a los tres solos; antes de irse nos dio un chocolate y nos dijo: «Tomen, ahí les dejo para cuando conversen».

El papá se sentó en una cama que había en el living y nos llamó a su lado. A mi hermano lo tomó con su brazo derecho y a mí con el izquierdo. «Tengo que contarles que mataron a la mamá», nos dijo, y se puso a llorar. Mi hermano también lloró. Yo los miré y les pregunté: «¿Ahora podemos abrir el chocolate?».

No boté ni una lágrima, y supongo que ese comentario, terrible, fue porque no supe qué hacer. Esa reacción, después siendo adulta, me persiguió mucho y la trabajé cada vez que estuve en terapia.

El tiempo que siguió de eso lo recuerdo como caótico, pero no por la muerte de la mamá, sino porque vivir todos juntos en el departamento de la abuela fue complejo. Ella tenía mucho carácter y le costó adaptarse con la nueva pareja de mi papá. Yo, en todo caso, estaba contenta de vivir con mi hermanito nuevo, me gustaba jugar con él y ver que la familia había crecido.

Pero como las cosas no se dieron, el papá decidió que David y yo nos fuéramos a vivir con él a un departamento que arrendaría. La abuela fue muy generosa, porque nos dejó ir sin poner problema, entendió que su hijo quisiera estar con nosotros.

Nos fuimos con el papá, pero eso no significó demasiado cambio en nuestras vidas, porque seguimos en el mismo barrio y en el mismo colegio, y a la abuela la veíamos a diario. Todas las tardes yo me iba a su departamento y andaba con ella para todos lados.

En Gradignan también vivía una tía con sus hijos; ellos tenían una casa enorme, con un patio que parecía bosque. Mis primos estaban en nuestro mismo colegio y nos movíamos sin problemas entre su casa, el colegio, nuestro departamento y el de la abuela. Todo quedaba cerca, andábamos a pie o en bicicleta.

La relación sentimental del papá no duró mucho tiempo. Un día, después de una discusión, la que era su pareja se fue a Chile; eso era complicado para él porque tenía prohibido entrar al país y dejó de ver a su hijo durante varios años.

Nosotros seguimos viviendo con el papá y fue un tiempo bonito, lo pasábamos bien. Tengo imágenes del papá preparándonos sándwiches de esos croque-monsieur, que nos daba con Coca-Cola cuando nos instalábamos a ver los partidos del Mundial de Fútbol de México 86. Él era un padre preocupado y cariñoso, viajaba bastante, porque seguía trabajando para el MIR. Cuando se iba,

nos quedábamos con la abuela, que siempre supo estar para cuidarnos.

En 1987 el papá decidió que nos fuéramos a vivir a Cuba. Para entonces el MIR se había dividido y a él le ofrecieron representar a la fracción que lideraba Andrés Pascal Allende en La Habana. No entiendo mucho de las divisiones del MIR ni cuáles eran sus peleas internas, pero imagino que mi papá siguió en la línea de los que creían que aún había que luchar contra el sistema porque con la democracia las cosas no cambiarían.

El asunto fue que el papá partió primero a La Habana y nos dejó con la abuela para que termináramos el año escolar. Luego, cuando llegó la hora de dejar Gradignan, recuerdo que me dio muchísima pena: quedaban ahí los primos, los amigos, el colegio y todo el entorno donde había crecido. También me daba pena separarme de la abuela, aunque ella se había comprometido a irse también a La Habana, pero necesitaba hacerlo unos meses después, cuando cerrara su casa y dejara su trabajo en Francia.

En julio de 1987 llegamos a La Habana a un departamento que el papá había conseguido en unos edificios llamados Los Doce Plantas, en el barrio de Alamar. Había dos piezas: el papá acomodó la grande para mí con la abuela, la otra más chica para mi hermano David y él se instaló en el living.

Recuerdo que, a los tres días de haber llegado, el papá nos presentó a su nueva pareja, Elisita, una cubana muy simpática de 25 años. Apenas un par de semanas después de conocerla, el papá nos contó que tenía un viaje a no sé que parte por el MIR y que nos quedaríamos a cargo de ella. Todo muy a lo cubano. Elisita era mamá, pero al hijo en gran medida se lo criaba su madre, que vivía en una súper casa en el barrio El Vedado. La familia de ella era pudiente, por así decirlo; a pesar de que le habían expropiado muchas cosas, tenía buena situación. Ellos tenían un lugar de veraneo en Varadero y, como justo cuando mi papá se fue de viaje era verano, Elisita nos llevó a la casa de la playa. Lo pasamos muy bien ahí porque había otros niños de nuestra edad; los cubanos a nosotros nos parecían

muy relajados y muy buena onda.

En septiembre empezábamos el colegio, yo entré a uno común y corriente. Mi hermano David, en cambio, que era más grande, llegó a una escuela especial para deportistas de alto rendimiento. Él andaba pegado con el judo y las artes marciales.

Pasaron varios meses y la abuela logró cerrar su vida en Francia y llegar a La Habana. Eso fue por un nuevo acto de amor incondicional hacia nosotros, porque ahí estábamos en un departamento chico y tenía que compartir pieza conmigo.

Resultó que nosotros pasábamos gran parte del día en el colegio y la vida en Cuba a ella no le resultó fácil. Andaba obsesiva con la limpieza y el orden porque la falta de espacio hacía parecer todo muy desordenado y ella se había acostumbrado a vivir al estilo europeo. La abuela admiraba muchas cosas de Cuba, pero se ponía mal con todas aquellas que no funcionaban.

Su estancia en La Habana duró seis meses y decidió devolverse a Gradignan; ella vio que nosotros estábamos bien y que el papá se había hecho completamente cargo de nosotros, entonces sintió que su labor había terminado. Además, la abuela toda su vida fue una dama y siempre supo cuándo había que retirarse.

Al año siguiente, mi hermano David pasó a la enseñanza secundaria y se fue a un internado donde iban los chicos más estudiosos; la escuela se llamaba La Lenin. Yo seguí en mi colegio, que estaba en el barrio de El Vedado, y me iba mucho a la casa de la familia de Elisita, al departamento de Alamar prácticamente solo íbamos a dormir durante la semana.

Para un niño o un adolescente es muy placentero vivir en Cuba y además nuestra estancia coincidió con los buenos años de la economía.

Se dice que allá los extranjeros tienen privilegios y es cierto, hay algunos, pero también hay muchas limitaciones. Por ejemplo, mi mejor amiga vivía en la misma cuadra donde estaba la casa de Fidel Castro (en El Vedado) y yo no podía ir a visitarla porque para pasar había que mostrar el carné de identidad y el mío era verde, de extranjera. Y no me dejaban. Luego, cuando pasé a primero medio, quise entrar a la escuela Los Camilitos, que era una enseñanza militarizada, y tampoco me dejaron por no ser cubana. Y todo esto a pesar de que en Cuba David y yo siempre fuimos vistos como «los hijos de Lucía Vergara, una heroína».

Yo amaba la Revolución, era crítica de ciertas cosas y discutía bastante en el colegio. Era del centro de alumnos gracias a que por votación a mano alzada me habían elegido. Había una contraparte que era la representante del Partido Comunista y ella consideraba que cualquier cosa era antirrevolucionaria, hasta andar con los calcetines abajo.

Con el paso de los años, el papá fue viajando cada vez menos. Ya a fines de los ochenta el MIR estaba completamente dividido y en Chile venía el plebiscito. Al Gobierno cubano había dejado de interesarle el MIR.

En 1990, cuando Patricio Aylwin asumió en el Gobierno, el papá nos propuso volver a Chile, pero él tenía que quedarse un tiempo más en La Habana. Entonces le dijo a la abuela, que seguía en Gradignan, si podía irse a Santiago. Y ella, una vez más, aceptó cerrar su casa para ir a cuidar de nosotros.

Durante los cuatro años que habíamos pasado en Cuba yo solo había viajado una vez a Francia para verla. Los precios de los pasajes eran impagables.

Llegamos a vivir a Santiago y la abuela nos recibió en su departamento de Suecia con Bilbao. Me acuerdo haber ido directo a abrir el refrigerador y me impresionó ver la cantidad de productos diferentes, recuerdo todos los colores posibles metidos dentro de ese aparato. Ella lo había llenado para recibirnos.

Ese primer día en Santiago hubo un desfile de gente pasando por el departamento. La familia de mi mamá fue a vernos, a conocernos, más bien, porque no nos habíamos visto en la vida. Apareció mi abuela materna, una señora extrañísima, que al saludarnos a David y a mí y nos dijo: «Que Dios los bendiga».

Con mi hermano nos mirábamos extrañados. ¿Quién es esta señora, de qué Dios me habla?, pensaba yo mientras la miraba. La situación era de surrealismo puro.

Fue rarísimo llegar a Chile, era una sociedad que no tenía nada que ver con la cubana y fue muy complicada la adaptación de todos. Para la pobre abuela no solo significó dejar Francia, sino además volver al departamento donde había estado detenida; tuvo que encontrarse con todos sus fantasmas y empezar a convivir con dos adolescentes que ya nada tenían que ver con sus niñitos de antes. Nosotros habíamos crecido y cambiado mucho; de hecho, hablábamos como cubanos, fumábamos, salíamos de noche, yo incluso a veces no llegaba a dormir. La abuela se aterraba, lo pasaba mal.

Para mí también fue muy difícil, yo estaba en plena adolescencia y tuve que empezar a rearmar mi historia, la de mi mamá, principalmente, debiendo afrontar cosas horribles, como los detalles de cómo había muerto. Recuerdo que me puse a buscar información en diarios antiguos, iba al cementerio, miraba fotos, leía cartas. Estando en Chile era imposible seguir abstrayéndose de esa tarea de conocer todo lo que había ocurrido, y que por distintas razones hasta ese momento no lo había hecho. Lo pasé mal, andaba perdida intentando encontrar a

mi mamá en cualquier persona que se había relacionado con ella, incluso en personajes que habían sido muy secundarios en su vida. Cuando alguien muere de manera trágica como le ocurrió a ella, nace una necesidad de saber más, de buscar, de entender.

Mi papá tardó un año en volver a Chile porque fue el tiempo que necesitó para lograr que Elisita y su hijo —que era de padre cubano— pudieran salir de la isla. Cuando llegaron a Santiago, ellos arrendaron un departamento y con mi hermano dejamos de vivir con la abuela; me imagino que debe haber sido un alivio para ella.

La abuela murió en febrero de 2011. Yo me preparé mucho para ese momento, pero de todos modos me golpeó fuerte su partida. Muchas veces siento que aún no he hecho realmente ese duelo.

Ese mismo año, por azar, me invitaron a participar en la obra de teatro El año en que nací, que buscaba que distintos jóvenes nacidos durante la dictadura reconstruyeran la juventud de sus padres con ropa, documentos, fotos, etcétera. Para elaborar mi historia, yo tuve que revisar algunas cartas que la mamá había enviado a otras personas y vi que ella hablaba mucho de nosotros, pero sé que eso no necesariamente significa que ella pensara todo el día en David y en mí. También hablé con algunas amigas de la mamá y me insistieron mucho en que ella moría por nosotros. La Cuqui, una compañera con la que hizo la instrucción militar en Cuba, me contó que cargaba con la culpa de habernos dejado. Y una española que fue su compañera de prisión (que no sé si pertenecía a ETA o era una rea común) me habló de la mamá como una mujer buena, solidaria, que guardaba fotos y hablaba de nosotros permanentemente.

Me apesta cuando me encuentro con excompañeros de ella y me dicen que le insistieron mucho para que no se metiera en la Operación Retorno y que no volviera a Chile. Algún día —si me lo permiten— voy a hacer el ejercicio de recopilar todas las cartas que mi mamá envió a su familia y a sus amigos y las

voy a leer detalladamente para hacerme mi propia idea. Pero aún no me he hecho ese propósito, porque sé que va a ser algo que me va a doler mucho.

Lo que yo entiendo es que la mamá perteneció a un movimiento político que deseaba cambiar estructuralmente la forma de la sociedad, y que ella fue parte de una generación marcada por la intensidad, por ese contexto histórico que buscaba grandes transformaciones sociales. La Piti quería un mundo mejor, más justo, más igualitario, donde la torta se repartiera lo más equitativamente posible. Eso era lo que deseaba, en su esencia más simple, y creía que la forma de lograrlo era a través de una lucha sostenida, incluso por las armas si era necesario. Y la mamá volvió a Chile a eso, a intentar materializar lo que ella creía que era mejor para su país.

A Alexandra la entrevisté en tres ocasiones en un café del barrio Italia. Es profesora de educación física y trabajaba en un complejo educacional del sector. A mediados de 2013, vivía con su pareja y sus hijos.

Agradecimientos

Primero, doy sinceros y profundos agradecimientos a los que hicieron posible este trabajo: a los seis protagonistas de estas historias, que abrieron sus vidas y dedicaron horas y horas a las entrevistas; a Libio Pérez, por la idea de escribir sobre el MIR y por facilitar contactos. Especialmente a la UDP, por el respaldo y financiamiento.

Luego, también agradezco a otros que de distintas maneras ayudaron a mejorar este trabajo: Sole Prado, Roberto Merino, Vicente Undurraga, Pato Fernández y Alejandra Matus. A Rafael Gumucio por el título del libro.

Bibliografía

Torres, Osvaldo. Democracia y lucha armada, MIR y MLN Tupamaros. Pehuén Ediciones, mayo 2012.

Salinas, Sergio. El tres letras. Ril Ediciones, Santiago, noviembre 2013.

García, Enérico. Todos los días de la vida. Editorial Cuarto Propio, Santiago, septiembre 2010.

Saavedra, Juan. Te cuento otra vez esa historia tan bonita. Editorial Forja, Santiago, octubre 2010.

Valenzuela, Arturo. El quiebre de la democracia en Chile. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, agosto 2013.

Pérez, Cristián. Vidas revolucionarias. Editorial Universitaria, Santiago, agosto 2013.

Basso, Carlos. La CIA en Chile. 1970-1973. Aguilar, Santiago, junio 2013.

Harmer, Tanya. El Gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, agosto 2013.

Vidal, Hernán. Presencia del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). Mosquito Ediciones, Santiago 1999.

Cavallo, Ascanio; Salazar, Manuel y Sepúlveda, Oscar. La historia oculta del régimen militar. Editorial Grijalbo, Santiago, septiembre 1997.

Ferrada-Noli, Marcelo. Nelson Gutiérrez in memoriam. Notas sobre la historia del MIR. Publicación privada, Estocolmo, 2008.

Amorós, Mario. Chile, la herida abierta. Coedición de Paz con Dignidad y Ahimsa, Madrid y Málaga, 2001.

Rodríguez, Guillermo. Destacamento miliciano José Bordaz. Publicación privada, Santiago, 2008.

Rodríguez, Guillermo. De la Brigada Secundaria al Cordón Cerrillos. Publicación privada, Santiago, 2006.

Pérez, Cristián. «Guerrilla rural en Chile: la batalla del fundo San Miguel (1968)», en Estudios Públicos n° 78. Santiago, Centro de Estudios Públicos, otoño de 2000.

Pérez, Cristián. «Salvador Allende, Apuntes sobre su Dispositivo de Seguridad: Grupo de Amigos Personales (GAP)», en Estudios Públicos n° 79. Santiago, Centro de Estudios Públicos, invierno de 2000.

Pérez, Cristián. «Historia del MIR», en Estudios Públicos n° 91. Santiago, Centro de Estudios Públicos, invierno de 2003.

Leiva, Sebastián y Fahra, Neghme. La política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) durante la Unidad Popular y su influencia sobre los obreros y pobladores de Santiago. Tesis para optar al grado de licenciado en educación en historia y geografía. Santiago, diciembre de 2000.